



# AFORTUNADA

Mónica García

# AFORTUNADA

Mónica García

Copyright © 2018 Mónica García

Todos los derechos reservados.

**ISBN:** 9781792632969

**Sello:** Independently published

# PRÓLOGO

A veces, no nacemos entre sábanas de seda o algodones, ni si quiera, con la típica barra de pan debajo del brazo.

A veces, solamente, nacemos, sin más...

Lo que significa, que, vamos a tener que luchar más en la vida, pero no por ello hay que rendirse. ¡Ni mucho menos!

Nacemos con el destino caprichoso, difícil, pero, al fin y al cabo, es un destino.

Y como tal, hay que aceptarlo con todo lo que ello conlleva

# AGRADECIMIENTOS

En primer lugar y sin duda alguna me encantaría agradecer a mi novio su apoyo incondicional desde el primer momento que me lancé a la aventura de escribir un libro, porque gracias a él Afortunada la van a poder leer muchas personas a las cuales me gustaría ayudar a ver la sociedad en la que vivimos desde un punto de vista diferente.

En segundo lugar a todos mis educadores y profesores que me intentaron convencer durante tantos años para que diera este gran paso. Conchi, Mari Ángeles, Alberto y Fatima, muchísimas gracias. Gracias a vosotros hoy soy quien soy. Siempre os tendré presentes

Familia. Hermano, prima, abuelito. Gracias. Sin vosotros esto no hubiera sido posible.

Muchísimas gracias a todos mis amigos y compañeros por animarme a diario a terminar de escribir lo que en muchas ocasiones he estado a punto de abandonar.

No se me puede olvidar agradecer el gran trabajo de Silvia. La lectora 0 y ayudarme a ver esos detalles que sin su ayuda me hubiera sido imposible y que, a pesar de estar muy liada con otros trabajos, nunca me dejó. Eres increíble.

Muchas gracias a Gema y Paloma por el gran trabajo que habéis hecho.

Por último gracias papá. No estarás para leerlo, pero sé que desde donde estés me estás apoyando. Espero que no se te olvide nunca lo mucho que te quiero.

# LUCÍA

Nos encontramos por casualidad una noche fría de invierno, los árboles no tenían hojas y habían algunos charcos en el suelo. Aunque nos conocíamos desde hace tiempo nos miramos como dos auténticas desconocidas, no sabía qué estaba pasando, las lagrimas caían por sus mejillas sin descanso. Eran muchas las personas que pasaban por ahí sin apenas mirarla.

Debía acercarme, me necesitaba, lo sabía y como siempre tengo la bendita manía de seguir mis intuiciones, me acerqué a ella. Tal era su tristeza que no se acordaba de quién era, sin más la abracé con todas mis fuerzas aún sin saber lo que pasaba, tampoco me importó. Pasaron unos minutos o a lo mejor unas horas, no lo recuerdo bien, empezó a llover y la miré a los ojos, rojos e hinchados, y le dije que saldría de esta...

Cuando llegamos a mi casa nos sentamos junto a la chimenea y con la taza de té en la mano, Daniela comenzó a contarme que 6 meses atrás su madre enfermó, le dieron poco tiempo de vida.

No podía creérmelo, esa mujer que recordaba ver en la puerta del instituto esperando a su hija con una preciosa sonrisa todos los días, ahora estaba en una fría habitación de hospital luchando por su vida.

A Daniela apenas le quedaban fuerzas para irse a casa esa noche, le ofrecí quedarse. Estuvimos un año en la misma clase, pero nunca nos habíamos tratado, ella siempre iba con los populares y yo con los... bueno, digamos que pasaba desapercibida.

La cuestión es que aquella que en su momento me había parecido superficial, infantil y que sacaba lo peor de mí, ahora llevaba uno de mis pijamas favoritos, abrazada a unos de mis cojines llorando en el salón de mi casa. Seguimos hablando, surgieron muchos temas, reímos, lloramos, confesamos nuestro mutuo odio, pero algo llamó en mí la atención y no sé como, comencé a contarle la historia de mi vida, la razón por la que con tan solo 18 años ya vivía sola.

—El primer recuerdo que aparece en mi memoria es cuando tenía apenas dos años, es cierto que la gente dice que no es posible recordar con tan corta

edad, pero lo recuerdo todo como un sueño. Tenía una familia espectacular, Lucas, (mi hermano mayor) nos llevamos dos años menos una semana, estaba muy delgado, con la piel muy blanca y tenía el pelo de color moreno y muy rizado. Mi padre era mas bajito que mi madre, a pesar de ser casi 20 años mayor que ella; digo a pesar porque siempre me decían que Lucas era más alto que yo, ya que él era el mayor, pero con mis padres pasaba justo lo contrario, mi padre bajito, con barriga cervecera, el pelo muy corto y bastante moreno de piel, bueno, en realidad tenía moreno albañil (solo los brazos y la cara).

En cambio, mi madre era muy alta, delgada, la piel súper suave y súper blanca, tenía el pelo muy largo al igual que liso. Yo siempre me enfadaba porque quería tener el pelo igual que ella, pero me lo cortaba a tazón. Una vez conseguí que me lo dejara un poco más largo, pero no sirvió de nada ya que un día jugando con Lucas nos metimos debajo de la cama y me dijo de jugar a los peluqueros. Como no teníamos tijeras Lucas encontró una solución muy rápida pero algo dolorosa, me “cortó” el pelo a tirones. Cuando mi madre nos vio, nos dijo que cuando llegase nuestro padre nos iba a regañar con la intención de meternos miedo. Pasamos el resto de tarde sin hacer nada, solo pensando en qué le diríamos. Cuando llegó, me miró, mi madre le contó lo que había pasado, se acercó a mí para verme mejor y cuando creía que sería la primera vez que nos pegaría, empezó a reírse.

Vivíamos en Alicante, la casa era gigante, al menos para mí. Recuerdo aquella casa como si viviera allí todavía: el portal tenía una puerta de aluminio negra muy grande que daba a un pequeño descansillo, con una puerta que siempre estaba cerrada donde mi madre guardaba los trastos y una escalera bastante inclinada que llevaba a la casa. Justo al entrar a mano derecha estaba el pasillo que daba a los dormitorios, el mío estaba al fondo del todo, la cama estaba llena de peluches y en un rincón tenía todas mis muñecas, que no eran pocas. A mano izquierda, estaba el salón con un sillón y una mesa pequeña delante de la tele y la tele muy antigua, de color marrón. Entre la mesilla y la tele teníamos uno de mis lugares favoritos de la casa: una alfombra donde solíamos jugar los cuatro a diario cuando llegaba papá de trabajar. El juego consistía quedarse en la alfombra y echar al resto. Papá se ponía a caballito, nos subíamos encima y desde ahí intentábamos echarlo, las horas pasaban volando. Al fondo del salón estaba la mesa grande donde comíamos y tres puertas, la de la derecha daba a la cocina, la del medio al baño y la de la izquierda a unas escaleras que subían a una pequeña habitación llena de juguetes y una puerta que daba a una terraza con una forma un tanto extraña. Cuando salías, había una terraza muy pequeña, pero al fondo había un pasillo muy estrecho que llevaba a otra terraza mucho más grande donde Lucas y yo jugábamos con los triciclos: el mío era de

color rojo y el de Lucas amarillo. Solíamos echar carreras desde la terraza pequeña a la grande, que, por cierto, yo siempre perdía.

Los fines de semana solíamos comer fuera de casa, pero recuerdo uno en especial donde mi padre se arregló más de la cuenta y estaba algo nervioso. Nos llevó a comer a nuestro restaurante favorito. Durante la comida estaba más tranquilo y en el postre le volvieron los nervios, pronto descubrí la razón. Se declaró a mi madre, que esta, con lágrimas en los ojos aceptó sin pensarlo. Realmente yo no sabía que estaba pasando, sólo que estaban muy contentos y Lucas daba saltos de alegría, ni siquiera sabía que no estaban casados.

Pasaron algunos meses de preparativos, los nervios de mi madre, las invitaciones, aún las recuerdo con las florecitas naranjas y blancas que adornaban el sobre, sobraron un montón. Se acercaba el día y vinieron mis abuelitos por parte de mi madre con dos de mis tíos, Cintia y Pedro, para ayudar a mis padres con los últimos detalles de la boda. Realmente tanto Cintia como Pedro eran más bien primos que tíos ya que había muy poca diferencia de edad entre nosotros, con Lucas me llevo dos años y él con Cintia, que es la mayor, se lleva cinco y con Pedro tres años. Mi madre tenía un hermano más, Sergio, el cual tenía dos años menos que mi madre y ya vivía en Alicante, así que no tuvo que venir con mis abuelitos.

Llegó el gran día. Desde bien temprano empezaron a llegar mis siete tíos con sus parejas e hijos por parte de mi padre. Todos traían muchos regalos para los novios. Mientras mis tíos ayudaban a mi padre con el traje, mis tías y mi abuelita ayudaban a mi madre con su vestido, ese tan largo y pomposo, su blanco tenía algo especial, un blanco que transmitía seguridad y confianza en ella. Estaban guapísimos, mi madre parecía una princesa y mi padre no se quedaba atrás, los trajes le quedaban de maravilla, esa corbata de color naranja le favorecía mucho.

Las sillas del juzgado estaban adornadas con lazos de color naranja y había globos azules. Yo entré con mi padre y Lucas, para ver a mi madre entrar, ya que mis padres no se habían visto vestidos antes.

Parecía de película, mi padre de pie junto al juez con las manos sudorosas y un pequeño temblor en los pies, cuando de repente se escucha “¡Qué viene la novia!”, entonces se abrió la puerta. Todos nos volvimos y apareció la mujer más bonita que había visto nunca, mi madre, la mujer que más quería en este mundo. Me volví a girar y la cara de mi padre no tenía precio, estaba llorando y en ese momento lo único que quería es ir a consolar a mi padre y estar con mamá, pero no me dejaban. Empezó la ceremonia y yo ya me tranquilicé.

Al salir del juzgado, estaba toda la familia en la puerta preparada para echarles arroz, y gritar “¡Vivan los novios!” mientras los niños nos quedamos en el suelo jugando, hasta que nos fuimos a comer de nuevo al restaurante donde se

comprometieron. Había un montón de sorpresas y regalos, quería que todos fueran para mí, pero no, con un poco de suerte me llevé alguno.

Fue un día maravilloso, pero acabó la boda y toda la familia de mi padre se fue otra vez, menos mal que mis abuelitos se quedaron unos días más.

Por las tardes mi madre y mi abuelita nos llevaban al parque a Lucas, a mis tíos y a mí. Mientras mi abuelito se iba con mi padre. No quería que se fueran nunca, pero el día que menos me lo esperaba, cuando me levanté ya no estaban ni mis tíos ni mis abuelitos. Se habían ido otra vez para el pueblo.

Pasaron los días y yo seguía con la esperanza de que volviesen, pero no, mi primera decepción.

Un día de camino al colegio para recoger a Lucas, pasamos por una tienda muy rara, era de telas y no sabía para qué era. Esa misma tarde la madre de mi amiga Ana vino a casa y empezaron a coser y a hacer algo que no había visto nunca, nos medían y cosían. Pasó una semana y llegó el carnaval, entonces todo cobró sentido. Estaban haciendo un disfraz para mi hermano y para el hermano de Ana. Todos los de su clase estaban disfrazados de zumo de tomate, era como un vestido de goma espuma azul y de la espalda le salía la pajita blanca y roja. A nosotras nos disfrazaron de indias y nuestras madres se disfrazaron de brujas, con la verruga en la nariz, el gorro de punta, el vestido negro largo con encaje por encima y los labios morados al igual que la sombra de sus ojos.

Qué sensación más extraña, íbamos por la carretera haciendo ruido con silbatos y nuestras madres no nos regañaban, ¡Ojalá fuesen todos los días así! pensé.

Era tardísimo, pero me sentía a gusto era la primera vez que le contaba a alguien algo de mí, Daniela parecía cansada así que le propuse dejar la conversación para otro día.

—Lucía, por favor, si no te importa, me gustaría seguir hablando contigo, no me voy a poder dormir- dijo Daniela.

Así que continué:

—Mis padres eran muy sociables, está claro que yo no salí a ellos. Solíamos salir de excursión, ir a la playa... vivir mil aventuras, digamos que para mí cada día era un mundo nuevo a conquistar con mis súper amigos de Alicante.

Solíamos quedar los fines de semana los padres de mis amigos, y por supuesto mis amigos, los padres de los amigos de Lucas, con sus amigos, los compañeros de trabajo de mi padre con sus hijos y los amigos de mi madre. La mayoría de las veces íbamos al campo mas cercano y hacíamos una barbacoa o una paella que mi padre era el especialista. El resto de padres podrían estar cerca y ayudar, pero estando allí mi padre, nadie se preocupaba en como saldría, era él

el que se encargaba de todo.

Mientras las madres se ponían a hablar de cosas de mujeres, los hombres hacían de comer a la vez que contaban chistes o se lo pasaban en grande viéndonos a los niños jugar. Me encantaba mi vida, mi única preocupación era poder jugar con mis amigos. Lo malo es que eso duró poco tiempo.

Un día sin preguntarme si me importaba o quería, cambiamos de casa, dejé a mis amigos, las risas, los días de playa, todo para ir a otra ciudad... ¿Zú-jar? ¿Eso dónde estaba? No aparecía en el mapa, al menos para una niña de tan solo tres años.

Fue muy duro el cambio, fueron muchas las rabietas que tuvieron que aguantar mis padres, no me gustaba mi nueva casa, ¿Dónde estaba mi terraza? Y, ¿Dónde íbamos a jugar con papá sin mi alfombra? lo único bueno que tenía ese pueblo era que íbamos a estar cerca de todos mis tíos y primos.

El primer día de colegio para mí mereció la pena tanto enfado, conocí a la que se convertiría en mi mejor amiga, mi hermana, Claudia, que como todas las buenas amistades empiezan mal, el primer día de colegio las dos llorábamos por lo mismo, estábamos en un sitio extraño con muchos niños de nuestra edad llorando también y una mujer intentando callarnos a todos que para ello nos puso en parejas e hizo un juego, teníamos que decir nuestros nombres y cuando era nuestro cumpleaños y si teníamos hermanos mayores en el colegio. Cuando nos callamos todos, la profesora nos dio una ficha para colorear, Claudia lo hizo muy bien y me cabreé con ella. La maestra nos dio otra ficha y le volvió a quedar mejor que a mi. El segundo día de colegio pasó lo mismo, por la tarde le dije a mi madre que me enseñase a pintar como lo hacía Claudia, pero ella siempre era la perfecta en todo, la que mejor coloreaba, la que mas rápido aprendía... No me gustaba que siempre fuese la mejor en todo, pero a los pocos meses de clase nos hicimos inseparables.

Cuando quedaba poco tiempo para mi cumpleaños, se lo decía a Claudia todos los días y como para su cumpleaños faltaba mucho, se enfadaba conmigo. Al fin llegó mi cuarto cumpleaños, el día más esperado del año, lo celebraba con mi hermano ya que cumplíamos en el mismo mes, mayo. Que bonito recuerdo tengo de ese día, yo llevaba mi falda azul con una flor verde en mitad y mi camiseta de tirantes verde con un conejo bordado en el pecho, me encantaba ese modelito. Por la tarde, mis padres prepararon en una nave que había enfrente de casa una mesa muy larga llena de comida e invitaron a nuestros primos y amigos, a cambio ellos nos hicieron muchos regalos.

Mi amistad con Claudia era cada vez mayor. Mis padres y los de ella se conocían del pueblo ya que mi padre se había criado allí. Mi madre se crió en Freila, en el pueblo de al lado, pero también se hizo amiga de Mar, la madre de

Claudia.

Estábamos todos los días juntas, o bien en mi casa o en la suya, más en la suya que en la mía, porque era más cómoda, mientras mi padre se tomaba una cerveza al salir del trabajo en la puerta con su padre, nosotras nos íbamos a la parte trasera de su casa con las muñecas ya que era campo y no molestábamos a nadie, tenía un columpio del que nunca me cansaba, yo quería uno, pero no teníamos espacio en casa para ponerlo.

En diciembre, la profesora estaba repartiendo los papeles para la obra de teatro de Navidad y mientras a mi me tocó ser pastora sin diálogo, solo tenía que cantar villancicos a la misma vez que el resto de la clase, a Claudia le tocó ser la estrella del portal, ahora me río pero recuerdo que repartieron los papeles y nos sentaron para esperar que terminasen de ensayar los de la clase de al lado y a los cinco minutos de darle el papel de estrella, sin un solo ensayo, se quejó porque ya estaba cansada de serlo mientras yo estaba súper enfadada porque me había tocado ser una simple pastora.

En los ensayos nunca cantaba porque yo quería el papel de Claudia y la profesora siempre me regañaba, le dijo a mi madre que o cantaba o no salía. Llegó el día de la obra y yo seguía sin querer cantar. Al final todo salió genial, Claudia se aprendió el diálogo y yo decidí hacer como que cantaba los villancicos, aunque realmente movía los labios.

En esa Navidad, un día nevó mucho y como no se podía trabajar ya que había medio metro de nieve, tanto mis padres como mi tío Sergio que había venido de Alicante para pasar con nosotros la Navidad y un tío de mi madre, que estaba viviendo en el piso de enfrente con su mujer y su hijo pequeño que no llegaba ni al año. Nos bajamos a la puerta a jugar toda la mañana tirándonos bolas de nieve, haciendo muñecos... A mediodía, vinieron todos a casa y comimos migas que hicieron entre el tío de mi madre y mi padre.

Por fin la parte más esperada de la Navidad: las carrozas, eso significaba que los Reyes Magos venían esa noche y así fue, cuando las carrozas terminaron y llegamos a casa... ¡los Reyes Magos ya habían llegado! Se habían dejado la ventana abierta y entró mucho frío, pero no me importó, en ese momento solo pensaba en los regalos que había encima de la cama. Que ilusión me hizo ver que habían acertado, justo lo que había pedido, una muñeca que traía el biberón y el plato para darle de comer, Lucas se decepcionó cuando abrió el primer regalo y vio que le habían regalado un chándal, pero abrió el segundo regalo y se dio cuenta que habían acertado, le habían regalado un saco de boxeo que traía los guantes incluidos. Justo al terminar de abrir los regalos, fuimos a la casa de mis tíos Ana y Lorenzo que tenían un bebé, Jaime, de la edad del primo de mi madre, pero tenían dos hijos más mayores, casi de la edad de mi madre,

Macarena y Sergio. Con Sergio tenía menos confianza, pero con mi prima me encantaba pasar el tiempo, fui a enseñarle lo que me habían traído los reyes magos para que jugase un rato conmigo, mientras mi padre y mi tío hablaban de trabajo, ya que se dedicaban a lo mismo, a la construcción.

En ese momento mi padre trabajaba en las carreteras, salía todas las mañanas muy temprano y volvía tarde, no venía ni a comer, se llevaba un bocadillo y comía con los compañeros.

Un día vino a casa Alfonso, un compañero de mi padre, Lucas y yo estábamos acostumbrados a que viniera gente a casa, así que no le hicimos mucho caso, mi madre nos puso una película de la Abeja Maya en el salón y cerró la puerta.

Al día siguiente Alfonso volvió a venir y mi madre nos volvió a poner la misma película, pasaron varios días y la situación era la misma, nosotros nos quedábamos en el salón y ella... La verdad es que no le dimos importancia a la visita diaria del compañero de trabajo de mi padre, sin mi padre, que, desde entonces, cuando llegaba de trabajar, era todo diferente. Mi madre no quería jugar con nosotros y recuerdo que mi padre le preguntaba si estaba bien o si le pasaba algo porque estaba distante con él y apenas nos prestaba atención a nosotros.

Mi madre dejó de levantarse por las mañanas para llevarnos al colegio, mi padre tenía que venir de trabajar para despertarnos, vestirnos, darnos el desayuno, prepararnos el almuerzo y llevarnos al colegio y volverse al trabajo. Cuando salíamos del colegio era él el que estaba esperándonos, mi madre seguía en la cama o sin hacer nada sentada en el sillón. Cuando mi padre nos hacía la comida y nos la daba, volvía a su trabajo, entonces mi madre se levantaba, se arreglaba y volvía a venir Alfonso, no sabíamos lo que estaba pasando, solo que de repente mis padres discutían por todo.

Y llegó el día, el día que tarde o temprano llegaría, el día en el que todo cambió, viernes, mi padre llegó antes para darle una sorpresa a mamá, venía con un ramo de flores dispuesto a llevarnos a cenar fuera y que la situación que había en casa cambiase, pero aquella noche desgraciadamente la sorpresa se la llevó él. Cuando llegó vio la puerta del salón cerrada, la abrió y nos vio solos a Lucas y a mí, nos preguntó por mi madre, pero no sabíamos dónde estaba, aunque no tardó mucho en enterarse. Fue al dormitorio y los pilló vistiéndose. Nunca entendí por qué ella hizo lo que hizo, hoy por hoy no la juzgo ni le guardo rencor, pero en aquel momento, con tan solo 4 años, sí. ¿Cómo puedes dejar de amar así, sin más, a la persona que un día entregaste tu corazón y que te dio los mejores años de su vida?

Tras una noche entera de llantos y mutuos reproches, decidí ir a ver a

Lucas, ya que él sufría mucho con esas situaciones, quería consolarlo y no sabía cómo, siempre era él el que venía a consolarme a mí, pensé que tal vez yendo a su cuarto a jugar con él dejaba de llorar, pero no. Ya no sabía qué hacer, al final acabamos durmiéndonos. Por la mañana bien temprano, nos levantamos y mis padres estaban sentados en el sillón esperándonos. Los miré y no sabía si darles los buenos días o empezar yo también con los reproches. Nos sentaron con ellos, papá le dio la vuelta a la silla y se sentó mirándonos, mamá se quedó al lado de Lucas de pie con los brazos cruzados.

Justo cuando papá hizo el amago de hablar, rompió a llorar diciendo que no podía decírnoslo. Mamá parecía deseosa, después de casi media hora, por fin escuché a papá decir: “Hijos míos, hemos decidido que nos vamos a divorciar.” En ese momento sentí como el mundo se me caía, no sabía que hacer o decir, los miraba y en mi interior algo me decía que iba a ser la última vez que vería a mi padre, no lo podía permitir. Lucas estaba abrazado a mamá mientras lloraba, sin embargo, yo me quedé en el sillón sin moverme, quería despertar de aquella pesadilla, pero mamá se fue a hacer las maletas, estaba recogiendo mis cosas, yo no me quería ir, pero tampoco me quería quedar. ¿Por qué tenía que separarme de uno de ellos? ¿Por qué mi opinión no servía?

Daniela se quedó boquiabierta, no sabía que hacer o decir, así que siguió escuchando aquella historia que parecía de película. Estuvimos hablando toda la noche y al día siguiente fuimos al hospital para ver como seguía Pilar, su madre.

Mientras esperábamos en la sala de espera, Daniela me pidió que siguiera contándole que pasó después.

—Nos mudamos con mi madre a la casa de enfrente, donde vivía su tío, dentro de lo malo, aún podíamos seguir viendo a mi padre a diario. La casa en tan solo una semana estaba irreconocible, lo recuerdo todo tan limpio, con tanta luz, que cuando mi padre se quedó allí solo, parecía otra casa, sin muebles y desordenada. Él se iba muy temprano y volvía por la noche, no se fijaba en nada, pobre, de tenerlo todo a nada en tan solo un día. No creo que nadie a quien le cambie la vida así de la noche a la mañana, se preocupe por la limpieza de la casa.

Mi madre empezó a ver a Alfonso a diario, aunque nosotros no queríamos verlo, por su culpa mi padre estaba sufriendo mucho, así que cada vez que venía nos intentaba comprar con regalos, algunos días eran chucherías, otros juguetes... Siempre muy amable, jugaba con nosotros, Lucas siempre estaba con él, se llevaban genial, algunos fines de semana nos llevaba a Baza, a su casa, hasta que pasaron varios meses y nos mudamos con él.

Sus hijos vivían con su madre, su hija es un año mayor que yo. Cuando vino y la conocí, no me cayó bien, Alfonso la describía de simpática, guapa,

lista... pero nada se parecía a la realidad. Una niña creída, antipática, se creía superior a todos y solo era una niña común, pelirroja, de pelo muy rizado. Para hacer la convivencia más fácil, decidí fingir que me caía bien y cuando venían jugábamos y nos lo pasábamos muy bien los seis juntos, mamá parecía otra persona, no la reconocía.

Desde que se divorciaron, mi madre siempre criticaba a mi padre con Alfonso en nuestra presencia y no se lo iba a permitir, suficiente con llevarse a mi madre de mi casa, destrozando mi vida, como para que también nos faltase el respeto de esa manera. Cuando nos íbamos con mi padre, como una niña de casi cinco años, se lo contaba todo, mal por mi parte, porque él iba a pedirle explicaciones a Alfonso y acababan peleándose, mi madre llamando a la policía y denunciaba a mi padre, y tanto mi madre como Alfonso me castigaban después.

Al poco tiempo de vivir en la casa de Alfonso, la convivencia empeoró considerablemente. Normalmente al mediodía, sobre todo, se ponía nervioso porque según él comíamos demasiado lento. Mi madre cambió la forma de hacer la comida, es decir, cuando vivíamos con mi padre, nos trituraba la comida que no nos gustaba, o podíamos dejar de comer cuando ya no teníamos más hambre, pero con él teníamos que comérselo todo y a ser posible al mismo ritmo que comía él, bueno, quien dice comer, dice engullir. Hacía el mismo ruido que hace un cerdo al comer, por tal de comer más rápido no respiraba. Empezó molestándole nuestra forma de comer, a los días no le gustaba escucharme leer, porque estaba aprendiendo y me equivocaba mucho. Los primeros días mi madre nos defendía, pero eso quedó en los primeros días, cada vez estaba más pasota y cada día era peor que el anterior, le molestaba todo, si comíamos lento, si no queríamos hacer los deberes... Le molestaba hasta que hablásemos Lucas y yo, pero lo que más nos molestaba a nosotros era que solo le molestábamos nosotros, sus propios hijos podían hacer lo que quisieran. No podía creer ese gran cambio en tan poco tiempo. Pasé de ser una niña muy feliz, sin preocupaciones, a tener cuidado hasta de no respirar más fuerte de lo normal.

Un día llegamos del colegio y mi madre había hecho de comer la comida que menos me gustaba, verduras, y como Alfonso no quería que me las triturase, estuve sentada en la mesa sin comer. Después de tres horas escuchando voces y quejas, me dejé levantarme. Lucas bajó a merendar y como yo también tenía hambre le pedí a mi madre la merienda, Alfonso me escuchó y me dijo que tenía para merendar el plato que no me había comido al mediodía, así que me subí a mi cuarto sin merendar. Lucas se intentó guardar parte de su merienda para dármela, pero lo pillaron y no lo dejaron subir nada de comida, después de hacer los deberes empezamos a jugar, pero como no había comido, tampoco podía

jugar. Para cenar mi madre hizo una comida que a mí me gustaba mucho, pero si quería comer, primero tenía que acabarme el plato de verduras, así que estuve todo el día sin comer. A la mañana siguiente Lucas tenía preparado su vaso de leche y yo el plato de verduras, me fui al colegio sin comer y a media mañana, en el recreo, Lucas me dio su almuerzo. Estuve “comiendo” el mismo plato de verduras durante casi una semana, desayuno, comida, merienda y cena, como seguía sin comérmela, Alfonso ya desesperado me puso de rodillas hacia la esquina de una pared, con dos enciclopedias en las manos hasta que terminase, si bajaba las manos por el peso, me pegaba con su cinturón en la espalda hasta hacerme sangre, que decepción, mi madre me había fallado una vez más. Permitía que ese hombre me gritase y sobre todo, permitía que me atase las manos y los pies con una cuerda y me metiese la cabeza en el váter, pero lo peor de todo ya no es que mi madre lo permitiera, sino que se riese de mí. Cuando me sacó la cabeza del váter, puso el plato de verduras en el suelo del cuarto de baño y sin soltarme las manos, tuve que comerme las verduras ya en mal estado como si fuese un animal, de rodillas y cogiendo la comida directamente del plato con la boca. Lo que más me dolió fue ver como la persona en la que más confiaba, se lo pasaba en grande viéndome sufrir de esa manera, el único que me ayudó fue Lucas a pesar de saber que, si lo hacía, a él también le pegarían. Al terminar de comer, me dieron ganas de vomitar, tal vez por el mal estado de la comida, y para que no me escuchasen vomitar, mientras Lucas me cogía del pelo, daba golpes y “reía” para que creyeran que estábamos jugando y no me hicieran comer otro plato de verduras.

Los días en esa casa era insoportables, a Lucas le hacía cosas aún peores de las que ni hablar.

Lucas se estaba aprendiendo las tablas de multiplicar y un día le dije que las tablas eran muy fáciles, cuando yo ni sabía lo que era eso. Entonces Lucas y yo empezamos a jugar con la mala suerte que nos escuchó Alfonso, que pasaba el día regañándole y le ponía castigos que mas bien se consideran torturas. Lucas había dado hasta la tabla del 3 en el colegio, Alfonso le dijo que tenía una hora para aprenderse hasta la tabla del seis y yo por reírme de él, tenía que aprenderme hasta la tabla del 3. Cuando apenas faltaban diez minutos, nos la preguntó y no nos las sabíamos, así que nos puso una camiseta de manga corta y pantalón también corto y nos sacó al balcón. Recuerdo que hacía mucho frío y estaba lloviendo. Lucas y yo nos abrazamos fuerte, no podíamos parar de tiritar, teníamos diez minutos para aprendernos las tablas, pero no podíamos dejar de abrazarnos para coger el papel, mirábamos hacia el salón, donde estaban ellos en la mesa camilla con el brasero sin mirarnos y riéndose con la tele. Acabó el tiempo y Alfonso nos volvió a preguntar las tablas de multiplicar, no nos la

sabíamos y volvió a ponernos mirando hacia la pared, esta vez con la enciclopedia en las manos y también en la cabeza, nos pegó la hoja de las tablas en la pared y cada vez que se nos caía el libro de la cabeza o de las manos nos pegaba o con la zapatilla o con el cinturón, en esa situación era imposible aprenderse algo de memoria. Él ya se cansó de pegarnos, el último castigo que nos puso esa noche fue hacernos ver como ellos comían y cuando terminaron, tuvimos que quitar la mesa y fregar los platos.

Por las noches planeábamos fugarnos de allí e irnos con nuestro padre. Como íbamos solos al colegio pensamos en hacer como que íbamos al colegio y por el camino pedirle a alguien que nos llevase con él, pero luego pensábamos en el castigo que eso conllevaría si no salía bien y no nos atrevimos.

Por fin llegó el fin de semana y con él nuestro héroe, papá, estaba en la puerta del colegio. Cuando nos vio, se dio cuenta que algo no estaba bien, habíamos adelgazado mucho en muy poco tiempo y le contamos todo lo que nos había hecho Alfonso. Lo denunció, con tan mala suerte que las cosas empeoraron en casa para nosotros. Pasaron los días y las cosas no mejoraban, si bien es cierto que me dolían los gritos y abusos por parte de Alfonso, más daño me hizo sufrir el desprecio en primera persona por parte de esa que decía ser mi madre, cada golpe, cada grito, cada castigo, cada insulto... eran para mí heridas que solo hacían separarme más y más de ella. En una pelea, Alfonso le dijo a mi madre que no nos quería en su casa, le dio unas horas para deshacerse de nosotros y en vez de llevarnos con nuestro padre, nos llevó a la casa de mis abuelitos. Otra mudanza, otro pueblo, Freila...por lo tanto otro colegio. No quería que nos fuésemos con nuestro padre, para hacerle daño a él, pero no pensó que podría vernos siempre que quisiera porque no tenía ningún problema con mis abuelos.

Lo que más me gustaba de vivir con mis abuelitos, era que podíamos jugar con nuestros tíos Pedro y Cintia.

—Anoche me dijiste que tus padres se llevaban muchos años entre sí, ¿Cuántos años tenía cuando fue madre por primera vez? —preguntó Daniela.

—Apenas era una adolescente de 15 años cuando Lucas vino al mundo, y todo le vino grande. Si apenas sabía cuidarse a sí misma y para colmo, dos años más tarde llegué yo. Nosotros cumplimos los años en mayo, mi madre en abril, por lo tanto, llevaba un mes con 15 años cuando fue madre por primera vez.

—Entonces, cuando tus padres se separaron, tu madre seguía siendo una niña, ¿Por qué el juez no le dio la custodia a tu padre?

—Desgraciadamente por aquel entonces, y hoy día, si una mujer denuncia a un hombre por maltrato, no lo investigan, directamente van a por el hombre y mínimo, la noche la pasa en el calabozo, pero por el contrario, si un hombre

denuncia a una mujer por maltrato físico o psicológico, se ríen del hombre. Mi padre denunciaba a mi madre cada viernes que nos recogía del colegio al vernos llenos de morados por todos lados, pero en el juicio mi madre decía que era de jugar y no le hacían caso a mi padre.

—¿Por qué no lo desmentáis?

—Teníamos miedo que no nos hiciesen caso y luego los castigos fuesen aún peor de lo que ya lo eran.

—La justicia se equivoca muchas veces, pero... cuándo os fuisteis a Freila, ¿la situación cambió?

—Por completo, volví a sentirme niña. Mi bisabuela, que vivía en la casa de arriba, al principio me daba miedo, era diabética y mi abuelita, su nuera, iba todos los días a pincharle la insulina y como yo era la más pequeña de la casa, siempre que subía a verla me consentía. Así que subía con mi abuelita y me daba dulces, dinero, lo que yo quisiera. Al poco tiempo me dejó de dar miedo y subía siempre a verla, incluso sin mi abuelita.

Otra de las cosas que me gustaba mucho de vivir allí era irme con mi abuelo por las tardes con el ganado de ovejas, ¡tenía un montón!

Un día nos fuimos los dos solos y vi que en todos los pinos había unas bolsas blancas llenas de gusanos, le pregunté a mi abuelo para qué servía eso y me dijo que, para jugar. Cogió una y me la tiró, con las mismas cogí otra y se la devolví. Estábamos jugando a tirarnos la procesionaria de los pinos y empezó a picarme todo el cuerpo. Se lo dije a mi abuelo y no me hizo caso, decía que era muy delicada, se me hincharon los ojos y apenas podía respirar. En ese momento, mi abuelo, se dio cuenta que no era mentira lo que le estaba diciendo y sin pensárselo dos veces, dejó trecientas o cuatrocientas ovejas solas en el campo, me cogió y me llevó corriendo a urgencias. Me pincharon y todo se quedó en el susto, los médicos nos explicaron que la procesionaria era muy peligrosa, desde luego no nos lo habríamos imaginado nunca. Cuando llegamos a urgencias mi abuelo llamó a mi madre, a mi padre y a mi abuela. Mi padre recogió a mi abuela y vinieron corriendo, mi madre no podía venir...

Se creó un silencio incomodo y seguí hablando.

—Lo que no me gustaba de ser la pequeña, era que mis tíos y Lucas, a veces me hacían bromas pesadas. Una mañana mientras me vestía para ir al colegio, mis tíos y mi hermano hacían el desayuno. Decidieron echarle sal a mi vaso de leche para ver qué hacía cuando bebiese. Fui a darle el primer trago y ya se estaban riendo, me pareció raro y le di un sorbo muy pequeño, que con las mismas se lo escupí a mi tío, que era el que estaba enfrente. Mientras mi tío se limpiaba, mi tía me preparaba otro vaso de leche y yo fui a contárselo a mi abuelo para que los castigase.

—Privilegios de ser la pequeña.

Por megafonía llamaron a los familiares de Pilar, eran buenas noticias, la quimioterapia estaba haciendo bien su trabajo y estaba más estable, pero tenía que quedarse unos días más en el hospital.

Para celebrar la noticia, fuimos a comer al bar de al lado de mi trabajo, ya que se come muy bien y después volvimos al parque donde nos encontramos la noche anterior y seguimos hablando de mi vida.

—Mi abuelo es un hombre de campo, siempre está con sus animales y su huerto, mi abuela parecía una mujer de las de antes, procuraba que su casa estuviera siempre limpia, sus hijos y nietos bien aseados, pero es cierto que no éramos una familia de mucho dinero, así que teníamos poca ropa y Cáritas nos daba comida, aunque no quería que la gente del pueblo lo supiera. La mayor parte del tiempo, cuando mi abuelo estaba en la casa, lo pasaba peleando con mi abuela, Lucas y yo vivíamos en tensión, los maestros del colegio les decían que teníamos que ir a un psicólogo, ya que nuestra situación había cambiado muchas veces en muy poco tiempo, pero no les hicieron caso. Un día, después de que mis abuelos discutieran, mi abuelo se fue con los animales y mi abuela se metió en el baño, no me di cuenta que estaba allí y entré con la mala suerte que la vi fumando, aunque lo escondió corriendo. Nunca antes la había visto fumar, de echo me entrañó porque siempre regañaba a mi abuelo por hacerlo. Cuando llegó mi abuelo encendió un cigarro y con mi mejor intención, le dije que le diera otro a mi abuela ya que ella también fumaba, Si lo llego a saber no hubiera dicho nada, tuvieron una discusión muy fuerte, mi hermano siempre me decía que lo que tenía que hacer para ser feliz era ver, oír y callar, en ese momento no entendía lo que me estaba diciendo.

Llegó el fin de semana y eso significaba que mi padre vendría a recogernos y nos iríamos a su nueva casa. Cuando murieron mis abuelos, mis tíos le propusieron a mi padre que se mudase allí ya que no se había comprado ninguna casa y así se podría ahorrar el alquiler de un piso.

Ese fin de semana me llevé otra gran decepción. Fuimos a un bar y un hombre le dijo a mi padre que había visto a nuestra madre comprando droga. Me quedé mirando al hombre con la incertidumbre de saber si se refería a mi madre. Mi padre no le quiso hacer caso, no sé si porque no lo creía, porque no lo quería creer o porque lo sabía pero quería que se fuese para que no supiéramos nada. Me quedé toda la tarde pensando en lo que eso conllevaría. El domingo fuimos a comer a la casa de una hermana de mi padre, como hacíamos siempre y me preguntó si me pasaba algo, que estaba ausente. Seguía pensando en lo que aquel hombre nos dijo. Se lo dije y efectivamente era así, mi madre se drogaba, mi tío lo sabía, pero nos aclaró que lo hacía desde que se divorciaron mis padres. Yo

veía a mi padre hacerle gestos a mi tío para que se callase, pero le dijo que no se iba a callar porque teníamos derecho a saber que clase de madre teníamos.

—¿Tu padre os dejó con vuestra madre sabiendo que se drogaba?

—Realmente estábamos con nuestros abuelos, pero desde aquel día, las denuncias eran más constantes, lo dijo en los servicios sociales y siempre venían a casa, al colegio... hasta que mi abuelo se enteró del porqué tantas visitas de asistentes sociales y mi abuela decidió, en contra de mi abuelo, que volviéramos con nuestra madre y de alguna manera dejase de hacer lo que hacía, pero incluso yo que no sabía que eran las drogas en sí, sabía que estaba haciendo algo que no estaba bien. A parte de fumar, estaba mucho más delgada y apenas tenía paciencia, ya no quería estar con nosotros.

Justo al volver con ella, él nos castigó. Me sentía culpable de aquella situación, nadie quería estar con nosotros, sólo mi padre y no lo dejaban, siempre nos decían que los niños tenían que estar con su madre, sin escuchar si nosotros queríamos eso, me sentía como un muñeco que sirve para desestresarse. Si estaban mal, lo pagaban con nosotros, aunque no tuviéramos nada que ver. ¿Íbamos a estar así toda la vida? Los castigos ya eran algo muy común, mientras a nosotros nos ponía de rodillas con libros en las manos en una esquina, nos encerraba en el balcón para pasar frío o nos dejaba sin comer cuando hacían algo que sí nos gustaba, a los hijos de él los mandaba a comprarse chucherías. Decidí no hablar, no salir de mi cuarto, ir del colegio a mi cuarto y de mi cuarto al colegio. Si había algo de comer que no me gustaba, pues me lo tragaba como si fueran pastillas, pero como tampoco podía beber más de un vaso de agua, tuve que aprender a tragármela sin apenas beber. Con siete años dejé de ser una niña, mientras las niñas de mi clase jugaban con muñecas o hablaban de los dibujos que veían por las tardes, yo pretendía hacer los deberes que nos había mandado la maestra porque por la tarde tenía que hacer los que Alfonso nos pusiera.

Al poco tiempo de volver con mi madre, mis abuelitos se divorciaron, ¿Qué pasaba en mi familia?, ¿sería nuestra culpa? En ese momento pensaba que sí ya que Alfonso nos puso a escribir 500 veces “Mi madre está sufriendo porque yo he hecho que se divorcien sus padres”.

Pasaron algunos meses y pensaba que ya no podía ser peor, mi madre cada vez estaba más distante con nosotros y siempre estábamos en juzgados declarando con quién queríamos estar. Siempre decíamos que queríamos estar con mi padre y él hacía todo lo que estaba en su mano para que fuese así, pero Alfonso siempre nos hacía algo malo justo cuando nos tocaba irnos con él, para que se lo contásemos y fuese a pelearse para defendernos. Sé que está mal, en aquel entonces no y un juez nos preguntó si mi padre alguna vez había agredido a Alfonso, le dijimos que los dos se habían peleado, por lo tanto no querían darle

la custodia a mi padre, decía que era peligroso. Yo sabía que no era así, él lo único que pretendía era hacerle entender a Alfonso que tenía que meterse con alguien que se pudiera defender, no con dos niños pequeños.

Pero gracias a Dios, o como quieras llamarlo, después de muchos meses luchando, nuestra suerte cambió. Por fin estábamos con alguien que nos amaba de forma incondicional, aquel que hacía lo posible para darnos todo lo necesario, aquel que se inventaba mil y una historias para que no nos diésemos cuenta de que ni para comer teníamos.

Dicen que el amor no da de comer, pero ciertamente, alimenta el alma y más cuando se trataba de dos niños indefensos, los cuales solo necesitaban en su vida alguien como su héroe.

Y aquí dónde me ves Daniela, con tan solo 8 años me convertí en la mujer de mi casa. Muy temprano salía mi padre, no sé si a trabajar o a buscarlo y no volvía hasta bien tarde, tenía cierta tranquilidad, pues sabía que sus hermanos que vivían muy cerca, nos echarían un vistazo en el caso de necesitarlo.

Al estar todo el día solos, recuerdo que aprendí a doblar camisetas viendo un programa de televisión.

De pronto se me escapó una carcajada y con una sonrisa no solo en los labios, sino también en el alma, continué diciendo:

—Recuerdo que a veces me peleaba con mi hermano, entonces mi tía Felisa, que vivía muy cerca de nosotros, me llamaba para que fuese a su casa y así dejar de pelearnos. Me preparaba un bocadillo de atún, y hasta que no pasaba un buen rato, no me dejaba irme.

De repente algo cruzó por mi mente y mi gesto cambió, Daniela me preguntó qué pasaba.

—Daniela, ahora me doy cuenta de algo en lo que no había pensado antes, como te decía, mi tía me llamaba a mí, y me preparaba un bocadillo pero... ¿y Lucas? ¿Lucas no comía? Él nunca dijo nada, siempre que regresaba de casa de mi tía él ya estaba dormido, éramos dos niños, solo eso. Además, había días en los que no podíamos llevar nada de merienda al colegio, porque no había nada en casa, por no haber, no había ni agua caliente.

Es cierto que al tiempo de estar en esa situación, mi padre encontró trabajo fuera de Zújar y para no hacernos cambiar de colegio otra vez, le pidió a Juan y a Vanesa, unos amigos, que se quedasen con nosotros mientras él terminaba la obra que le había salido. Ellos aceptaron encantados, le pedían mucho dinero por cuidarnos, pero a mi padre no le importó, porque lo único que él quería, era que nosotros estuviésemos bien.

El día que fuimos a la casa de ellos, nos sentíamos raros, Vanesa tenía un bebé de pocos meses y a pesar de ello, se pasaba el día tumbada en el sillón sin

hacerle caso al niño mientras éramos Lucas y yo los que nos dedicábamos a calentar potitos, cambiar pañales, poner y tender lavadoras, fregar los platos... Estudiábamos y hacíamos los deberes cuando terminábamos de hacer las tareas de la casa.

Cuando Juan llegaba de trabajar, nos mandaba al supermercado de enfrente de casa para comprar cerveza y patatas, para que mientras él jugaba con la videoconsola tuviera algo de picar. No lo pagábamos, sino que lo apuntaba y cuando llegaba mi padre a fin de mes lo pagaba, aunque nunca nos dejaba comer nada de chucherías a nosotros. Me molestaba mucho que mi padre tuviera que trabajar para pagarle a ellos las cervezas y chucherías mas todo lo que pagaba después por tenernos en su casa de esclavos. Creo que deberían habernos pagado ellos a nosotros.

Pasaron los meses y nos acostumbramos a esa vida, éramos su cenicienta. Un día, Vanesa salió de la ducha y me dijo que me regalaba su cuchilla de afeitar usada para jugar, por lo tanto, esa misma noche jugué, me depilé, y cuando salí para enseñárselo a todos, empezaron a reírse de mí y decirme que me iba a salir el pelo muy negro, fuerte y que a partir de ese momento iba a estar feísima. Yo me imaginaba que me iba a convertir en un oso o algo por el estilo y ciertamente lo pasé muy mal, de hecho, desde aquel momento no me gusta enseñar mis piernas.

Un viernes vino mi padre para vernos y nos preguntó como estábamos, cuando le dijimos la situación de la casa se enfadó mucho con ellos. Lo único bueno que tenía Juan, era que dejaba a Lucas jugar con él a la videoconsola, pero como es normal, mi padre no estaba dispuesto a pagarle a nadie la cerveza, así que nos volvimos a ir con él.

Mi tía Ana se compadeció, para que mi padre no perdiera su trabajo, comenzó a hacerse cargo de nosotros, comíamos todos los días en su casa, después volvíamos a la casa solos mientras llegaba mi padre. Le ampliaron el tiempo de trabajo y mi padre habló con su hermano para no dejarnos solos tanto tiempo. Nos fuimos a vivir con ellos, de nuevo vivir en familia, con todo lo que eso significaba... reíamos, peleábamos, cuando venía mi padre los fines de semana hacíamos excursiones, mi tia, mi padre y nosotros tres. Jaime ya tenía 4 años.

Entre ellos se llevaban muy bien, parecía que habían nacido el uno para el otro, eso me hacía muy feliz. A veces soñé que mi tía Ana se convertía en nuestra mamá, pero solo era un sueño...ella amaba con locura a mi tío Lorenzo, y él nos trataba como a sus hijos, de hecho, mis tíos Lorenzo y Ana son mis padrinos.

Pasó algún tiempo desde que estábamos con mi tía, era todo tan normal que

me parecía mentira. Mi tía Ana y mi padre, iban a comprar juntos la compra del mes. La verdad es que después de no haber tenido nada de comer, ver tanta comida junta, me hacía mucha ilusión.

Tanta felicidad en mi vida no podía ser posible, pero no sé que pasó, ni por qué. Supongo, que ya se le acabó el trabajo a mi padre, así que nos volvimos a mudar con él.

Llegó el verano que cambiaba de tercero de primaria a cuarto y como te comentaba, las cosas estaban un poco mejor en casa, pero no para tirar cohetes.

Recuerdo que pasábamos mucho tiempo en la calle y que eso me dio la oportunidad de jugar con muchos niños... Entre ellos Marta, hija de un amigo de mi padre que estaban veraneando en el pueblo.

Nos convertimos en grandes amigas, hasta el punto de que su familia me invitó a pasar las vacaciones con ellos en Alicante.

Convencimos a mi padre, aunque la verdad, tampoco necesitamos insistir mucho. Él sabía que estaría mejor allí que en Zújar, así que en dos días ya estaba camino a Alicante, feliz, con Marta a mi lado y sus padres pendientes de mí.

Cuando llegué allí, me sorprendía lo bien que se compenetraban entre ellos, mientras él preparaba la cena, ella bañaba a los niños... recogían la casa entre los dos, algo que para mi era totalmente extraño. Me gustaba, me sentía cómoda, entonces más que nunca deseaba que mi familia fuese como la suya, y aunque suene triste, era la primera vez que experimentaba lo que significaba vivir en familia. Con mis tíos estuve muy cómoda, pero no tenían esa compenetración ni se llevaban tan bien y al fin y al cabo, nosotros éramos los sobrinos que íbamos a estar con ellos una época, pero con la familia de Marta era totalmente diferente, me trataban como a una más.

Los días pasaban muy rápido, el verano se acababa, y yo cada vez estaba más convencida de que no quería volver a casa. Echaba de menos a Lucas y a papá, pero lo que sobre todo echaba de menos era dormir entre papá y Lucas, siempre dormíamos los tres en la misma cama.

Cuando volví a Zújar la vuelta a la rutina se me hizo muy cuesta arriba, pasar de tenerlo todo y no hacer ninguna tarea en casa a volver a estar sola con Lucas todo el día y ocuparme de tener la casa limpia y recogida.

Mientras estábamos merendando, Daniela recibió una llamada de un número muy largo, lo cogió y de fondo se escuchó una voz.

— Daniela, por favor, ven a hospital cuanto antes.

Sin más, colgaron, ¿Quién era? ¿Qué pasaba?.

Llegamos en menos de diez minutos, Pilar no estaba en su habitación.

¿Dónde estaba? Le preguntamos a la primera enfermera que pasó por allí y nos llevó hasta la persona que nos había llamado, el Doctor Rodríguez.

Entramos en la consulta y el doctor comenzó a explicarnos que el cáncer de pulmón se considera el tumor maligno que más muertes produce en el mundo, por encima de otros cánceres con mayor incidencia. Que su detección en etapas tempranas es difícil y en el 90% de los casos se diagnostica en estadios avanzados donde el tratamiento ya no es tan eficaz.

El doctor no había terminado cuando Daniela formuló la pregunta que todos en la misma situación hubiésemos formulado... ¿se va a morir? No hicieron falta palabras, las dos entendimos lo que venía después, el motivo por el que el doctor nos había llamado.

Pilar estaba en el quirófano, sólo tenía afectado uno de los lóbulos pulmonares. Según nos estaba explicando el doctor, la recuperación completa tras el tratamiento estaba condicionada por la complejidad de la propia cirugía y por los efectos secundarios de la quimioterapia y de la radioterapia.

Algo que nos dio esperanza de vida fue, que según el doctor la falta de un lóbulo pulmonar o de todo el pulmón completo, no afectaba para realizar una vida normal.

Si el otro pulmón estaba sano y con ejercicios de rehabilitación respiratoria, paulatinamente se iría recuperando una capacidad pulmonar suficiente para la actividad diaria.

Después de lo que el doctor nos había dicho y de todo el estrés que habíamos pasado, nos fuimos a la sala de espera mientras la Pilar seguía en quirófano.

Cuando nos sentamos, parecía como si todo el peso del cansancio se nos hubiese puesto encima y apenas nos diese permiso para respirar profundamente y aguardar en silencio nuevas noticias.

No se veía a Daniela triste, aunque si exhausta, pobre, demasiadas emociones en poco tiempo... Y encima yo, contándole la historia de mi vida.

Estaba enredada en esos pensamientos cuando con un leve susurro:

—Por favor, continúa, necesito dejar de pensar— dijo Daniela.

Hice un silencio, respiré profundo y continué:

—Al poco tiempo de volver de Alicante, mi padre decidió que nos mudáramos de nuevo, esta vez era a Baza.

Y aunque al principio no me hizo mucha gracia, básicamente porque viviríamos en una casa sin amueblar, solo había una cama y en la misma habitación, una tele encima de una mesilla, por no haber, no había ni hornilla y siempre teníamos que pedir algo de comer o hacer algo frío, porque por suerte si teníamos frigorífico.

En menos de una semana mi padre buscó una solución, una vecina era la que nos iba a dar de comer a medio día. Tiene una hija, María, es un año mayor

que yo e íbamos al mismo colegio, así que el tiempo que estuvimos en esa casa fuimos y volvimos juntas del colegio. Su casa estaba en el edificio de al lado, nunca vino a casa, tampoco le dije como era. La casa donde vivimos con nuestra madre estaba enfrente de donde vivíamos en ese momento, ella acabó comprándose una casa un poco más lejos. Íbamos al mismo colegio que cuando estábamos con mi madre, que, en lo más profundo de mí, se alimentaba el deseo de que volviésemos a ser una familia de verdad, miraba la casa y me venían recuerdos espantosos, pero a la vez la quería. Tenía la esperanza de que, al estar en el mismo pueblo, mis padres pudieran coincidir en algún lugar y quizás, por qué no, retomasen su proyecto de vida.

Mientras esto se iba gestando dentro de mí, empecé a visitar a mi madre a escondidas de Alfonso. Como trabajaba por las noches en una empresa de transportes, dormía durante el día. En más de una ocasión me tuve que esconder detrás de algún coche para que no me viese y cuando se iba, era cuando yo iba a ver a mi madre, que no sabía ni dónde vivíamos, ni cómo, nunca me preguntó.

Daniela me interrumpió preguntándome:

—¿Por que ibas a verla después de todo lo que te había hecho? Además, ¿por qué te escondías? No lo entiendo...

Lo cierto es que yo tampoco. Me quedé callada y de mi yo más profundo, brotó la respuesta:

—Supongo que a una madre se le quiere por encima de todo, es la mujer que te ha dado la vida, la oportunidad de ser feliz de alguna manera. Tal vez era consciente de que con mi padre seríamos más felices, ya que era el único que se preocupaba de verdad por nosotros.

Daniela me cortó para decir que una madre de verdad no deja que nadie le haga daño a sus hijos por nada del mundo.

Lo sabía, pero la quería, la echaba de menos, me estaba criando relativamente sola, ¿Qué pasaría cuando me hiciese mujer? ¿A quién le contaría mis cosas? Mi padre no entendía de eso.

Realmente tenía la esperanza de que volviese a estar con nosotros, pero me enteré de que estaba embarazada, y supe que la perdería para siempre.

—¿La perdiste?

—¿Puedes perder a alguien que nunca tuviste? Yo había tenido madre de 0 a 3 años, después, era una total desconocida.

Por fin, salió el doctor y nos dijo que, en estadios precoces, cuando el tumor no se había extendido, la resección quirúrgica podía ir desde la extirpación del

lóbulo pulmonar afectado, hasta la resección del pulmón entero. Siendo el pronóstico en estos casos muy bueno, todo había salido bien. Con suerte, a Pilar solo le habían tenido que extirpar el lóbulo pulmonar afectado y había salido todo bien, se iba a quedar unos días más para ver la evolución.

Nos abrazamos y aquel abrazo me supo a despedida, ella ya no me necesitaba. No pude disimular las lágrimas de alegría al saber que Pilar podría llevar una vida casi normal, pero a la vez de tristeza, no sé, había terminado cogiéndole un cariño especial a Daniela, nunca antes le había contado a nadie la historia de mi vida.

Cuando nos separamos del abrazo, dije con mi mejor sonrisa:

—Bueno...yo ya me voy, Daniela, cuando necesites hablar, ya sabes, me llamas.

No di oportunidad a despedidas, me di la vuelta y me marché.

# DANIELA

Apenas me dio tiempo a reaccionar cuando, ya había perdido a Lucía de vista, todo fue tan rápido que ni tiempo me dio para darle las gracias por todo lo compartido en esos días.

Se fue tal como llegó a mi vida, sin preámbulos ni tiempo a cortesías... Pero después de estar esos días con ella, parecía que era una chica bastante independiente y sin necesidad de ser reconocida ni querida por otros, la sensación que tenía era que ella sola se había bastado para salir adelante, pero en tal caso, ¿Cómo lo hizo?

Subí por las escaleras del hospital, necesitaba moverme y digerir su despedida tan fugaz y sobre todo pensar como volver a ella.

Cuando llegué a la habitación, mi madre ya estaba allí, dolorida, pero con una paz en sus ojos que brotaba de su alma y se reflejaba en su leve sonrisa. Exhausta, después de la operación, pero con la esperanza albergada en su corazón de que saldría de esta.

Hizo el ademán de hablar, pero suavemente le tapé los labios.

—Shhhh, no hables mamá, necesitas descansar.

Cogí la butaca que estaba al fondo de la habitación y me senté junto a ella agarrándole la mano, no sé quién de las dos se quedó dormida antes, ni cuanto tiempo estuvimos durmiendo, solo recuerdo que cuando abrí los ojos ella estaba sonriéndome.

Me levanté, le di un beso en la frente y fui a la cafetería a comprar algo para desayunar.

De vuelta a la habitación no podía parar de pensar en Lucía, necesitaba saber más de ella y no sabía que hacer, así que se lo conté a mamá.

—Daniela, te he dicho muchas veces que no vayas con gente rara.

—O sea, mamá, que su madre la abandonase, que permitiera que el tal Alfonso ese le pegara, que no tuviera dinero ni para comer, que estuviera

siempre de un lado para otro, ¿la hace rara? Piensas como todo el mundo, sin ponerte en su situación ni un solo segundo, eres una egoísta.

No podía saber lo que sufrió Lucía, aunque mi infancia no fue muy fácil tampoco, pero lo que sabía es que todo el mundo se reía de ella, incluida yo. Tenemos la mala costumbre en el colegio o en la calle, siempre acompañados, de reírnos del débil, si no va a la moda, si tiene pocos amigos, si lleva la misma ropa dos días seguidos... pero lo que nunca hacemos es preguntarnos el porqué.

No me lo podía perdonar, empecé a hacerme preguntas, ¿qué podía hacer para ayudar a gente como Lucía? ¿Cómo podía hacer para que el mundo conociese esa historia que me había hecho cambiar la forma de pensar y de ver la realidad?

Pasaron varios días, mi mente no paraba de pensar, mi madre que cada vez estaba mejor, decidió ayudarme.

—¿Por qué no vas al colegio y le pides ayuda a los profesores? Tal vez ellos puedan ayudarte, pueden hacer alguna reunión sobre el acoso escolar.

—Y ... ¿De qué hablo? Mamá, solo sé una parte de su historia, no van a querer organizar una reunión ¿Para qué cuenta qué? ¿Qué una niña que estaba en mi clase de la cual me reía, me ha cambiado la forma de ver el mundo porque me ha contado parte de su vida? Además, ¿eso se consideraría acoso escolar?

—Si solo tienes una parte, ¿no deberías saber la historia entera?

Mi madre tenía razón, no sabía prácticamente nada de Lucía, tan solo me había contado una parte de su vida.

Le dieron el alta a mamá y cuando llegamos a casa, después de dormir como diez horas seguidas, nos pusimos a pensar qué podíamos hacer.

Decidí ir al colegio, hablé con todos los profesores, pero me dijeron que ellos no podían darme ningún tipo de información acerca de Lucía, ¿por qué?

No me rendí tan fácil, necesitaba a alguien que me ayudase y llamé a una compañera de clase, cuando contestó se le notaba extrañada, normal.

—Hola, soy Daniela, siento mucho molestarte, pero necesito tu ayuda. Lucía, tu amiga, la de clase, hace un par de semanas me ayudó con un asunto familiar y en ese tiempo estuvo contándome ciertas cosas de su vida. Como vosotras os lleváis tan bien, he pensado que tal vez podrías ayudarme, quiero hacer algo por ella que nunca antes hayan hecho.

—Buenas tardes Daniela, no sé que te traes entre manos, ni si es verdad eso que dices, pero yo no puedo ayudarte, no puedo contarte la vida privada de nadie, si es verdad que quieres ayudarle, primero deberías plantearte si ella lo necesita, ¿la has visto alguna vez pedir ayuda?

—Por eso mismo, quiero saber si necesita ayuda, porque no terminó de contarme la historia, no sé que pasó después, ¿se encaminó su vida?

—Lo siento Daniela, tal vez tengas que preguntárselo a ella directamente.

No entendía porque nadie me quería ayudar, fui al psicólogo del colegio para ver si Lucía fue alguna vez y podría orientarme un poco, pero tampoco quería decirme nada.

Ni los profesores organizar charlas de acoso escolar, ni sus amigos ayudarme, ni el psicólogo contarme nada, aunque eso me lo esperaba, es cierto que imaginé que me orientaría.

No pensaba rendirme con tanta facilidad.

# LUCÍA

Cuando parece que el día va a ser igual que los demás, mucho trabajo, veo a alguien entrar por la puerta, me levanto para saludar y veo que es Daniela no sé si alegrarme o preocuparme.

—¡Daniela! ¿Qué tal? ¿Qué te trae por aquí? Que alegría me da verte.

—Lucía, siento molestarte, venir a tu trabajo sin preguntar... pero llevo desde que te fuiste pensando en ti, tenemos algo pendiente, ¿comemos juntas y hablamos de ello?

Me quedé un poco pensativa porque no sabía qué teníamos pendiente, así que le dije que si quería nos veríamos a la hora de comer en el bar de al lado y hablaríamos de eso, que supuestamente estaba pendiente.

Se fue sin contestarme a ninguna pregunta, pero se le veía bien, esperé ansiada la hora de la comida, pero antes tenía tantas cosas hacer, tantas facturas que mandar, tantas llamadas y correos que contestar, que, cuando me di cuenta de la hora que era, la pobre ya llevaba quince minutos esperándome.

Cuando llegué, Daniela estaba hablando con una amiga suya y no sabía si acercarme o esperar, pero vi que se estaban despidiendo y me quedé mirando en la distancia, no quería que se sintiera avergonzada por ir conmigo. Cuando me vio, aún no se había ido su amiga y me llamó con un tono de voz muy alegre.

Nos sentamos en una mesa de la terraza y mientras salía el camarero, yo no podía seguir con la intriga, así que le pregunté qué era eso que teníamos pendiente.

—Tranquila Lucía, solo quiero que termines de contarme la historia que empezaste.

No sabía que decir, pocas veces se habían preocupado así por mí, la verdad es que nunca le había contado mi historia a nadie relativamente desconocido. Solo la conocían personas muy cercanas a mí, como por ejemplo Claudia, que había estado siempre a mi lado, apoyándome en todo momento.

—Como te comenté, empecé a ver a mi madre a escondidas de Alfonso, la verdad por la que yo iba a ver a mi madre era porque quería estar cerca de ella, pero sobretodo del bebé que tuvo, una niña, Desiré. Al principio me daba envidia ver como la querían. ¿Por qué a ella si y a mí no? En fin, a pesar de todo, cuando Alfonso se iba a trabajar y yo iba a su casa, a parte de para ver a esa niña sin

culpa de lo que un día me hicieron sus padres, iba para ayudar a mi madre con la niña. Sabía que durante el día Alfonso dormía y ella se encargaba sola del bebé, entonces aprovechaba mi visita para tener tiempo para ella mientras yo, me encargaba de cuidar a la pequeña. Un día llegué y mi madre estaba llorando a la vez que decía “no puedo más”, le preguntaba que le pasaba y no me contestaba, me dio a la niña y subió al servicio. Pasaron varios minutos y dejé de escucharla llorar, oí un golpe como si se hubiera caído, sin pensarlo con la pequeña entre mis brazos fui hacia ella y la vi tumbada en el suelo.

—¿Se desmayó del disgusto?

—Ojalá hubiera sido eso. Se tomó una caja de pastillas. No sabía que hacer, a quien llamar, empezó a echar espuma por la boca y a tener espasmos. Recuerdo verla en el suelo tumbada y sentir impotencia por no poder hacer nada por ella. Sin soltar a Desiré salí a la calle para pedir ayuda a una vecina. Vino la ambulancia y se la llevaron corriendo. Me dijeron que 10 minutos más y no hubiera vivido. Salió del hospital y no fue capaz de decirme nada, solo que no le dijese nada a nadie.

—¿Qué hiciste con tu hermana mientras ella estaba en el hospital?

—Intenté cuidarla lo mejor que pude, estaba demasiado nerviosa como para cuidar de mi. La miraba y pensaba que hacer con ella, nunca antes me había quedado con un bebé de meses.

—¿Tu madre no te agradeció lo que hiciste por ella?

—Al revés, me reprochó no haberla dejado terminar con la “pesadilla” en la que vivía.

Dejé de visitarla tan a menudo, no podía entender porqué me hizo eso a mi, ¿por qué no lo hizo estando sola? Jamás pude contárselo a nadie.

Cuando Desiré apenas tenía un año, mi madre parecía una persona muy feliz con su novio y su hija. Decidieron comprar un casino para llevarlo entre los dos. Era el típico bar de la plaza del pueblo. Solo iban personas mayores. En fiestas y días especiales iban algunas personas.

Pasaban mucho tiempo en aquel casino y la niña estaba allí todo el día, solo iban a su casa a dormir.

Cuando estaba agobiada de trabajo, iba a ayudar en la cocina o a limpiar lo que pudiera, no solo yo, también mis tíos Pedro y Cintia con mi abuelita, que después de divorciarse de mi abuelito se fue a vivir a Baza con mis tíos.

La cocina estaba llena de cucarachas y la comida podrida. Una vez, fui a llevar un café a una mesa y vi que una cucaracha estaba saliendo de la cocina, sin que nadie se diese cuenta, la pisé y la metí de una patada debajo de los muebles donde se guardan las tazas, con la intención de barrerla en cuanto se fuese la gente.

Mi madre siempre estaba agobiada porque parecía que había comprado el casino ella sola, su novio, por suerte para mí, pero por desgracia para ella, nunca estaba.

Un fin de semana, fui con ella a su casa para pasar tiempo con Desiré. Por la mañana, sobre las diez, cuando me levanté, estaban todos durmiendo, así que bajé a la cocina para hacer algo de desayunar. No había ni vasos ni platos ni sartenes limpias, estaba todo sucio. En la encimera de la cocina ya no quedaba más espacio para acumular más platos ni vasos, la basura rebosaba por los bordes.

¿Desde cuándo mi madre era tan desordenada? Me dio tanto asco verlo todo tan mal que me puse a limpiarlo sin apenas hacer ruido para no despertar al señor de la casa y no se levantase de mal humor, claro, que la cocina no llevaba así dos días. Cuando levantaba el montón de platos para quitarle la comida que les había sobrado, estaba todo podrido y había gusanos ya grandes. No sé el tiempo que llevaba eso así, pero lo peor de todo era el olor, no recuerdo exactamente las veces que vomité en tres o cuatro horas que tardé en limpiar todo ese desastre.

A las tres de la tarde, cuando se levantó mi madre y vio la cocina, ni me dio las gracias, que no lo hice para eso, pero lo había pasado realmente mal, era como si no se hubiera dado cuenta del cambio. Estaba ausente.

Se lo conté a mi padre y quedó alucinado, mi madre siempre había sido una auténtica maniática de la limpieza. Desde que había comprado aquel casino parecía otra mujer aún peor.

Ese bar no daba para pagar, era un auténtico desastre. Mi madre se pasaba el día llorando en la cocina y la niña siempre estaba en manos de unos y otros. Alfonso cuando iba era un cliente más, se sentaba en la barra y hablaba con los clientes sin hacer el amago de poner ni un vaso de agua. Yo intentaba ocuparme de la niña y de la cocina, pero era mucho para mí. Se lo contaba a mi padre porque estaba muy cansada y me decía que yo no tenía por qué agobiarme, ni preocuparme por un capricho de mi madre, que, si no lo sabía llevar ella sola, que contratase a alguien y que, si yo quería ir a verla, que fuese, pero que no hiciese nada, ni limpiar vasos ni matar cucarachas ni atender a gente. Mi madre contrataba gente, pero en cuestión de meses se iban todos porque no les pagaba. En menos de un año, le embargaron, tanto la casa como el casino y quedó debiéndole al banco mucho dinero.

—¿Por qué le embargaron la casa también?

—Porque para pedir el préstamo para comprar el casino, tuvieron que hipotecar la casa.

—¿Sabes que me alegro que les pasara eso? Por haberos hecho lo que os

hizo, se lo merecían.

—La verdad es que yo lo hacía todo por mi madre y ella por mí no hacía nada. Al cabo de muchos meses, volví a su casa porque me llamó mi abuelito para contarme que Alfonso y mi madre iban a hacer matanza y necesitaban ayuda. Cuando fui, estaba mi bisabuela lavando las tripas mientras mi abuelito preparaba los cuchillos e iba a por los marranos. Me puse a ayudar a mi bisabuela con las tripas, era la primera vez que hacía algo así. Lucas no quería ver a mi madre nunca, tenía mucho rencor guardado. Desde que estábamos viviendo en Baza no fue a verla y mucho menos para hacer una matanza para ella.

Al día siguiente, bien temprano, justo cuando íbamos a empezar a matar a los animales, Alfonso dijo que le daba asco, como si a mi no me diese. Ya no asco, sino pena y decidió irse de la casa mientras duraba la matanza. Mi madre, con la excusa de que no podía meterse ahí con la niña, acabamos haciendo la matanza entre mi abuelito, mi bisabuela y yo.

Mi abuelito pinchaba a los marranos y yo movía la sangre, entre los dos los colgábamos y entre mi bisabuela y yo hacíamos la masa de chorizo y morcilla. Cuando ya estaba hecha, con la máquina, para que mi bisabuela no hiciera grandes esfuerzos, yo echaba la masa y le daba para que fuese saliendo y ella solo tuviera que ir apretando la tripa. Cuando acabé con las tripas y de limpiarlo todo, me puse con mi abuelo a despiezar a los dos marranos, menudo puente pasé. No he vuelto a comer embutido desde entonces.

Mis abuelos se habían dedicado a eso toda la vida, tuvieron una carnicería familiar desde que mi bisabuela era bien joven. La carne que vendían era de los animales que tenían en el corral detrás de la carnicería, así que esa matanza no les supuso mucho esfuerzo. Tenían muchos años de experiencia, a pesar de ello, fui yo la que se encargó de hacer las cosas de mayor esfuerzo, ya que mi bisabuela ya estaba mayor y mi abuelo no podía hacer grandes esfuerzos.

Cuando acabó la matanza y se lo dejamos todo hecho, por no darnos, no nos dieron ni las gracias, nos fuimos y no nos volvieron a llamar.

Mi padre encontró otra casa, más grande y amueblada. Teníamos una habitación para cada uno, aunque seguíamos durmiendo los tres juntos. La casa también tenía una cochera y un patio grande.

Ya estaba en quinto de primaria cuando me di cuenta de que mi profesor estaba hablando con unas mujeres, y que a la vez que me miraban. No me quería sentir egocéntrica, pero era la única que estaba por allí. Pensé que me estaban vigilando por algo, por ser la rara de la clase o por ser de las que peores notas sacaba. Cuando llegué a casa se lo conté a Lucas y se rio de mí. Esa misma tarde, estábamos jugando y tocaron a la puerta, casualmente, eran esas dos

mujeres del colegio.

—¿En serio?, Que miedo ¿Quiénes eran?

—Eran dos mujeres de los servicios sociales. Vinieron a vernos a nosotros, a mi padre y a la casa. Pero mi padre no estaba y tuvieron que citarlo para volver al día siguiente. Pensé que nunca vendrían a casa, que solo podían ir al colegio o citarnos para ir nosotros a verlos a ellos. Así pasaba cuando vivíamos en Freila con mis abuelos y estábamos entre irnos con mi madre o mi padre, que nos vieron psicólogos y asistentes sociales. Pensé que ya nunca más los volvería a ver. Estuvieron preguntándonos cómo estábamos, si éramos felices con nuestro padre o si preferíamos irnos a vivir con otra familia que pudiera estar con nosotros todo el día. Sin pensárnoslo le dijimos que estábamos muy bien con nuestro padre y no nos íbamos a ir a ningún sitio. Nuestra opinión nunca importó. Cuando vino mi padre por la noche se lo contamos y nos dijo que no nos preocupásemos, porque mientras él estuviera vivo, nosotros no nos íbamos a separar de él. Al día siguiente, cuando volvieron, mi padre estaba a la defensiva, nos cogió de las manos y nos sentamos los cinco en la mesa. Empezó hablando mi padre, les explicó que entendía que no podíamos estar todo el día solos, pero tenían que entender que estaba solo y tenía que trabajar para poder darnos de comer. Que estar con él en la obra sería aún peor y no podía permitirse contratar a alguien que pasara la tarde cuidándonos, pues su sueldo se lo gastaría pagando a esa persona y estaríamos en las mismas. Entonces ellas entraron en razón porque ya no éramos tan pequeños y le dijeron que intentara pasar la mayor parte del tiempo con nosotros y que ellas nos iban a facilitar alimentos básicos y poco más para ayudar a mi padre.

Ese verano, nos llevaron de campamento quince días, ya no éramos tan pequeños, pero nos lo pasamos genial. Había niños de todas las edades y de todas condiciones. Conocí a mucha gente, nos dividíamos en grupos de 6 personas, cada grupo tenía una cabaña de madera llena de literas y un baño. Las chicas por un lado y los chicos por otro. Había algo que me gustaba mucho, nadie juzgaba a nadie, todos éramos iguales.

Mientras le contaba mi historia a Daniela, me sentía como cuando una abuela les cuenta a sus nietos anécdotas de su juventud. Estaba tan pendiente de mí, que ni había empezado a comer porque no se había dado cuenta que el camarero le puso la comida hacía ya un buen rato.

Paré por un momento y me puse a pensar en por qué le interesaba tanto mi historia. Me extrañó un poco, ya que nunca antes se habían preocupado de ese modo por mí y la experiencia me decía que algo no iba bien, pero... ¿Qué pasaría cuando terminara de contar la historia? Realmente tampoco me preocupaba, en cierto modo, todo lo que le había contado era verdad, así que

decidí seguir contándole la historia de camino a casa.

—Cuando llegué a quinto de primaria, me sentía eufórica. Por primera vez en muchos años tenía una amiga mayor en el colegio, María y la mayoría de mi clase ya no se reían de mi.

Empecé a juntarme con Rocío, una niña que se hacía de respetar. No sé cómo lo hice, pero cuando me di cuenta éramos inseparables, pero con tan mala suerte que me hizo cambiar. Sacó una parte de mí que no conocía. Yo no quería ser así, pero una vez en la puerta del colegio me dijo que le pegase a una niña y lo hice.

Cuando se enteró mi padre me prohibió que volviese a hablar con ella y me obligó a pedirle perdón a la niña. Que vergüenza, me llevó a su casa y lo hice delante de sus padres y hermanos.

Rocío sabía que no podía hablar con ella y me incitó a ir a una tienda juntas. Cuando salimos, sin saber cómo lo hizo, empezó a sacarse cosas de los bolsillos. Fuimos a su casa y se hizo muy tarde, no quería que me fuese. Eran casi las 12 de la noche y sus padres tuvieron que llamar a mi padre para que viniera a recogerme. Me recogió y de camino a casa no me habló. Cuando llegamos a la casa, me apoyé en la mesa con las manos para hablar con Lucas y mi padre vino por detrás y me dio un azote en el culo, no me lo esperaba. Fue la primera y única vez que me pegó, sé que a él le dolió más que a mí. A los días me pidió perdón, pero el castigo empeoró, un mes sin salir a la calle, de la casa al colegio y del colegio a la casa.

—¿Cumpliste el castigo?

—Sí, pero luego fue aún peor, volvimos a ir a la tienda y yo también robé, no podía seguir así, por la noche se lo conté todo a mi padre.

—¿Qué era todo? —preguntó preocupada Daniela.

—¿Todo? Daniela, estaba amenazada, no podía dejar de juntarme con Rocío. Estaba metida en un mundo de drogas y peleas, me daba miedo, hablaba con gente muy rara, a la mayoría le faltaban muchos dientes, estaban muy delgados, me ofrecían probar, pero por ahí no pasaba. No quería acabar como ellos, así que mi padre me ayudó, salí de todo eso, empecé a ir con la niña que anteriormente le había pegado con la mala suerte que no duró mucho esa amistad. Éramos muy diferentes, pero conocí a Natalie, una chica de las que no se metían en líos, justo lo que necesitaba en ese momento. Se la presenté a Lucas y a mi padre, ya que nos llevábamos muy bien y vi como mi padre estaba cada vez más tranquilo, sabía que Natalie era buena niña, igual que sus padres.

Los fines de semana los pasábamos juntas en mi casa o en la suya. Siempre que venía a casa, papá hacía una paella de esas que le salían riquísimas. La trataba como una hija más, Natalie nunca había probado una paella española, ella

es húngara.

Gracias a ella empecé a mejorar mis notas y cuando acabó el curso aprobé todas las asignaturas.

En verano, Lucas, su amigo David, Natalie y yo siempre estábamos juntos. Surgió el amor entre David y ella, empezaron a distanciarse de nosotros, pero duró poco porque Natalie se fue a Hungría con sus padres a vivir.

Lo pasé bastante mal, pensar que ya no la volvería a ver, por lo menos en mucho tiempo y que los comienzos de curso me daban miedo.

Para colmo, como las cosas no podían ir a peor, mi padre se echó una novia, que se veía desde lejos que lo único que quería era sacarle lo poco que teníamos y no lo íbamos a permitir. Así que, tanto Lucas como yo, nos encargamos de fastidiarle la noche, nadie iba a venir de la calle para quitarnos a papá, y mucho menos, de dormir con él.

Lucas y yo nos compaginamos y mientras yo fingía llorar en mi habitación, Lucas correteaba por el pasillo. Nos portamos como dos auténticos niños pequeños y éramos conscientes. Mi padre merecía ser feliz de una vez, pero no con ella, así que no paramos hasta conseguir que se fuera de casa. Cuando mi padre salió de la habitación para regañar a Lucas yo me metí en su habitación y le dije que no iba a hacer nada con mi padre mientras nosotros estuviésemos como mínimo en la casa, que estaba perdiendo el tiempo. Así que lo que tenía que hacer era vestirse, coger sus cosas e irse a su casa. Mi padre volvió a la habitación y me escuchó hablar con ella, también se cabreó conmigo, me quiso echar de la habitación, pero me subí en la cama y empecé a saltar mientras hacía como que me reía. Llamé a Lucas para que viniese conmigo, empezamos los dos a saltar en la cama y a reírnos como si estuviéramos solos. Mi padre intentaba cogernos, pero como no podía con los dos, le dijo a la novia que se fuese a casa. Nada más irse, nos tranquilizamos y volvimos a la cama con mi padre como si no hubiera pasado nada, aunque él estaba muy cabreado, aunque en realidad le duró poco el enfado.

Seguimos con nuestras vidas como buenamente podíamos. Papá cada vez iba más a los bares y nosotros cada vez pasábamos más tiempo solos. Lucas tuvo que hacer de padre en más de una ocasión, yo quería salir a la calle en cuanto llegaba del colegio y él no me dejaba. Primero tenía que hacer los deberes. Sabía que tenía que hacerle caso a Lucas, era mi hermano mayor, pero yo quería salir a jugar.

—¿Cómo salías si Lucas te castigaba?

—Esperaba que empezase a jugar con la videoconsola y hacía como que me iba a estudiar. Cuando él estaba concentrado en el juego yo salía corriendo.

—Pero, ¿luego no se lo decía a tu padre?

—Lucas se pasaba el día solo. Jugaba a videojuegos, miraba la televisión, si le daba hambre, merendaba solo. En cambio, yo iba a la casa de alguna amiga justo a la hora que estaba merendando para que su madre me ofreciese a mí también y no tuviera que pedirlo. Así que, cuando llegaba mi padre lo único que quería Lucas era pasar un rato acompañado y tranquilo. Si le decía que yo me pasaba las tardes en la calle al primero al que regañaría sería a él, por no conseguir que yo me quedase en la casa y no cumplir sus funciones de hermano mayor, aunque no fuese responsabilidad suya.

Pasaban los meses y la situación no cambió mucho en verano. Lucas y yo nos levantábamos cuando mi padre se iba a trabajar. Lucas jugaba a la videoconsola y yo me iba a la calle. Empecé a juntarme de nuevo con malas influencias. Un día fuimos a una tienda para “ver cosas”. Cuando salimos, mi amiga llevaba los bolsillos llenos de cosas y ni yo misma me di cuenta. Se lo conté a Lucas y me dijo que dejase de ir con esa gente, pero me gustó esa sensación, la adrenalina que sentí cuando me enseñó todo lo que había cogido. A los días, volvimos al mismo sitio y me dijo que cogiese algo muy pequeño y de muy poco valor, pero dije que no, que ella cogiese lo que quisiera que yo no lo iba a hacer. Salimos de la tienda y volvió a sacarse cosas de los bolsillos. No se lo volví a contar a Lucas. En casa cada vez teníamos menos para comer. Mi amiga me decía: coge cosas, no se dan cuenta, luego las puedes vender. Un día necesitaba comprar una libreta, pero no tenía dinero. Fui a la tienda, la cogí y no la pagué. Otro día pasé por al lado de una frutería y cogí dos manzanas, tenía hambre. Llegué a casa, le di una de las manzanas a Lucas y al enterarse de lo que había hecho, me pegó una paliza, no merecía menos. Por mucha necesidad que tuviéramos no tenía derecho a robarle nada a nadie. Cogió mis llaves de la casa, cerró la puerta y escondió las llaves todo lo que quedaba de verano. Solo le abría la puerta a los servicios sociales cuando venían a hacernos una visita rutinaria.

El verano se me estaba haciendo eterno, a mediados de agosto, los de los servicios sociales nos propusieron ir a otro campamento, pero esta vez con padres incluidos.

Al igual que en el otro campamento, nos dividieron en casas rurales con otras familias. Lo único que nos diferenciaba con el resto era que el único hombre que había allí era mi padre, el resto de niños iban con sus madres.

Hacíamos reuniones para que se contaran entre sí sus situaciones, la mayoría de las mujeres habían sido maltratadas y abandonadas. Cuando mi padre comentó que él había sido el abandonado de la relación, el resto se quedó impresionado. Ya sabemos como está la sociedad, el hombre siempre es el malo de la pareja, pues no, hay de todo, mujeres malas, hombres buenos y viceversa.

Cuando llegamos a casa ya tarde, después de pasar la tarde en el parque,

Daniela me comentó que ya sabía lo que quería estudiar, me daba miedo preguntar así que no lo hice y ella misma me dijo que quería ser psicóloga.

—Me has cambiado la forma de ver la vida, yo pensaba que esas cosas solo pasaban en las películas, pero no, estás aquí delante, sé que has sufrido mucho, pero por lo menos tienes a Lucas, a tu padre... y eso tiene que ser un desahogo.

—Hablas más de la cuenta. Vete a casa, mañana tengo que madrugar.

Pasaron los días y no volvió a llamarme, ni venía a casa. Me preocupé, ya que la había visto muy interesada desde el principio en mi historia y me sentía mal por haberle pedido que se fuera de casa aquella noche de malas maneras, así que la llamé y no me contestó.

¿Se habría enfadado conmigo? No tenía culpa de lo que pasó, fui a su casa para disculparme, toqué el timbre y esperé, no abría nadie la puerta y estaba empezando a anochecer. Dio la casualidad que se acercaba una mujer con cara de extrañada.

—Señorita no hay nadie desde hace algunos días —dijo aquella mujer.

—¿Sabría usted dónde están o cuándo vuelven? ¿Se han mudado?

Se fue sin contestarme, no me dio mucha confianza. Volví a llamar a Daniela, comunicaba una y otra vez. ¿Qué pasa?

Volví a casa un tanto desconcertada. Me estaban llamando por teléfono.

—Lucía soy Daniela, siento mucho no haberte cogido el teléfono en estos días, he estado muy liada, mamá está otra vez en el hospital, te necesito, por favor ven cuando puedas, está muy mal.

—No te preocupes Daniela, me ducho rápido y voy.

Corriendo me duché, me puse lo primero que cogí, hice un bocadillo, guardé una muda en el bolso por lo que pudiera pasar y una hora más tarde ya estaba con Daniela.

Como me imaginaba, Daniela llevaba sin comer desde por la mañana. Cuando me vio soltó los papeles que tenía entre las manos y me abrazó llorando. No era el mejor momento para preguntar qué había pasado. Me disculpé por mi actitud de la noche que le dije que se fuera de casa y en vez de decirme que no pasaba nada o algo por el estilo, me lo agradeció.

—Aquella noche cuando llegué a casa, me encontré a mamá tumbada en el suelo de la cocina, estaba muy pálida y fría, me esperaba lo peor. Llamé corriendo a una ambulancia, la espera se me hizo eterna, no sabía qué hacer, si intentar despertarla o dejarla ahí en el suelo. Cuando llegaron se la llevaron corriendo, la metieron por los pasillos interminables del hospital y me dijeron que un poco más y no hubieran podido hacer nada por ella.

—Pero... ¿La operación no había salido bien?

—La operación de pulmón sí, pero no se dieron cuenta que había hecho

metástasis en los riñones.

Lo importante en ese momento era que Pilar estuviera bien atendida y se recuperase pronto. Daniela llevaba sin descansar mucho tiempo. Le propuse quedarme yo con Pilar para que ella pudiera irse a casa y dormir bien, pero no quiso, así que nos quedamos las dos. Tuvimos la suerte de estar solas en la habitación, así mientras yo me quedaba en el sillón despierta por lo que pudiera pasar, Daniela y Pilar dormían en la cama de al lado.

A las cuatro de la mañana Daniela se despertó y me preguntó si no podía dormir, no quise contestarle porque se iba a desvelar, empezaría a hablar e íbamos a molestar a Pilar, pero era tal mi aburrimiento que le contesté que no y como ya sabía, empezó a hablarme.

—Podríamos seguir hablando de ti, de esa historia que me quita el sueño, nunca mejor dicho. ¿Por qué te enfadaste conmigo el otro día?

No me apetecía mucho seguir con la historia, pero no teníamos nada mejor que hacer. Nos fijamos en su madre, como estaba bien, fuimos a la maquina a por un café y empecé a contar.

—En el campamento, como ya te comenté, eran todo mujeres, pero vi como mi padre estaba siempre con una de ellas, Susana. Jugaban a las cartas por las noches mientras los niños estábamos durmiendo, se reía mucho con ella, cada vez que había que hacer alguna actividad en parejas se ponían juntos... Hacía mucho tiempo que no veía a mi padre tan cómodo, estaba muy contenta por él, aunque siempre pensando en qué podía hacer para que lo que tenían entre ellos quedase en el campamento. Algo había en ella que no me gustaba. Lo mismo era que me daba miedo compartir a mi padre.

Cuando el campamento terminó y volvimos a casa, me di cuenta que conocía a los hijos de Susana, la niña, Laura, de mi edad y Fran, el niño dos años menos. Estaban en el mismo colegio que yo. Laura estaba en la otra clase, así que no habíamos coincidido nunca, como mucho en el comedor del colegio.

Laura y Fran estaban en la residencia que había dentro del colegio, de lunes a viernes, y los fines de semana se iban a su casa.

A los niños que vivían en la residencia los trataban mal, se reían de ellos, les decían que eran niños sin familia y sin dinero. Les daban un trato tercermundista.

Mi padre empezó a quedar con Susana, se veía que era buena mujer. Nos contó como su exmarido la había abandonado a ella y a sus hijos por irse con otra mujer y no quería saber nada de sus hijos.

No era una mujer muy de su casa, no sabía hacer de comer ni era muy limpia, pero mi padre la quería. Después de unos meses viéndose todos los días, ella le dijo a mi padre que iba a hacer obra en su casa y para no irse lejos le

propuso venirse a casa con nosotros. Por una parte, a mí, personalmente, me daba cierta tranquilidad saber que había una mujer en casa. Estaba en esa edad donde mi cuerpo empezaba a cambiar y no sabía qué me estaba pasando. No podía contar con mi madre, ya que después de la matanza dejé de ir a verla, y no podía preguntarle nada, aunque tampoco tenía confianza para preguntarle a Susana.

Los hijos de Susana venían poco por casa, cuando salían los viernes del colegio solían ir con sus abuelos. No entendía por qué no se iban con su madre, si esta podía permitirse mantenerlos. La verdad es que no hablaba mucho de ellos. Al tiempo descubrí que no se llevaban muy bien entre ellos, por eso los metió en aquella residencia.

Eran unos niños muy egoístas. Cuando venían a casa, Laura dormía conmigo en mi cuarto y Fran con Lucas. La verdad es que no nos llevábamos muy bien, aunque no le decíamos nada a mi padre para que no se sintiera incómodo. Podíamos aguantar el fin de semana, con no hacerles caso cuando estuviéramos solos nos bastaba. Mi padre intentaba hacer que se llevaran mejor con su madre, a pesar de no poner de su parte ninguno de los tres.

Laura se quejaba porque no quería compartir dormitorio también los fines de semana, la casa ya se nos estaba quedando pequeña así que nos tuvimos que mudar.

—¿Os mudasteis porque la niña no quería compartir dormitorio?

—Efectivamente. El nuevo piso me gustaba menos, estaba amueblado entero, pero no teníamos ni patio ni cochera, además, teníamos vecinos a los dos lados y arriba. Cuando llegamos al piso nuevo, Susana nos dijo que al final de la calle, tenía ella su piso en obras. Una ventaja que tenía el nuevo piso, así cuando Susana acabase su obra, la mudanza sería mas rápida.

Una vez que ya instalados en casa, Susana nos invitó a ver su piso, aunque estuviera en obras. La verdad es que me lo imaginaba más grande y bonito, pero era muy pequeño, solo tenía dos dormitorios muy estrechos, el baño que no cabíamos dos dentro, una cocina mediana y el salón con un sillón detrás de la puerta, una mesa enfrente del sillón. Al fondo, había un balcón y al lado de la puerta había un mueble muy pequeño con la televisión. Si había alguien sentado en el sillón no se podía cruzar de la puerta hacía el balcón. Solo llevábamos 5 minutos en el piso y estaba agobiada, ese piso era para una pareja no para seis personas.

Ya se estaba haciendo de día y no habíamos dormido nada, el día que se aproximaba tenía pinta de ser muy largo.

Pilar empezó a despertarse, los médicos entraban y salían, nosotras después de pasar una larga noche sin dormir, estábamos demasiado cansadas. Ni el café

hacía efecto.

Me daba miedo decirle a Daniela que se durmiera un rato porque no sabía cuanto tiempo más iba a estar despierta yo, por si Pilar nos necesitaba y estábamos las dos dormidas. Fui al baño y con agua fría me lavé la cara, las manos, me eché agua en la nuca y salí a la calle para espabilarme un poco. No tardé más de diez minutos, cuando subí a la habitación Pilar estaba despierta y Daniela no, aunque no pasaba nada ya que las enfermeras estaban muy pendientes de ella.

La razón por la que yo estaba tanto con Daniela, realmente era porque la primera noche que vino a casa, estuvimos hablando de muchos temas y entre otros salió el de su familia. Me comentó que cuando ella era muy pequeña, su padre se fue de casa, todos los meses le pasa la manutención correspondiente y si necesitan algo, las ayuda. Pero si tanto como me dijo que las ayudaba, no entiendo porque no estaba en el hospital con ellas y sobre todo lo que me dijo aquella noche: si mi madre se muere, yo voy detrás. Me lo dijo muy convencida.

Cada vez que miraba a Daniela me preocupaba más, estaba ausente, ¿Qué estaría pensando? Lo único que tenía claro era que no la iba a dejar sola en ningún momento.

De repente se abrió la puerta y eran las enfermeras que venían a duchar a Pilar y detrás vino el médico para decirnos que se la iban a llevar a la UCI durante todo el día y posiblemente toda la noche. Que nos podíamos ir a casa a descansar, si decidían no dejarla en la UCI por la noche, nos llamarían.

De vuelta, Daniela me preguntó si podíamos ir a mi casa directamente, que ella no se veía capaz de volver a su casa sin su madre y como era lógico le dije que sí.

Al llegar a casa, no podía aguantar más con la intriga, así que le pregunté:

—Si no te importa, ¿dónde está tu padre, abuelos o alguien de tu familia a parte de tu madre?

Tal vez había sido muy directa, pero yo le había contado muchas cosas de mí y yo apenas sabía de ella.

—Sabía que estas preguntas alguna vez llegarían. Cuando mi madre era joven conoció al que creyó ser el amor de su vida, lo antepuso a todo, incluida a su familia. Mi padre, que era el guaperas del pueblo, empezó a salir con mi madre, decían que era un mujeriego, que no quería nada serio con nadie, que cada semana estaba con una mujer diferente, pero mi madre se enamoró locamente de él y pensaba que era recíproco. Y llegó el día donde mis abuelos le dieron a elegir entre el mujeriego sin futuro de su novio o su familia. Ella lo eligió a él porque le había prometido una vida de eterna felicidad y que todo saldría bien. Entonces, mi madre pensó que cuando sus padres vieran que era

una relación formal, lo aceptarían. Con tal mala suerte que no llevaban ni seis meses cuando mi madre se quedó embarazada de mí, y digo mala suerte, porque cuando ese muchachillo de apenas veinte años se enteró de lo que le venía en ese momento, dejó a mi madre sin ninguna explicación.

Pero no entendía entonces lo que me había dicho anteriormente, ¿le pasaba la manutención después de no querer saber nada de ella? ¿Las ayudaba cuando lo necesitaban? ¿Sus padres la dejarían sola y embarazada?

—Como te comentaba, mis padres eran de un pueblo muy pequeño y ahí se sabe todo. Cuando mis abuelos paternos se enteraron de lo que había pasado, mi abuela no quiso saber nada, pero mi abuelo fue el que nos ayudó siempre. El que nos pasaba la manutención, el que ayudaba a mi madre en todo lo que podía, pero mis abuelos maternos después de todos estos años, siguen sin hablarse con ella y yo ni siquiera los conozco.

A pesar de eso, mi madre me sacó adelante, he tenido una infancia y pubertad muy bonita, con suerte siempre he sido de las populares entre mis amigos.

Me alegraba mucho saber que por lo menos alguien las ayudaba, a pesar de lo que le pasó a su madre.

Ya no sabía qué hacer o decir, así que me fui a la ducha y cuando salí, Daniela estaba en el sillón con mi pijama y entre las manos tenía una bolsa de palomitas.

—¡Te estaba esperando! ¿Qué te parece si me sigues contando por donde te quedaste esta madrugada?

Estaba demasiado cansada después de la ducha, fui a la cocina y me preparé un café muy cargado, volví al salón junto a Daniela y decidí seguir contándole lo que para ella era como una película.

—Se formalizó la relación entre mi padre y Susana. Me hacía muy feliz ver a mi padre así, por fin parecíamos una familia, teníamos una estabilidad. Hasta que Susana quiso tener un hijo de mi padre. No lo podía permitir, yo era la pequeña y siempre lo iba a ser, fui muy egoísta, lo sé, pero mi padre ya rozaba cierta edad que no debería volver a ser padre y la verdad es que ella también era ya mayor para volver a tener un hijo. Ciertamente mi preocupación no era dejar de ser la pequeña, realmente lo que me preocupaba era que volviéramos a la situación que no hacía mucho teníamos, es decir, no tener nada que comer. Recuerdo que mi padre hacía malabares para que pudiéramos comer los tres, siempre huevos fritos con patatas o tortilla de patatas, arroz...

Un día no teníamos nada, solo un pimiento pasado por el tiempo, arroz y sal. Mi padre hizo un arroz, que no sé si por el hambre estaba bueno, o por el cariño que le puso le salió bueno, aunque la pinta que tenía no era muy buena la

verdad.

Así que mi preocupación era esa y cada vez que se hacía un test de embarazo se me encogía el estómago y hasta que no salía negativo a mi cara no le volvía el color. Un día no salió negativo, mi padre no parecía muy ilusionado. Lucas y yo pensábamos igual.

No lo entendíamos, ¿no llevaban juntos ni un año y ya iban a tener un hijo! La verdad es que lo estaba pasando muy mal, lo único que pedía ya que estaba embarazada es que, por favor, no se quedara nunca más sin trabajo y se criara bien, que no pasara nunca hambre. Es cierto que no veía a mi padre como una persona que está esperando a un hijo, tampoco expresaba mucho sus sentimientos, lo acabé aceptando. Se acabaría ser la pequeña, y lo único que me importaba de verdad es que mi padre no se quedara sin trabajo nunca más.

Un día volví del colegio y vi a Susana muy seria, creía que era porque ya sabría si lo que venía era niña o niño y ella quería lo contrario, pero no, lo que le pasaba era aún peor, ya no venía nada.

Yo, como una niña de doce años, por una parte me alegré. Seguía pidiendo que mi padre no se quedase sin trabajo, y en tal caso, ya éramos grandes para conformarnos con poco, pero por otra parte me dio mucha pena que, ese bebé, aún sin formar, no iba a tener la oportunidad de vivir.

Pasaban los meses y el curso acababa, mi padre y Susana estaban muy bien como pareja, se compenetraban muy bien. Pasaron por un pequeño bache al perder al bebé que superaron con facilidad. Los médicos le dijeron que ya eran muy mayores para quedarse embarazados, y al saber que ya no querían o podían seguir intentando tener otro bebé yo estaba muy tranquila.

Es cierto que ya no teníamos mucha relación con nuestra madre, Lucas menos que yo, ya que a él le había fallado más. Ellos siempre estuvieron juntos, se podría decir que Lucas fue un niño de mamá, y claro, él era más mayor cuando mis padres se separaron y se enteró de más cosas que yo. A parte de que Alfonso le hacía cosas aún peores a Lucas que a mí. Como sabía a que hora se iba Alfonso a trabajar, un día decidí ir a visitarla para ver cómo estaba, a pesar de todo la echaba de menos. Un día vi a Alfonso irse y me acerqué, estaba recogéndole la mesa cuando escuché que alguien estaba intentando abrir la puerta, era él y corriendo fui a esconderme. Suena mal, pero tuve que esconderme. No salí hasta que mi madre lo vio alejarse con el coche. Del miedo que pasé me latía el corazón muy rápido y mi madre me dijo que no me preocupase, que ya se había ido y me dio un helado de limón para que me tranquilizase, estaba muy bueno, me lo comí y me fui. Sentía que molestaba, estaba ella con su hija y yo le sobraba. Esa situación me daba mucha pena, ella me hizo mucho daño y yo la perdoné. Me pidió ayuda y lo hice, pero cuando no

necesitaba nada, era una auténtica desconocida para ella. No quería verla nunca más, pero ¡la quería! Quería formar parte de su vida y ver a esa niña crecer. Me armé de valor y me fui.

Pasaron varios meses y no volví a visitarla. Se acercaba el verano y me acordé del helado que me dio mi madre. Como a mí me gusta mucho todo lo que sea ácido, decidí ir a la frutería que había al lado de casa y compré unos cuantos limones con la intención de hacer limonada. Los exprimí, los repartí en vasos, les eché un poco de azúcar y los metí en el congelador un par de horas. Cuando llegó papá de trabajar y saqué los vasos, se habían congelado, así que dije que hice helado de limón en vez de limonada. Nunca dije que quería hacerlos porque los vi en la casa de mi madre. Se lo di para que se lo comiera y de repente veo que empieza a hacer guiños y gestos raros con la cara, me fui a la cocina a recoger lo que aún había encima de la encimera. Volví al salón y me di cuenta que se lo ha comido todo, me hizo ilusión saber que le gustaba. Cuando me comí el mío, le pregunté dónde lo había tirado, ya que no había nadie capaz de comerse eso. Lógicamente, el azúcar se quedó abajo y era limón puro y duro, pero se lo comió.

—Pobrecillo, eso es quererte y lo demás es tontería- dijo Daniela entre risas.

—Por fin se acabó el curso y llegó el verano. Mis tíos, Ana y Lorenzo, nos invitaban a su casa para jugar con nuestros primos y para pasar tiempo con ellos, ¿Por qué sólo nos llamaría la gente cuando estábamos mejor? ¿Por qué nunca nos llamaron cuando apenas teníamos para comer?

Eso nunca lo sabré, pero no me quejaba, porque me gustaba pasar tiempo con ellos. Yo pensaba que, cuanto más tiempo pasásemos con ellos, menos tenía que gastar mi padre en comida.

El verano acababa y con ello la tranquilidad. En septiembre empezaba un nuevo curso, pasaba del colegio al instituto y eso significaba cambiar de compañeros. La verdad es que, los cambios me daban mucho miedo. Me costaba mucho relacionarme con la gente, sobre todo porque en ese instituto estaba Lucas y me dijo en varias ocasiones que se habían reído de él y que en ese instituto había gente muy presumida. Pero no era presumida, sino que nosotros no podíamos tener ropa nueva todos los meses y ellos juzgaban a las personas por la forma de vestir.

Y justo ese verano, antes de acabar, mi padre se quedó sin trabajo otra vez, la burbuja inmobiliaria había explotado. Susana se dedicaba a limpiar casas de personas mayores, pero con ese sueldo no podíamos mantenernos los cuatro. Sus hijos habían decidido irse a vivir con sus abuelos para siempre. Así que decidieron que lo mejor sería que nos mudásemos a su casa y desde dentro, mi

padre podría terminarle la obra.

—Si decidió acabar con la obra que Susana había empezado, no se había quedado sin trabajo ¿verdad?

—No se quedó sin trabajo, pero a parte de no cobrar, tenía que sacar dinero que no tenía en materiales para la obra. Asumir ver a sus hijos vivir en una casa en obras, sin agua caliente y las paredes al igual que el suelo, a medio hacer.

El curso empezó y claro, no teníamos dinero ni para un bolígrafo, así que nos tuvimos que apanar con los que había por la casa de publicidad. La mochila que teníamos era de varios años y estaba bastante mal, pero no había dinero para lo que Susana consideraba caprichos.

Desde que nos mudamos a su casa y mi padre se quedó sin trabajo, Susana cambió por completo su forma de ser. Empezaron a pelearse siempre por cualquier cosa.

En el instituto, Lucas y yo hicimos amigos pronto. A mí me extrañaba tener la amiga que tenía, era una niña muy lista, sacaba muy buenas notas y se notaba que venía de familia con mucho dinero. Su madre le echaba todos los días para la merienda un batido y galletas de chocolate, pero a parte, por si quería algo de la cafetería, le daba dinero. Lo que más me gustaba de ella era que a mí me daba su merienda, porque le decía todos los días que se me había olvidado la mía y ella se compraba otra en la cafetería, siempre me ayudaba con lo que necesitase. Era una niña muy generosa.

En la clase también había un chico, hermano del amigo de Lucas con el que nos lo pasábamos muy bien. Por las tardes nos íbamos al lado de su casa a jugar, los chicos al fútbol y nosotras al voleibol.

Las cosas en casa estaban muy mal, mi padre no tenía nada de nada y la situación con Susana era muy mala. A ella también se le acabó el trabajo y volvimos a la situación de no tener nada para comer. Teníamos la pequeña ayuda de los servicios sociales de 100€ al mes para comprar comida en un supermercado, pero no daba para todo el mes. Éramos cuatro las personas que teníamos que comer con eso y una pequeña paga que le quedó a Susana después de trabajar.

—¿A tu padre no le quedó nada de paro?

—No, a él no le quedó nada de paga, nunca había estado contratado, siempre trabajaba en negro.

La televisión llevaba semanas anunciando que la iban a cortar, pues necesitábamos un aparato llamado TDT que servía para ver muchos más canales y que nunca imaginé que íbamos a tener. Llegó el día y nos cortaron la tele. En el instituto no podía contarle nada a mis amigos por vergüenza. Pasaron varias semanas y seguíamos sin ver la tele, di por hecho que nunca más volveríamos a

tener tele. Un día llegamos del instituto y mi padre y Susana estaban discutiendo por lo mismo de siempre, no había dinero y estábamos en su casa sin aportar nada. Mi padre se fue sin mediar palabra. Cuando volvió por la noche bien tarde, trajo consigo el aparato que necesitábamos para que la tele se volviera a ver y comida para toda la semana. Nunca dijo cómo lo hizo.

A parte de tener una mala situación en casa, en el instituto también. Mi amiga había pasado de ser la que me ayudaba y defendía a diario de las niñas que se reían de mí, a reírse de mí con ellas. Se fue con la que más se reía de mí. Ahora tenía a toda la clase en mi contra, no podía hacer o decir nada porque si no todos se reirían de mí. Cuando me levantaba para tirar algo a la basura o porque me decía el profesor que saliera a la pizarra, desde mi sitio hasta que llegaba, me ponían el pie para que me cayera o me decían cosas como, por ejemplo: dúchate, nadie te quiere, eres patética, hueles mal, cómprate ropa...

En el recreo me iba con Lucas y con el hermano del que pensaba que era mi amigo, aunque por redes sociales decía que me quería y siempre me decía que, si quería ser su novia, pero se estaba riendo de mí. En la clase siempre que se metían conmigo, se reía.

Nunca llegué a contárselo a mi padre porque era capaz de ir al colegio, entrar en la clase y coger niño por niño y ponerlo en su sitio, pero para que no se metiera en problemas de ir al colegio y que los profesores lo mareasen, nunca le dijimos nada.

Un viernes a la hora de la salida, mi padre vino a recogernos al instituto, para nosotros era muy raro, nunca antes lo había hecho.

Nos llevó a comer y estaba muy contento, Susana no estaba, bien es cierto que llevaban algún tiempo enfadados sin hablarse, pero no entendía a qué se debía su felicidad.

—¿Habían encontrado trabajo? —preguntó Daniela entusiasmada.

—Ojalá hubiera sido por eso. Cuando terminamos de comer, nos contó que le habían devuelto unos cuantos miles de euros por una obra que hizo y no le pagaron. Así que se los dio a Susana para poder pagar la obra y las letras de hipoteca pendientes que tenía. El dinero se lo dio a ella por la mañana y mi padre se guardó un poco para pasar el día con nosotros y volver a estar los tres solos como siempre. Pasamos el día fuera de casa hablando los tres, echaba de menos pasar rato a solas con mi padre y Lucas.

Ya era tarde, pero no importaba, era viernes y no teníamos nada que hacer, cuando llegamos al piso, recuerdo ese día como si me hubiera pasado esta mañana. Mi padre metió la llave en la cerradura, pero la llave no entraba, llamó al timbre y no abría nadie. Lucas y yo nos sentamos en las escaleras por el cansancio, él siguió intentando abrir la puerta. Como es lógico empezó a ponerse

nervioso, entonces ella dijo desde dentro que nos fuésemos de allí o llamaría a la policía. No entendíamos qué estaba pasando. Mi padre se quedó mirándonos y empezó a ponerse muy nervioso de vernos en la calle después de todo lo que había hecho siempre por nosotros y sobre todo después de haberle dado tanto dinero por la mañana a Susana. Se agobió mucho, no sabía qué hacer, nos dijo que nos levantásemos para irnos a algún lado. Ya nos íbamos a ir cuando de la impotencia mi padre se dio la vuelta y le dio un golpe a la pared, no había terminado de dar el golpe, cuando la policía llegó y lo arrestó. Tengo claro que ella ya lo tenía planeado y la policía estaba en el piso de abajo. Si ella llama a la policía cuando escucha el golpe, nos da tiempo a irnos antes de que lleguen, pero creo que los llamó antes de que llegásemos, porque no fue normal lo rápido que llegaron. Realmente mi padre intentó entrar la primera vez, al ver que no podía, llamó al timbre, pero no para que nos dejara entrar, si no para coger nuestras cosas y poder irnos, solo teníamos lo puesto.

—¿Qué pasó cuando llegó la policía y arrestó a tu padre?

—Nos preguntaron si teníamos algún familiar con el que pasar el fin de semana porque mi padre lo iba a pasar en el calabozo. Así que pensamos en nuestros tíos Ana y Lorenzo, puesto que ya habíamos estado con ellos anteriormente y eran mis padrinos.

Eran pasadas las dos de la mañana cuando la policía los llamó para ver si se podían quedar con nosotros, ellos muy preocupados sin pensárselo dos veces aceptaron.

Pasó el fin de semana y papá no volvía a por nosotros. Mi tía nos matriculó en el instituto de Zújar. Claudia y yo nos reencontramos después de mucho tiempo, pero teníamos la sensación de no habernos separado nunca, todo seguía igual entre nosotras.

Pasaban los meses y a nosotros nos iba fatal en el colegio, sacábamos notas muy bajas. En Baza no habíamos estudiado, mi tutora era una persona muy buena, vivía allí en el pueblo y siempre me decía que yo podía sacarme todas las asignaturas sin problema porque era más inteligente de lo que demostraba, solo que me tenía que poner a estudiar. Lucas, que para mí siempre ha sido mejor que yo en todo, repitió ese curso, primero de la ESO. Yo daba por hecho que también iba a repetir, así que no me esforcé demasiado y acabó el curso. Mi padre seguía sin venir a por nosotros, tampoco nos llamaba, nadie nos decía donde estaba ni qué estaba pasando.

—Pero al final que pasó con tu padre, ¿lo metieron en la cárcel?

En ese momento me derrumbé un poco y no quise contestarle, hice como si no lo hubiera escuchado, me levanté y empecé preparar el desayuno, se había hecho de día.

En el desayuno, Daniela estaba entre ausente e intrigada. Ninguna hablábamos de nada. De repente había mucha tensión en el ambiente, pero después de desayunar pensé que, ya que había llegado hasta ahí, tenía que seguir, con miedo, confusa, respiré hondo y continué.

—Sinceramente, no sé que pasó con él. Lo único que sé, es que nos recibieron entre contentos, preocupados y con miedo. La sensación que tenía en la casa de mi tía era muy distinta a la primera vez que estuvimos con ellos. Tal vez fuese porque les pilló de sorpresa que los llamasen a las dos de la madrugada y tenían miedo. Fue una noche larga, ¿qué ha pasado?, ¿vuestro padre le ha pegado a esa mujer?, ¿de donde veníais tan tarde?, ¿estáis bien?... Sinceramente, lo último que me apetecía era responder a esa estúpida pregunta, ¡pues claro que no le pegó! Nunca vi a mi padre levantarle la mano a una mujer por nada, además, ¿qué importaba de donde veníamos? Necesitaba ir a dormir, intentarlo por lo menos. No podía porque en realidad lo único que quería era ir a buscar a mi padre, no importaba el sitio, me hubiera cambiado por él sin pensarlo dos veces.

Por la mañana nos despertaron de una manera tierna. Me recordó a cuando vivíamos con ella hacía bastantes años. Fuimos a la cocina y el desayuno estaba preparado y nuestra ropa limpia. Era una niña, no sabía lo que quería. Con mis tíos, teníamos comida, ropa limpia, una estabilidad... pero necesitaba a mi padre, no comprendía por qué no podía tenerlo todo. Pasó el sábado, solo faltaba un día para volvernos a ir, pero ¿a dónde íbamos a ir?, ya no teníamos casa, seguíamos sin dinero, porque en la cárcel o en el calabozo, donde estuviera, que yo supiera no daban dinero.

Domingo. Me levanté temprano, recogí mi poca ropa, desayuné, comí, merendé. Pasaban las horas, nadie llamaba. Se hacía de noche. Al día siguiente, teníamos que ir al instituto, papá no venía, seguíamos sin casa. Lucas jugaba con nuestro primo, mientras yo esperaba escuchar un simple “niños ya viene vuestro padre”, pero no, no vino.

Al día siguiente no fuimos al instituto, mi tía pidió el traslado para terminar el curso en el pueblo, apenas quedaban dos meses y yo tenía claro que iba a repetir, así que no pretendía atender en ninguna clase ni hacer nada. Mi primer día en el nuevo instituto, me gustó porque me reencontré con Claudia, muy cambiada, pero lo entendía, habían pasado muchos años y como siempre ella estaba en la otra clase. La primera clase que tuve fue con mi tutora, Angustias, una señora mayor que vivía en el mismo pueblo, era la mujer del cartero, todos la llamaban por un mote el cual no me importó decirle cuando llegó a la clase. Tuvimos muy mal comienzo, mientras el resto la respetaba yo me dediqué a molestarla en clase, me reía de ella. Ni yo misma me conocía, pero me gustaba

ser así, era yo la que mandaba, nadie me conocía, no se reían de mí, si conmigo.

A mediodía cuando llegábamos teníamos la comida encima de la mesa con alguien esperándonos para preguntarnos cómo nos había ido el día: si teníamos muchos deberes, o si necesitábamos algo. Para muchos es lo más normal, pero yo tenía la sensación de tener más de lo que merecía.

Apenas quedaba una semana para acabar el curso y Angustias no se daba por vencida, quería ayudarme aún sin yo querer, me invitó a su casa y no fui por la sencilla razón de que me daba vergüenza, quería pedirle perdón y no sabía como hacerlo, ir a su casa me parecía una falta de respeto.

El día que recogí las notas, efectivamente iba a repetir, me quedaron ocho asignaturas, aunque me dio la esperanza de aprobar en septiembre invitándome de nuevo a ir a su casa, como mi tía Ana vino conmigo, no tenía opción. El día 1 de julio quedé para ir a su casa, creía que me daría alguna charla motivadora y me volvería a casa.

Toqué al timbre y me abrió, me saludó y me preguntó si no había llevado nada, pero creía que los bizcochos sólo se llevaban en las películas, le pedí disculpas y me dijo que la siguiera por unas escaleras que daban a lo que creía que era el salón, pero era el aula que tenía su hijo montado ya que él daba clases particulares a niños del instituto.

El aula estaba llena de niños, entre ellos dos de mis primos que reaccionaron como si no me conociesen por un instante, me senté junto a ellos y les pedí un bolígrafo y unos folios, Luis, el hijo de Angustias me preguntó por las asignaturas que me habían quedado pendientes para septiembre para organizarnos con el resto de niños.

A las nueve de la mañana del día siguiente volví a la casa de mi tutora con los libros y la guía que dan junto a las notas, Luis me preguntó por la que más me costaba y le respondí que todas así que me hizo una especie de examen y efectivamente me costaban todas, aunque sobre todo el inglés y ciencias sociales. A las dos del mediodía seguía haciendo cosas, me dijo que volviera por la tarde porque teníamos mucho trabajo.

Pasaron varios días y ya tenía confianza con Luis y con el resto de niños. Los viernes le daba un papel a cada niño antes de irse excepto a mí, así que un día le pregunté lo que era pero no me respondió y tampoco insistí. Estaba muy agobiada y le dije que quería dejar ciencias sociales y estudiármela por mi cuenta porque sentía que desperdiciaba mucho tiempo con esa asignatura y jamás la aprobaría, él en ningún momento me dijo que no, simplemente me aconsejó no hacerlo.

Estábamos ya en agosto y quedaba muy poco tiempo para que Luis cortara las clases, pasé el verano en su casa por las mañanas y por las tardes, según iban

pasando los días me iba agobiando mas y mas, en casa me preguntaban si me sentía preparada para los exámenes y la realidad era que no, salía de las clases y no me acordaba de nada de lo que había hecho, estaba segura que estaba desperdiciando mi tiempo, no quería ir mas, le pedí a mi tía que me dejase estudiar a mi manera, memorizando lo que leía, pero quedaba una semana de clases y fui, la ultima semana de agosto la dejó de descanso así que intenté estudiarme el libro de ciencias sociales.

Mi prima Macarena que vivía con su marido Fernando en la calle de al lado de mi tía Ana, me ayudó con esa asignatura en todo lo que pudo.

Llegó septiembre, día 1, en mi primer examen estaba temblando. Como la asignatura era de Angustias me dijo que me relajase y pensara que era otra de las pruebas que me hacía Luis, pero no podía, quería aprobar a toda costa, segundo examen también nerviosa, pero algo menos que en el primero y así los 4 exámenes, respondí a todas las preguntas con la sensación de que estaba todo mal, pasó lo mismo con el día 2 y sus 4 exámenes.

Mientras salían los resultados de los exámenes, decidí desconectar un poco y disfrutar de lo poco que quedaba de verano fui con mi prima Macarena que hacía muy poco tiempo que había sido madre por primera vez y me encantaba pasar tiempo con el bebé, Fernando, como su padre, lo llevaba de paseo, con mis amigas, jugaba con él, veía a mi prima como lo bañaba, me enseñó a cambiarle los pañales...

El día anterior a los resultados de los exámenes estaba muy nerviosa, aún no sabía si repetiría o no. Me había esforzado mucho, pero estaba segura que no sirvió para nada. El día siguiente fui al instituto, busqué mi nombre en las listas y tales eran mis nervios que tuve que leerlas como tres veces hasta que me encontré, leí y me llevé una gran alegría, ¡aprobé 7 asignaturas! Me arrepentí de no hacerle caso a Luis, tendría que haber seguido con Ciencias Sociales también. Cuando llegué a casa, me estaban esperando con un regalo aún sin saber los resultados, intenté hacer la broma de haber suspendido todas, pero mi cara reflejaba todo lo contrario.

Pasé a segundo de la E.S.O, pasaron un montón de meses y seguía sin saber de mi padre, nadie lo nombraba en casa, mis tíos empezaron a pelearse a diario, hasta que él se fue de casa y nos quedamos solos con nuestra tía y nuestro primo, cambió tanto la situación en casa...antes siempre éramos uno más de la familia, no se si era porque mi padre no venía a vernos o porque mis tíos se estaban divorciando, mi primo pequeño se metía con nosotros y no podíamos defendernos, ni quejarnos, ni decírselo a mi tía porque sino nos regañaba, no quería que saliera a la calle, no le gustaba que quedase con Claudia...

A las 22:00 teníamos que estar en la cama, pero mi primo que era mucho

mas pequeño podía acostarse a la hora que quisiera, mientras nosotros teníamos que dejar los móviles en la cocina antes de dormir, mi primo podía llevarse a la cama todo tipo de videoconsola.

Si salía a la calle mi primo tenía que venir conmigo para decirle a su madre lo que había hecho.

El único consuelo que nos quedaba, era mi prima Macarena que, era la única que nos defendía cuando mi tía malmetía en contra de mi padre, o nos castigaba sin razón.

Llegué a pensar que mi tía nos tenía en su casa para que la gente de la calle le dijera todo el rato que era muy buena y que tenía muy buen corazón porque de puertas hacia fuera, era una persona totalmente diferente. Nos regañaba por todo. Tal vez fuese mi imaginación, pero tenía la sensación que no quería que estuviéramos en su casa y lo entiendo, ya no éramos su familia.

Un día apareció mi padre con una mujer y una niña enferma, vinieron a vivir a la casa de enfrente, que era de una tía de mi padre que hacía muchos años que había muerto y la casa estaba abandonada y medio derrumbada, creía que como ya estaba cerca, pronto nos iríamos con él, aunque seguiríamos en la casa de mi tía hasta que buscase otra casa.

—¡Que alegría!, ¿Dónde había estado todo ese tiempo?

—No lo sé, Daniela, no le pregunté. Un día fuimos a ir a su casa, por llamarlo de alguna manera, y vimos que estaba preparando las cosas para irse.

—¿Ya os fuisteis de la casa de tu tía?

—No, nos dijo que se iba, que tenía que llevar a esa mujer a un pueblo para que su exmarido viera a su hija.

Antes de irse, nos dijo que vendría pronto a por nosotros, que en ese momento se tenía que ir, nos dio un beso, nos dijo que nos quería y se fue, con tan mala suerte que no le pudimos decir que no queríamos estar con nuestra tía, que no estábamos a gusto.

—¿Pero, por qué no le dijiste nada?

—Porque ya se iba y mi primo siempre estaba con nosotros y temíamos que luego se lo dijese a su madre y fuera peor.

Decidimos aguantar un poco mas para que mi padre hiciese lo necesario para poder volver con él.

La situación en la casa cada vez era peor, cuando uno piensa que ya no puede ser peor, ella lo conseguía, siempre nos decía que nuestro padre no nos quería, que prefería estar con mujeres que con nosotros, que nunca nos llamaba...

La mayoría de los días nos íbamos a la casa de nuestra prima Macarena, con la excusa de que íbamos por si necesitaba ayuda con el bebé.

Un día organizó una fiesta de pijamas en su casa para que me llevase a mis dos mejores amigas, Claudia y Olga, que desde que fui a vivir con mi tía siempre íbamos las tres juntas, pero nunca habíamos hecho nada por el estilo. Esa noche nos lo pasamos en grande, sin pensar en la bronca que me tocaba al día siguiente por parte de mi tía.

—¿Por qué te iba a regañar?

—Por permitir que mi prima organizase la fiesta, con el niño tan pequeño, apenas tenía tiempo para ella como para estar pendiente también de nosotras tres.

Pasaron varios meses y a mi tía empezó a molestarle absolutamente todo de nosotros. La convivencia era muy difícil, empecé a pensar que el resto de mi vida iba a ser así. Estuve pensando qué podía hacer para irme de allí. Lucas al igual que yo, lo estaba pasando fatal, por las noches, antes de dormir, era nuestro único momento de tranquilidad. Hablábamos en susurros para que nadie nos escuchase, solíamos imaginar un futuro sin problemas, sin pobreza, sin complicaciones, siempre quise ser policía para poder ayudar a todo el mundo, pero luego volvía a la realidad y obviamente sabía que nunca lo conseguiría, nunca conseguiría nada.

Me levanté y fui a por agua, cuando volví respiré hondo y tuve el valor suficiente para contarle lo que hasta ese día muy poca gente sabía.

—Era viernes, 14 de enero, estábamos en el salón Lucas, mi primo y yo. Estábamos jugando hasta que escuchamos a nuestra tía desde la cocina hablar por teléfono a voces, no sabíamos que pasaba, tampoco con quién hablaba. Intentamos averiguar con quien hablaba, cuando de repente entró en el salón y sin decir nada le pasó el teléfono a Lucas, ella no se iba de la puerta, estuvieron un rato hablando, veía a Lucas muy raro, no hablaba, solo tartamudeaba hasta que se puso a llorar a la vez que me daba el teléfono a mí. Cogí el teléfono muy intrigada y lo escuché llorando, mi tía me estaba haciendo gestos raros como que no le hiciera caso porque estaba borracho y que me diera prisa en devolverle el teléfono ¿Cómo no iba a hacerle caso a mi padre? Lo conocía lo suficiente para saber cuando estaba borracho y cuando lo estaba pasado mal, y ese día lo estaba pasando muy mal.

Escuchar a mi padre llorar de esa manera me partió el alma, así que, aunque sabía las consecuencias de después, le pregunté qué le pasaba y me dijo las palabras que jamás olvidaré, siempre las tendré grabadas en mi mente “Me voy a ir a trabajar a Francia mucho tiempo y solo me quería asegurar que estáis bien Lucas y tú”. Le dije que sí, no tenía otra opción, se iba a ir esa misma noche y ya era tarde para contarle la verdad, aunque la verdad es que estaba muy raro, una parte de mí sabía que estaba metido en algún lío y no se iba a trabajar fuera de

España, pero tampoco quería desconfiar de él, nunca nos había mentado, así que mis últimas palabras fueron “ten cuidado y avísanos cuando llegues, te queremos” de repente rompió a llorar aún más fuerte y nos colgó el teléfono diciéndonos que siempre estaría para lo que necesitésemos y que nos quería mucho. El resto de día fue muy extraño, tenía una sensación muy extraña en el cuerpo, como si me faltase algo, tal vez fuese porque no me gustaba ver a mi padre sufrir, era la primera vez que lo había escuchado así. Tenía miedo y mi tía estuvo toda la tarde diciéndonos que no nos preocupásemos porque lo más probable es que estuviera un poco bebido o que tal vez fuese verdad que se iba, escuchar a mi tía de nuevo tan cercana a nosotros, me daba cierta tranquilidad.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, había un ambiente muy extraño en la casa, mi tía estaba muy simpática y por otro lado vi que estaba toda la familia de mi padre en la casa. Teniendo en cuenta que nunca venían porque no se llevaban muy bien con mi tía Ana empecé a preocuparme mucho. Me puse en lo peor, pero no me quisieron decir nada hasta que no se levantase Lucas y desayunásemos los dos.

La espera se me hizo eterna, pero por fin nos sentaron en el salón y nos dieron la noticia que nadie quiere escuchar: “A vuestro padre... le ha dado un infarto y se ha muerto.”

La verdad es que no éramos tontos y sabíamos que no le había dado un infarto, era mucha casualidad que nos llamase el día anterior despidiéndose, llorando de esa manera, pero claro en una situación así, no creía que la familia pudiera mentirnos. Me puse a pensar y tal vez del berrinche que tenía, era posible que le hubiera dado algo así. Quería creer que había muerto de un infarto y no de otra cosa. En ese instante, mi vida dejó de tener sentido, tan solo tenía catorce años y no quería seguir viviendo. Podrían haber hecho conmigo lo que quisieran, porque más daño no me podían hacer. Aunque lo peor estaba por llegar, reconocer el cuerpo...

Llegamos al hospital y ahí estaba él, en un frío y oscuro pasillo, como si fuese un mueble. Todos mis tíos y tías fueron a verlo, nos dijeron que no entrásemos que sería peor, pero uno de mis tíos nos cogió para que entrásemos también. Teníamos que despedirnos, lo necesitábamos. Llevaba todo el camino imaginando que no era él, no era posible. No estaba preparada. Tenía que mirar sus pies, le faltaba un dedo porque de joven estaba trabajando en el campo y se cayó con la mala suerte que metió el pie en una máquina agrícola y tuvieron que cortarle el dedo. Mi única esperanza era levantar la manta y que los pies de esa persona estuvieran bien, con todos sus dedos, pero no fui capaz. Estaba entrando y lo vi tapado entero, solo se le veía la cara, supe que era él sin tener que mirar nada más. Lucas se acercó a él, creo que le dio un beso, no pude seguir

mirándole, parecía que estaba dormido y que iba a despertarse, toda mi familia estaba destrozada.

Fui demasiado cobarde para entrar y despedirme de mi padre. Justo en ese momento supe de qué había muerto, sobre todo cuando Lucas me dijo que le había visto arañazos en el cuello. No podía creerlo, la persona a la que más admiraba, siempre enamorada de él y pensar que nunca más lo iba a ver, me rompió todos los esquemas. Dejé de verle sentido a la vida, lo único que quería era estar con mi padre y no me importaba nada más.

De lo que más me arrepiento, es de no despedirme de él. Tenía que haber entrado y darle un beso a la vez que le decía lo mucho que lo quería.

Cuando lo sacamos del hospital, después de hacerle el reconocimiento, mis tíos estaban hablando sobre qué hacer con él. Lucas comentó que mi padre había dicho en alguna ocasión que quería que lo incinerásemos y echásemos las cenizas en el campo donde pasamos muchas tardes haciendo lo que tanto le gustaba, buscar setas. Así que eso hicimos, muy a mi pesar, lo incineramos.

Cuando fuimos a la funeraria, nos dijeron que tardarían entre cuatro y cinco horas. Llegamos a la sala y vimos el horno y la cinta donde estaba él con el ataúd abierto. Lo dejaron ahí durante un rato para poder despedirnos de él antes de la incineración. Mi familia nos dijo de irnos a comer algo o dar un paseo para que nos diera el aire, pero era nuestro último momento con él y no lo íbamos a desperdiciar por ir a comer algo. Mientras las cortinas estaban abiertas, tanto Lucas como yo estuvimos pegados en el cristal que nos separaba, abrazados y sin decir nada. Deseaba que abriese los ojos, ver su pecho moverse por la respiración, pero nada de eso sucedió. Llegaron unos señores y cerraron las cortinas, eso significaba que ya lo iban a incinerar. No despertaba de aquella pesadilla. La pared estaba caliente y las cuatro o cinco horas que pasaron, nos la pasamos sentados en el suelo, pegados a la esquina de la habitación sintiendo el calor en la espalda, sin comer ni beber, ni movernos. Nos mirábamos sin mediar palabra mientras aparentemente a nuestra familia ya se le había pasado la pena. Unos fueron a comer y otros se quedaron hablando en la puerta. Yo solo pensaba en lo que mi padre había hecho, me falló. Jamás imaginaría que hiciera algo así, él era un hombre muy valiente, habíamos pasado por muchas miserias como para que cuando en teoría estábamos algo mejor, se suicidase. ¿Por qué lo haría? Supongo que esa duda siempre la tendré.

Pasaron cinco eternas horas, salieron con una urna y en mitad de la urna había una pegatina que decía “tus hijos y familia no te olvidarán” ya está, en eso se quedó todo, en cenizas.

Al estar incinerado, el tanatorio no proporcionaba sus instalaciones, o al menos eso me dijeron, por lo que mi prima Macarena organizó en su casa el

velatorio. Puso una mesa pequeña llena de flores con la urna en mitad y al lado una foto suya. Aquello parecía una fiesta. Vino mucha gente que sin ni siquiera mirar la urna donde estaba lo que quedaba de mi padre, se ponían a reír y contar tonterías, excepto la familia más cercana que si mostraba mas respeto. En aquel momento no tenía ánimo ni para moverme, solo miraba a mi padre sin poder parar de llorar, ya que me quedaba muy poco tiempo a su lado. A la mañana siguiente, sería su entierro. Estuvieron conmigo Claudia y Olga, no se separaron de mi en ningún momento, tanto Lucas con David como nosotras tres pasamos la noche allí sin dormir. Quería coger aquella urna y salir corriendo con él, perderme y no ver a nadie nunca más.

Al día siguiente en el funeral seguía concienciándome de lo que había pasado, empezaron a susurrar en la iglesia y no pude evitar cabrearme, ¿Qué pasa, que tampoco van a respetar en la iglesia? Pensaba cuando una de mis tías me dijo que el barullo que había era por que mi madre estaba sentada en uno de los últimos bancos. En ese momento pensé que toda la culpa la tenía ella y sinceramente lo último que me apetecía en ese momento era hablar con ella. No se acercó para apoyarnos o darnos el pésame, por lo que nosotros no le hicimos caso. Si me llego a acercar a ella, algo hubiera salido mal, tenía demasiado rencor guardado hacia ella en ese momento, no por todo lo que nos había hecho a Lucas y a mí, sino por todo lo que hizo con mi padre, tantas denuncias falsas, tantas amenazas...

El momento más difícil de esos días para mí, fue cuando llegamos al cementerio. A esas alturas ya estábamos todos muy cansados, por una parte yo quería tener a papá en un sitio fijo para poder ir a verlo y contarle mis penas y alegrías, así que metieron gran parte de las cenizas con mi abuelo, su padre, pero por otra parte sabíamos que a él le gustaría estar en el campo donde solíamos ir a buscar setas o pasar los domingos. Por lo tanto, metimos una pequeña parte de las cenizas en una caja pequeña de madera y las guardamos para echarlas donde solíamos ir los tres. Abrieron un hueco muy pequeño para meter la urna por detrás del nicho de mi abuelo, vi como lo metían y se aseguraban que no se caería. Cuando empezaron a cerrar el hueco empezaron a venirme recuerdos a la mente de nosotros tres, fuimos muy felices y no quería aceptar que eso acabó para siempre. No acabaron de cerrar el hueco y les pedí que me metieran con él. Mi prima Macarena que también lo estaba pasando muy mal me cogió, me abrazó y por un momento descargué todo el peso que tenía encima. Me miró a los ojos y me dijo que tenía que ser fuerte. Ella y Fernando se encargaron de llevarnos hasta donde mi padre nos llevaba, pero tuvimos un pequeño inconveniente, yo nunca me fijaba en el camino y Lucas fue el encargado de guiarnos y después de dar muchas vueltas no encontrábamos el sitio exacto.

Decidimos echar las cenizas en un sitio súper bonito, estaba oscureciendo y el cielo estaba naranja, las vistas que había desde ahí eran muy bonitas había un pequeño río y unos árboles preciosos, pero aún así, a mí me quedó una espina por no haberlo dejado donde él nos llevaba siempre.

Le pedí disculpas a Daniela y fui al baño a lavarme la cara y a despejarme un poco, no me sentía bien anímicamente.

—Eso es algo que nunca se supera, se aprende a vivir con ello, pero me cuesta mucho, estoy muy enfadada con él por lo que nos hizo a Lucas y a mí.

—Tal vez fuese su única salida.

—No lo sé, en tal caso, creía que tenía confianza con nosotros para contarnos sus problemas.

—Creo que hay que verse en esa situación para opinar sobre ello. No te enfades con él. Ten en cuenta que tú tampoco le contaste que no estabas bien con tu tía y también tenías mucha confianza con él, que, por cierto, ¿qué pasó después con ella?

—Tienes razón, lo mismo si le hubiera contado como estábamos de verdad, hubiera venido a por nosotros y aún seguiría aquí, pero eso nunca se sabe. Con mi tía, desde ese momento la situación volvió a cambiar, le afectó demasiado para ser su cuñado, aunque una muerte así es normal que afecte. Volvimos a estar bien con ella y la convivencia mejoró mucho.

Al poco tiempo de morir, me enteré que mi padre antes de llamarnos a nosotros, llamó al menor de sus hermanos y le dijo que necesitaba ayuda, que no estaba bien y que por favor fuese a por él. Pero este se rio y no fue. Aun sabiendo que mi padre nunca lo llamaba para hacerle bromas y no es por reprochar, pero mi padre cuando murió la mujer de este tío mío, se desvivió para ayudarle con los niños, le enseñó a bañarlos, vestirlos, hacer de comer... pues mi tío nunca había hecho nada parecido. Siempre lo hacía su mujer y mi padre le ayudó sin ningún tipo de condición. Los fines de semana nos íbamos los seis al campo o hacíamos cosas divertidas para que intentase superar la muerte de su mujer lo antes posible. A los meses de morir la madre de mis primos, a él se le pasó la pena y se iba con prostitutas mientras mi padre se quedaba con mis primos, hasta que se enteraron los abuelos de mis primos y lucharon hasta quedarse con ellos. Sinceramente para mí, mi tío murió el mismo día que me enteré de lo que hizo, por desagradecido y egoísta.

Desde que mi padre murió, iba al cementerio todos los domingos y pasaba con él toda la mañana contándole lo que me había pasado durante la semana, mientras le ponía flores frescas y le limpiaba la lápida. Cuando terminaba de limpiar, me iba hacia atrás, por donde lo metieron, pues así me sentía más cerca de él. Me sentaba en el suelo enfrente y pasaba unas horas con él.

Pasaron varios meses y yo seguía como el primer día, el instituto organizó un viaje de estudios para ir a Madrid tres días y dos noches, pero costaba mucho dinero y mis tíos no podían permitírselo, aparte de que no tenía animo para ir. Iba a ser la única que no iría, por una parte, lo prefería porque el viaje lo harían junto al instituto al que iba cuando vivía en Baza y sabía que los que estaban en mi clase, se iban a reír de mi otra vez y lo iba a pasar muy mal, pero por otra parte, me hacía ilusión pasar tres días con mis amigas y conocer Madrid, necesitaba despejarme. Angustias que aún seguía siendo mi tutora, me preguntó que si quería ir ella me ayudaría. Habló con mi tía Ana y ella cedió, no a pagar, sino a dejar que fuese, así que no sabía qué iba hacer, solo me pidió que vendiera polvorones, cuanto más vendiera, menos costaba el viaje. Me esforcé al máximo y le vendí polvorones a casi todas las personas del pueblo. Al principio me daba mucha vergüenza, pero me daba más vergüenza no poder pagar el viaje de estudios y que me lo tuviese que pagar mi profesora. Así que casi pagué el viaje vendiendo polvorones, el resto lo pusieron entre mi tutora y una hermana de mi padre, que a la pobre le salió el viaje más caro que a nadie, pues pagó el viaje completo de mi primo y una parte del mío, aunque yo no lo supe hasta que volvimos.

Días antes del viaje estaba muy nerviosa, no sabía que ropa ponerme, ya que quería ir bien vestida para que los de Baza no pudieran meterse conmigo por mi forma de vestir. Como bien sabes, los niños que van en grupo suelen ser muy crueles con los niños más débiles y que la mayoría clasifican a los grupos por su forma de vestir y por los gustos que tengan. Como cuando yo vivía en Baza con mi padre no teníamos dinero, casi ni para comer, mucho menos para vestir, así que vestíamos con la ropa que nos daba la gente y los de mi clase se reían de mí. Aunque la ropa que tenía seguía siendo regalada, estaba mucho mejor que la que tenía antes y no sabía si ponerme la ropa más bonita el día de ir hacia Madrid o ponérmela una vez que estuviéramos allí. Claudia me dijo que fuese yo misma, que nadie se iba a reír de mí por mi forma de vestir. Había pasado un año y ya no éramos tan “pequeños”, quiso darme a entender que habían madurado y si no lo habían hecho y se reían, no debería de hacerles caso. Tenía razón, ya nada era como antes, tenía a Claudia a mi lado y a mucha más gente. Antes lo hacían porque me veían sola, así que opté por ir cómoda para el camino, eran muchas horas de autobús. Mi prima Macarena me compró unas zapatillas y un poco de ropa para el viaje.

El día que salimos, mis antiguos compañeros de clase, es decir, los de Baza, reaccionaron de una forma extraña al verme. No sabían que estaba en Zújar, ninguno se imaginaba que pasé de curso y mucho menos que podría permitirme el viaje. La verdad es que, ya que pude ir, quería pasármelo bien con mis amigos

y no hacer caso a los comentarios de ninguno. Mis amigas me preguntaron si los conocía, no paraban de hablar de mí y aunque los conocía, ellos a mí no, no era la misma persona de antes.

Tras un largo viaje, llegamos a Madrid. Lo primero que visitamos fue el estadio del Bernabéu. Nos hicimos muchísimas fotos, nos lo pasamos muy bien. Fuimos a museos, aunque es cierto que no me gustaban mucho, por suerte, no fuimos a muchos. Llegó la noche y en mi habitación estábamos tres compañeras. Claudia vino a hacerme una visita y a ver la habitación, que, casualmente era la más grande de todas. Claudia llamó a las de su habitación y estas a otras, así hasta que nos juntamos unas veinte personas.

Estábamos haciendo mucho ruido, alguien avisaría a los profesores y vinieron a regañarnos. Tocaron a la puerta y abrí con toda la tranquilidad del mundo, entraron con la intención de encontrarse allí a la mayoría de los niños, pero no había nadie. Se escuchó un ruido en la mini cocina. Noté como mi corazón empezó a latir muy rápido. Preguntaron qué había sido eso y una compañera desde la cama dijo que pasaba de vez en cuando, que tal vez fuesen las tuberías o no sabíamos qué podría ser. Los profesores se miraron el uno al otro pensando si entraban o se iban. Como nosotras tres nunca habíamos hecho nada malo, nos creyeron y se fueron. Cerré la puerta y empezaron a salir todos del baño, de debajo de las camas, de la mini cocina... que, por cierto, el ruido fue de ahí porque uno, sin darse cuenta, encendió la hornilla y como se sentó encima, se quemó. Menos mal que los profesores no entraron.

Los días pasaron muy rápido y me lo pasé genial. Unos de los días de museos y paseos por Madrid, le compré un detallito a mi tutora en agradecimiento por haber hecho posible que fuese. Cuando volví, fui a dárselo y fue entonces cuando me dijo que no había sido ella sola la que me había pagado el viaje, no porque no quisiera, si no porque mi tía Clara, hermana de mi padre, se ofreció a pagarlo también. Pero no pude agradecerérselo porque a mi tía Ana no le gustaba que nos acercáramos a ninguna de mis tías, ni primas. Siempre nos ponía en contra, en más de una ocasión la escuche hablar con ellas por teléfono diciéndoles que, tanto Lucas como yo, éramos unos niños muy problemáticos y no podía seguir así con nosotros y que tenían la obligación de pasarle una ayuda mensual para poder comprarnos ropa y comida, pero ella nunca nos compró ropa. Más de una vez las hermanas de mi padre nos llevaron a comprarnos algo de ropa.

Cuando nuestro abuelo materno se enteró de lo que le pasó a mi padre, nos llamó para ver si necesitábamos algo. Habían pasado muchos años desde que no lo veíamos, estaba muy cambiado, en el mismo año que murió mi padre, también murió un hermano suyo alcohólico y justo al morir su hermano, él se hizo unas

pruebas rutinarias para el trabajo y lo tuvieron que operar de urgencia del corazón, estuvo mucho tiempo en el hospital. Mi bisabuela, lo pasó muy mal, acababa de enterrar a su hijo y estaba rezando para no tener que enterrar a otro de sus hijos. No se separó de ninguno de sus hijos en ningún momento, la pobre estaba sola y mayor. Por suerte, mi abuelo salió de la operación, pero ya no pudo volver al trabajo y estaba muy delicado. Los médicos le dieron unas pautas muy estrictas a seguir, como la de no comer nada con sal, tomar muchas pastillas, no hacer ningún tipo de esfuerzo físico... Lo que peor llevaba era saber que sería así de por vida.

Cuando fui consciente de la operación de mi abuelo, sentí la obligación de ayudarlo, así que decidí irme con ellos los fines de semana y así darle espacio a mi tía Ana. Lucas también venía conmigo.

Los viernes al salir del instituto íbamos a la casa a comer y preparar la maleta para irnos a Freila y sobre las 16:30h nos recogía mi abuelo en la puerta de la casa.

El pobre de mi abuelo ya no podía volver a trabajar, estaba muy débil y le había quedado una paga muy pequeña y mi bisabuela estaba pagando un préstamo que tuvo que pedir para enterrar a su hijo. Por lo tanto, la poca paga de ella se la quedaba el banco para pagar el préstamo.

Cuando ellos me contaban todo lo que tenían que pagar y viendo que no tenían nada, los admiraba aún más de lo que lo hacía de pequeña. Siempre procuraban que hubiera comida para los cinco, si por lo que fuese un día había menos de algo, nos lo daban a nosotros y ellos se hacían otra cosa.

Como mi abuelo siempre ha sido un hombre de campo, a pesar de no poder, tenía un pequeño ganado de ovejas, no llegaban ni a veinte, pero sentía la necesidad de distraerse, y también tenía un pequeño huerto con tomates, pimientos, pepinos... dependiendo de la época del año. Entonces cuando iba los fines de semana para que el esfuerzo fuese menor me lo pasaba con él o bien en el huerto, o con los animales.

Lucas y yo teníamos muchos amigos en común en Freila, ya que allí solo había instituto hasta segundo de la E.S.O y para terminar tenían que ir a Zújar. Cuando terminábamos de ayudar a nuestro abuelo, salíamos con ellos. Íbamos al campo de fútbol o al parque, nuestra bisabuela siempre nos daba dinero para comprarnos una bolsa de patatas en el quiosco que tenía un amigo en el campo de fútbol.

Después de un tiempo, Lucas prefería irse con nuestra prima Macarena. Él no era muy de campo y prefería estar con ella ya que, a parte de estar bien económicamente, solían ir a muchos sitios los fines de semana.

# DANIELA

Menos mal que tengo a Lucía, en estos momentos, es cuando se supone que se demuestran las verdaderas amistades y desde que mi madre está enferma, ninguna de mis amigas me ha preguntado si necesito algo.

Cristina es mi mejor amiga, siempre nos hemos ayudado mutuamente en todo, cuando teníamos exámenes quedábamos para estudiar juntas, siempre hemos ido de compras juntas, compartimos la ropa desde los 14 años, cuando ha tenido algún problema yo he sido su paño de lágrimas.

Con los 16 años recién cumplidos, se enamoró de Rafa, su vecino, un chico de 20 años, este no quería nada con ella porque la conocía de toda la vida. La vio crecer, a pesar de no tener relación, tal vez cuando eran pequeños jugaban las noches de verano con todos los vecinos. Él la veía como una prima lejana, se lo dijo en más de una ocasión.

Cristina no se rendía tan fácil y todos los días le echaba una carta en su buzón diciéndole que la edad no era un problema, ella quería que él fuese el primer chico en su vida. Rafa se agobió de ver siempre una carta de Cristina en el buzón y tuvo que hablar con sus padres. Yo le dije muchas veces que debería dejarlo en paz, teníamos 16 años y teníamos tiempo de encontrar a la persona que nos correspondiese en algún momento, pero ella no hacía caso y la tuvieron que llevar a un psicólogo. La única que lo sabía de la pandilla de amigos, era yo.

Cuando se ha puesto mala, siempre he ido a su casa para verla allí, cuando se han ido sus padres ha venido a mi casa. Siempre ha sido mi mejor amiga.

Hoy es mi cumpleaños y ni siquiera me ha felicitado, sé que no lo ha hecho porque hemos dejado de vernos desde que mamá está mala.

Creía que entendía que, aunque mamá estuviera en casa, no la podía dejar sola, pero si no lo entiende yo no pienso dejarla sola y prefiero perder su amistad que a mi madre.

Desde que estoy con Lucía he aprendido a valorar lo que tengo y si tengo que cuidar de mi madre, lo voy a hacer, si no puedo salir porque tengo que limpiar la casa, o simplemente me apetece estar en casa, siempre y cuando pueda, lo voy a hacer. No se puede tener todo en todo momento, tengo que valorar que quiero en cada momento y sinceramente ahora estoy con Lucía porque mi madre está en la UCI y Lucía ha sido la única que me ha apoyado y escuchado cuando más lo he necesitado.

Recuerdo cuando nos reíamos de Lucía en clase porque la veíamos inferior

a nosotras, me arrepiento mucho, tengo mucho que agradecerle. La noche que me enteré que mamá tenía un cáncer maligno, fue Lucía la que me abrazó. Fue con ella con la que me desahogué, fue por ella por la que no hice ninguna tontería. Y es ella la que está a mi lado y me ha abierto las puertas de su casa sin pedirme nada a cambio.

Me siento muy a gusto con ella y me da mucha tranquilidad, no me gustaría separarme de ella. He aprendido muchas cosas acerca de la vida en muy poco tiempo.

Mi madre me ve aún muy joven para hablar de la vida, pero no soy tan joven y debería ir sabiendo como es la vida real.

# LUCÍA

—Un día estaba con mi tía Ana en la cocina, hablando de mi padre y desde que él murió ella cada vez que salía algún tema de él se ponía muy melancólica, hasta llegar a confesarme que la primera vez que nos tuvo en su casa, tuvieron múltiples acercamientos.

—¿Tu tía y tu padre tuvieron un lío? —preguntó Daniela entusiasmada

—Según me contó, sí, por eso pensé que había cambiado tanto la situación, porque la primera vez que estuvimos con ella, se portaba muy bien con nosotros, también es cierto que mi padre venía a vernos muy a diario, pero la segunda vez, entre que no venía y tenía otra novia... Mi tío nunca supo nada.

La situación con nuestra tía Ana duraron bien poco tiempo, desde que me contó que siempre estuvo enamorada de mi padre y desde que nos íbamos con nuestro abuelo los fines de semana, nos volvía a regañar por todo, calculaba hasta el tiempo que tardábamos en ir del instituto a la casa, si un día salíamos un poco más tarde, corríamos por el camino o al llegar a casa nos regañaba.

Justo al llegar del instituto, comíamos y de momento nos teníamos que poner a hacer los deberes. Si un día por lo que fuese no teníamos, nos lo inventábamos, el caso era estar siempre ocupados, para que pudiéramos descansar un poco de tanta tensión.

—¿Tu abuelo sabía la situación que teníais en esa casa?

—Sí, por eso nos dijo que cuando acabase el curso fuésemos a vivir con ellos y que, a pesar de la situación económica nos las arreglaríamos para salir adelante.

Acabó el curso y eso hice,irme con ellos. Por la mañana temprano ayudaba a mi abuela con la limpieza de la casa, cuando terminaba, me iba detrás de la casa que era donde mi abuelo tenía el huerto. Unos días pasaba la mañana quitando ortigas, otras regando, recogiendo los tomates, limpiando los corrales... Es cierto que no era lo que cualquier persona quiere hacer en las vacaciones de verano, pero yo lo hacía porque sabía que mi abuelo me necesitaba y todo lo que pudiera evitar que hiciera él, lo iba a hacer.

Después de comer, al principio de verano, como hasta que no se pasara un poco el calor no sacábamos a los animales, estudiaba un poco porque ese curso, tercero de la ESO, me había salido muy mal, suspendí muchas asignaturas e iba a repetir.

—Yo creo que era normal que fueses a repetir, a parte de que dicen que es uno de los cursos mas difíciles de toda la ESO, considero que en casa deberías de haber tenido una situación de tranquilidad y apoyo, pero con la tensión de esa casa, lo que me extraña es que no fueses de otra manera.

—Por las noches cuando salía con mis amigos, cambiamos las bolsas de patatas por bebidas alcohólicas, teniendo en cuenta que todos eran mayores que yo, me dejaba llevar. Los veía beber y que no pasaba nada, pues yo también bebía, pero ya que todo hubiera sido eso... Una noche vi al chico que me gustaba, con el que tenía el quiosco liándose un porro, se me acercaron y me ofrecieron, pero dije que no. Se lo dijeron a otra amiga y esta dijo que sí, así que el chico que me gustaba pasó la noche con ella. Al día siguiente volví a decir que no y se volvió a ir con otra y así unas semanas, hasta que le dije que por una calada no pasaba nada, y todos sabemos lo que pasa después.

Llevábamos muchas horas despiertas y ya no podíamos más, se nos cerraban los ojos solos, pero nos daba miedo quedarnos dormidas por si nos llamaban del hospital. Pusimos los teléfonos en sonido y nos fuimos a dormir, era por la tarde y Pilar seguía en la UCI, así que lo mas probable era que no nos llamasen.

Daniela estaba como ausente, no sabía qué pasaba, no era la primera vez que nos quedábamos hasta tarde hablando, pero según iban pasando los días, estaba más distante, seria, pensativa... ¿Qué le estaba pasando?

# DANIELA

No puedo dormir, mi mente no deja de dar vueltas, no quiero escuchar a mis propios pensamientos, pero está siempre con lo mismo. Todo el rato diciéndome que no sirvo para nada, que sin mi madre no soy nadie, tiene razón y no se que hacer. En realidad, hay una solución, pero es pronto para hacerlo, ¿Y si mi madre se pone bien? Si mi madre sale bien no lo hago, pero como no salga, me voy con ella. El padre de Lucía se suicidó y dejó a su familia destrozada. En cambio, si mi madre no supera el cáncer, la única destrozada sería yo, así que yo también me suicido. No le voy a hacer daño a nadie, al revés, les hago un favor a mis abuelos, así dejan de pagar todos los meses por mi.

Pasan las horas y cada vez estoy mas segura que es la mejor opción, incluso antes de que salga mamá del hospital. No va a salir, está ya muy mal, los médicos no me lo dicen para que no pierda la esperanza, pero tanto tiempo allí en la UCI, me resulta extraño. Ya no puedo más, me hubiera gustado ser fuerte como Lucia y no tener que recurrir al suicidio. Esta situación me sobrepasa.

Cuando Lucía duerma un poco y yo si puedo también, vamos a ir al hospital y me voy a despedir de ella y esta noche lo hago, no sé que es más rápido y fácil.

—Daniela, ¿Estás bien?, te he escuchado llorar desde mi dormitorio mientras dormías.

—Hola Lucía, sí, solo que he tenido una pesadilla, ¿ya estás despierta? ¿Qué hora es?

Mejor que piense que ha sido una pesadilla, así no sospecha nada para esta noche.

—Daniela, son las 10 de la mañana, nos hemos quedado dormidas toda la tarde de ayer y toda la noche, han llamado del hospital, vístete y vamos rápido.

—¿Ha pasado algo? ¿Qué te han dicho? ¿Porqué tenemos que ir rápido?

Tengo el corazón encogido, Lucía está muy rara, me está ocultando algo, creo que no me ha dado tiempo a despedirme de mamá, no me lo voy a perdonar nunca.

—Tranquila Daniela, no me han dicho nada, pero como te conozco y sé que te gusta entretenerte en la cama, te meto prisa. Que yo sepa no ha pasado nada, cuando llegemos lo sabremos, además si le hubieran hecho algo nos hubieran llamado. Sabes perfectamente que cuando la van a meter en el quirófano o algo nos llaman enseguida, de hecho, cada vez que la mueven nos llaman, no te pongas tan dramática que seguramente la han llevado a la habitación y nos han

llamado para que vayamos a verla.

Lucía me da mucha tranquilidad, pero sé que me está ocultando algo, se lo noto.

De camino al hospital, la veo muy seria, no sé lo que le pasa, le pregunto, pero me dice que no tiene nada que ver con mi madre, ¿y si ella también tiene problemas y no me quiere decir nada?

Llegamos al hospital y Lucía tenía razón una vez más, mamá está en la habitación, tiene muy buena cara, está sonriente. ¡No sé que hacer!

—Mamá estás guapísima, tu color de piel es distinto. La última vez que te vi estabas muy pálida, en cambio hoy te brilla la piel.

—Buenos días Daniela, soy el doctor Rodríguez Fernández, hemos estado cuidando de esta mujer tan valiente y fuerte durante estos días y lo único que se me ocurre decirle es enhorabuena a las dos. Hemos estado haciéndole pruebas a su madre y le hemos puesto un tratamiento para que mejore lo antes posible, la vamos a dejar aquí por lo menos una semana para ver como reacciona al tratamiento, es cierto que estos días ha mejorado considerablemente.

Una buena noticia, mamá estaba mejorando. La última vez también salió de aquí bien, y la noche que llegué a casa la vi en el suelo, si hubiera llegado mas tarde, no estaríamos aquí. La decisión está tomada, el médico nos ha felicitado a las dos por valientes y fuertes, pero la única valiente y fuerte es ella.

Lucía está en el pasillo y lleva todo el día rehuyéndome, como si le hubiera hecho algo, me acerco y se va, no entiendo su actitud, si está enfadada conmigo, ¿por qué me acompaña al hospital? Además, no le he hecho nada para que esté enfadada. ¿Y si necesita ayuda y no me lo dice?

—¿Qué te pasa?, ¿Vas a estar todo el día así?

—La verdad es que no me esperaba esto de ti Daniela, llevo mucho tiempo contigo, contándote muchas cosas de mí que no sabe nadie, apoyándote, ayudándote, pero, ¿para qué? Creerás que soy idiota, pero aparte de querer ayudarte, intento tener vida.

—No creo que seas idiota, por favor, Lucía, dime que te pasa, ¿Qué he hecho?

—¿Me lo estas preguntando de verdad?, mira, haz lo que quieras, pero el suicidio no es la mejor opción, me parece repugnante por tu parte que después de haberte contado cómo lo pasé con mi padre cuando lo hizo, quieras hacerlo tú también. Lo que es peor es que después de los meses que llevamos juntas y de todo lo que hemos pasado con la confianza que creía que tenías conmigo, después de todo lo que pensaba que había hecho contigo, no seas capaz de pedirme ayuda, pero ya está todo muy claro Daniela, he confiado en ti una vez más, y una vez más me has fallado.

—Lucía, entiendo tu enfado, pero por favor, ponte en mi lugar, estoy sola y he perdido la esperanza de que mi madre se vaya a poner bien.

—¿Qué me ponga en tu lugar? Esto tiene que ser una broma, te recuerdo que no estas sola, hay mucha gente a tu lado. Yo, por ejemplo. Sabes que nunca te voy a fallar, pero si no me consideras una amiga o si no quieres mi ayuda, me lo dices y me voy. Creo que he sufrido suficiente como para perder a alguien que consideraba especial para mí.

La verdad es que Lucía ha tenido peores momentos que yo, momentos que no se pueden comparar. Yo nunca he tenido una situación por el estilo y no sé que hacer. Ella, en cambio, ha sido siempre mas valiente. Si le pido ayuda voy a quedar como una tonta, pero si no lo hago... No sé que hacer, pasan las horas y Lucía sigue aquí.

Mientras yo estoy sentada en el banco del pasillo llorando como una niña enrabiada, Lucía está cuidando de mi madre en la habitación con una sonrisa, como si nada hubiera pasado entre nosotras.

En ningún momento me ha fallado, sino todo lo contrario, me ha hecho madurar, darme cuenta de muchas cosas. Sinceramente si aquella noche no tropiezo con Lucía, hoy estaríamos mi madre y yo enterradas. Yo, por cobarde y mi madre por haber dejado de luchar. Esa noche tiré la toalla y Lucía me levantó sin saber qué pasaba, me llevó a su casa a pesar de haberle hecho la vida imposible en el instituto, me arropó, me abrazó, me escuchó. Tengo mucho que agradecerle y me queda mucho por aprender de ella.

—¿Podemos hablar? —me mira sin mediar palabra —Tienes razón Lucía, lo siento. Debería de habértelo dicho antes, necesito ayuda, cuando estoy sola, lo único que pienso es en que no sirvo para nada y debería de estar muerta, no sabía como decírtelo. Tú eres mucho más fuerte que yo en ese sentido y pensaba que te iba a sentar mal que te lo dijese, como que te iba a ofender. De nuevo te pido perdón, espero que lo puedas entender.

Me tiembla todo el cuerpo, estoy muy nerviosa. Cierro los ojos muy fuerte y respiro hondo. Cuando estoy terminando de soltar el aire, siento el calor de Lucía, justo lo que necesitaba, un abrazo.

—Lo que me ofende es que no confíes en mí, por esto hemos pasado las dos, tú, en cambio, tienes la oportunidad de despedirte de ella, aprovecha este tiempo y disfrútala.

—No me quiero despedir todavía de ella, nos quedan muchas cosas por hacer. Tiene que verme crecer como persona. Aún no he terminado la carrera de magisterio y tiene que venir a mi graduación. Desde pequeña quiso que estudiara algo relacionado con la salud y cuando le dije que quería estudiar magisterio se alegró tanto como si le hubiera dicho que quería estudiar enfermería o algo por

el estilo. Ella siempre me ha apoyado en todas mis decisiones y quiero que siga haciéndolo durante muchos años más. Tiene que conocer al que será mi futuro marido, tenemos que organizar una boda, no puede faltar al nacimiento de su primer nieto. No voy a despedirme de ella, la voy a cuidar y voy a hacer todo lo que esté en mi mano para salir de este bache.

—Para que pase todo eso tenéis que luchar las dos, no os podéis rendir.

# LUCÍA

Me da miedo que Daniela cometa un gran error, dicen que las cosas pasan por algo. Menos mal que al entrar en Internet para meterme en el correo, se ha abierto el historial y he visto en todas las páginas en las que se ha metido. Tal vez lo hizo para que me diese cuenta de lo que estaba pensando o simplemente se olvidó de borrar el historial.

Sé por lo que está pasando, es muy difícil ver a alguien sufrir de esa manera, sobre todo si es un familiar cercano, como en este caso su propia madre. También sé que hay mucha gente que intenta consolar diciendo cosas como:

“No llores, no pasa nada, ahora está donde tiene que estar.”

“Todo el mundo vamos a acabar en el mismo sitio.”

Yo, personalmente no considero un consuelo decir “no te preocupes”, “es plan de vida”, aunque sea cierto. Todos desafortunadamente, vamos a morir, pero creo que no es la mejor forma de consolar a alguien que está viendo como una enfermedad está consumiendo el rostro de su propia madre que lucha a diario sin obtener resultados. La mayoría de las personas recaen contra las adversidades y no saben como afrontar la vida, así que yo desde lo más profundo de mí voy a intentar ayudar a Daniela y a quien me necesite. Por experiencia propia sé que no es fácil decir adiós, pero tenemos que llenarnos de valentía y seguir hacia delante.

Estoy pensando en proponerle a Daniela de ir a mi pueblo el fin de semana para que vea la casa de mis abuelos y los conozca. Ya que a Pilar la van a visitar unos familiares y prefiere estar sola con ellos. Al llegar a la habitación de Pilar, veo que Daniela está de mejor humor, tumbada en la cama abrazada a su madre. No es el mejor momento para decirle de irnos, esperaré a que vengan a darle la cena y entonces se lo preguntaré.

—¡Por supuesto que quiero conocer a tus abuelos! De hecho, me vendrá bien despejarme un poco. ¿A qué hora salimos?

—Saldremos temprano para aprovechar el máximo de tiempo allí. —Le dije, a la vez que llamaba a mi abuelo para avisarle de que íbamos a ir.

Justo antes de salir, Daniela recordó que debía llevar ropa de abrigo al ver mi chaquetón en el coche. Una vez que ya lo teníamos todo preparado iniciamos el camino hacia Freila. El camino es un poco largo, dependiendo del tráfico, podríamos llegar en poco más de una hora, por lo que me animo a seguir contándole a Daniela lo que hasta en ese momento no me había atrevido a

contarle a nadie.

—Como te conté ayer, por las mañanas ayudaba a mi abuelo en el campo, por la tarde sacábamos los animales a pastar y por la noche me iba al parque del pueblo con los niños de allí. Mi abuelo pensaba que iba jugar, pero no sabía que con lo que jugaba se llamaba droga. Para el chico que me gustaba yo no era nadie. Él fumaba porros y yo tenía que hacer algo para que se fijase en mí, así que le pedí que me diera un poco. Y del solo un poco ese día, pasé a todos los días y cada vez más.

—¿Te sirvió de algo hacer eso? —Preguntó Daniela aparentemente enfadada.

—La verdad es que no, bueno en realidad sí. Uno del grupo que me sacaba unos cinco años, me dijo que lo acompañase a una zona donde no había gente para comprar droga, teniendo en cuenta que yo tan solo tenía catorce años. Para mí era alguien del que nunca me había fijado entre otras cosas porque era el novio de una amiga y era mucho más mayor que yo. Llegamos donde supuestamente nos estaban esperando y no había nadie. Me ofreció sentarme en unos bancos, estaba todo muy oscuro y él se sentó a mi lado, muy pegado. Empezó a contarme que ya no quería a mi amiga, que me quería a mí.

—¿Qué le dijiste?

—No me dio tiempo a levantarme cuando se echó encima de mí, intentando besarme, me aparté como pude y me volvió a coger. Me preguntó si era virgen y le dije que eso no era de su incumbencia e intenté irme, pero me agarró por detrás y me dijo algo que jamás olvidaré. Tranquila si lo voy a averiguar ahora mismo.

—¿Y que pasó, lo averiguó?

—Por suerte para mí, pasó una pareja de ancianos y me soltó para que no sospechasen. Justo en ese momento eché a correr sin mirar atrás por aquellas calles estrechas y oscuras. No paré hasta llegar a casa.

—¿Qué te dijeron tus abuelos? ¿Lo denunciasteis?

—Nunca lo supieron, llegué a casa temblando y fui directamente a mi habitación. Me metí en la cama e intenté dormir, pero no podía parar de temblar y llorar. Cuando parecía que me estaba tranquilizando, llamaron a la puerta y de nuevo empecé a temblar. Estaba amaneciendo, serían las 6:30 a.m.

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Qué miedo! ¿Quién era?

—Era mi abuelo.

—¿Qué dices? ¿Por qué tan temprano? Los ancianos que pasaron por allí se lo contaron a tu abuelo, ¿verdad?

—Porque teníamos que ir a sacar un corral lleno de estiércol y teníamos que empezar muy temprano para así evitar el calor de pleno mes de julio, y con ello

el mal olor. El día solo había empezado y yo estaba deseando que acabase. No podía parar de temblar, y no quería contar nada por miedo.

—¿Miedo? ¡Ese hombre debería de estar en la cárcel! ¿Y si no eres la única?, tú tuviste suerte y no te hizo nada, pero ...

—Tranquila, no fui la única. Está pagando por lo que hizo.

—Así, así me gusta. Justicia.

Apenas quedaban veinte minutos para llegar, por el momento iba todo bien, tomamos el desvío y ya no había nada de tráfico.

—Volviendo al tema, ¿dónde tirabas el estiércol, en un camión? —preguntó Daniela.

—No, el estiércol se utiliza para la fertilización de la plantación, por lo tanto, lo llevábamos al huerto y se lo echábamos a las plantas. El huerto, como no era muy grande y sobraba estiércol, tuvimos que tirar el resto en el barranco que hay al lado, ya que no lo podíamos dejar en el corral porque en cuestión de días saldrían pulgas y sería imposible estar allí.

—¿Cómo se saca el estiércol?

—Nosotros lo hicimos con una pala y una carretilla. Con la pala cargaba la carretilla y una vez llena, bajaba al huerto que desafortunadamente no estaba al lado del corral. Teníamos que bajar una cuesta muy estrecha e inclinada, con dificultad para pasar tan solo para vaciar la carretilla. Mi abuelo no podía levantar peso ni hacer esfuerzos, así que la parte mas dura del trabajo la hice yo. Lo teníamos que hacer lo mas rápido posible, pues cada minuto que pasaba era peor que el anterior, entre otras cosas porque al pasar las horas estábamos mas cansados y en el corral cada vez olía peor.

—¿Tu hermano no te ayudaba?

—Mi hermano no sabía que yo hacía eso, él creía que sólo ayudaba a nuestro abuelo a regar el huerto, recoger las hortalizas, cuidar las plantas para que dieran mas fruto y por la tarde irme con los animales.

—Y aún así no te ayudaba, como si eso fuese poco.

—Ojalá hubiera seguido ayudando a mi abuelo con los animales y el huerto durante mucho tiempo más.

—¿Porqué dices eso Lucía, le pasó algo?

—No, solo que yo en septiembre me iba a ir a estudiar a un colegio de monjas a Guadix, una residencia donde iba a pasar la semana, igual que los hijos de Susana en Baza, pero yo en Guadix.

—¿Qué pasó? Me da la sensación que no fuiste.

—La mañana del 7 de agosto, mientras estaba desayunando con mis abuelos, hablando de los recados que tenía que hacerle a mi abuela después del desayuno, escuchamos un coche aparcar en la puerta. Algo que nos extrañó

puesto que nadie aparca ahí nunca. De pronto, la cortina de la puerta de entada se abrió y dejó pasar mucha claridad por las escaleras de subida, venía alguien. Era Lucas con dos mujeres que no habíamos visto nunca. A Lucas le relucía la cara, estaba muy feliz. Las dos mujeres se presentaron diciendo que eran de los servicios sociales y que venían a por nosotros para llevarnos a un centro de protección de menores.

—¿Te llevaron a una cárcel de niños? ¿Por haber fumado un par de caladas a un porro? Porque según me has contado creo que no hiciste nada malo. Aparte de haber fumado, que no sé yo hasta que punto es de ilegal. Meterían a todos los del pueblo que fumasen, ¿no? Que injusta es la vida.

—¡Tranquila!, Daniela. Un centro de protección de menores no es una cárcel de niños. Como su propio nombre dice, protegen a los niños, es un hogar donde llevan niños con problemas de varios tipos: unos, porque no tienen familia, otros, por tener una familia desestructurada, ciertamente hay un poco de todo.

—¿Te fuiste así tan fácil, sin oponerte? ¿Tus abuelos dejaron que te fueses sin más? Ellos eran tu familia y no estaba desestructurada. De verdad, ¡yo estas cosas no las entiendo!

—Lógicamente no me quería ir, ni mis abuelos que me fuese, así que nos opusimos todo lo que pudimos. No se lo pusimos fácil, pasó mucho rato, donde tanto mis abuelos como yo nos sentamos en el sillón e hicimos como si no estuvieran, pero empezaron con las amenazas, que para nosotros aparentemente no nos afectaban. Pero tanto ellas como Lucas decidieron cambiar de táctica y después de las amenazas nos decían que me iba a ir tarde o temprano, por la buenas o por las malas. Si nos resistíamos más, iban a llamar a la policía e iba a ser peor y para no hacerles sufrir mucho más por algo que al fin y al cabo iba a pasar, después de casi dos horas de llantos y voces por parte tanto mía, como de mis abuelos, preparé las cosas y me fui.

—¿Por qué te fuiste?, yo se lo hubiera puesto más difícil, que hubieran llamado a la policía, nadie me saca de mi casa —dijo Daniela indignada.

—Ya, Daniela, pero no quería ver más a mis abuelos sufrir, y si de todas formas me iba a ir, consideré que esa era la mejor opción, porque si hago que llamen a la policía, a parte de ver a mis abuelos aún peor, el pueblo iba a estar hablando de nosotros mucho tiempo.

—¿Quién hizo que os llevasen a ese centro? ¿Por qué Lucas estaba tan contento?

—Piensa un poco y sabrás quien fue la que hizo que nos metieran allí. Lucas estaba feliz o más bien bohemio porque tenía dieciséis años recién cumplidos y en el centro de protección de menores, se puede estar mientras eres

menor, a él le quedaban dos años escasos.

—No me lo puedo creer, ¿fue tu tía Ana?, ¿por qué lo hizo?

—Porque como ya no estábamos con ella, no podía ir por el pueblo dando pena de “hay que ver que los estoy cuidando yo sola y nadie aporta nada”, y ver que yo me fui con mi abuelo y Lucas con su hija, nuestra prima, pensaría que el pueblo iba a darse cuenta que era imposible vivir con ella. Así que nos mandó al centro por que “éramos unos niños problemáticos” y ella no podía quedarse más con nosotros.

—Pero si no eráis así y la gente os conocía, ¿cómo la creían?

—No sé si la gente la creía o no, pero a ella le seguían la corriente y llega un momento en el que, si una persona cuenta siempre la misma mentira, acaba por creérsela ella misma.

—¿Cómo os llevaron al centro, en un coche de policía? —preguntó Daniela.

—No, en un coche normal. Había mucha tensión por mi parte, entre que ellas iban hablando de trabajo sin hacernos caso, yo tenía mucha rabia por dentro y Lucas si hacía alguna pregunta del centro lo único que le decían era, “cuando lleguemos, lo verás”. No les contesté por educación, pero delante de mi abuelo tenían una forma de ser muy diferente a la que mostraban en el coche. Por ejemplo, en la casa con el abuelo muy simpáticas todo el rato diciendo que el centro era muy bonito y había mucha gente de nuestra edad, que era como un campamento de verano y nos lo íbamos a pasar muy bien, que había hasta piscina.

—Mintieron claramente, ¿verdad?

—Cuando llegamos allí, nos dimos cuenta que era un centro de monjas, en pleno Albaicín. Parecía una cárcel, había dos puertas de hierro. La primera grande y negra, que estaba entornada, daba a un pequeño descansillo de máximo un metro, donde estaba la segunda puerta negra de rejas. Ciertamente, desde esa puerta mirando hacia el interior del centro, era un sitio muy bonito, había una fuente rodeada de plantas muy bien cuidadas. Cuando nos abrieron la puerta, estuvimos un rato esperando en unos bancos de la entrada mientras venía la monja que nos iba a llevar a nuestra habitación. Se presentó y nos resultó una persona muy simpática y agradable. Leyó nuestro expediente por encima y se puso muy seria. Nos pidió que la siguiésemos, tenía curiosidad por saber como iba a ser mi nueva casa, aunque prefería que no lo fuese. Al pasar por al lado de la fuente, entramos en un patio muy grande. Justo enfrente teníamos la piscina, a la izquierda había cinco casas, a la derecha, enfrente de las casas estaba la comunidad de las monjas y justo a la derecha, antes de llegar al patio, estaba la casa seis y unas escaleras que bajaban al campo de fútbol y a la iglesia. Jimena,

la monja, nos explicó que estábamos divididos en seis casas, exceptuando la número dos, que solo estaban los niños y en la seis de los bebés, el resto era de niñas. En cada casa había seis personas, menos en la casa seis, esa casa era distinta a los demás. Había niños desde recién nacidos hasta los seis años más o menos. En esa casa estaban los niños a los que iban a adoptar preferentemente, aunque podían a adoptar a cualquiera, pero a los pequeños lo hacían con más facilidad.

Mi casa era el número uno, al fondo del patio al lado de la piscina, era la más grande.

Cruzando el patio para llegar a la que sería mi casa, vimos a una niña de mi edad más o menos sin pelo. Pensé que era por cáncer y me dio mucha pena. Le pregunté a Jimena y me dijo que era porque sufría de nervios y se le caía el pelo.

Cuando llegué a la casa, era todo como muy antiguo, plantas por todas partes, los muebles de madera y las paredes blancas. Las casas tenían dos plantas, en la planta de arriba estaban los dormitorios y dos cuartos de baño, y en la planta de abajo había un baño muy pequeño, una salita donde estaba el teléfono para cuando llamaban los familiares, la habitación de la plancha, donde solo Jimena planchaba, el salón, una terraza cerrada por ventanas de aluminio en color bronce que daba a la piscina y la cocina con una despensa pequeña. Al lado, había otra habitacioncita del mismo tamaño donde había una estantería para guardar los libros y las mochilas. La cocina tenía una mesa redonda en el centro con cuatro taburetes donde comíamos las mayores de la casa y al lado dos mesas de aula pequeñas donde se sentaban Marta y Chloé, las pequeñas. En las casas no se cocinaba, así que teníamos una puerta de aluminio de color negro que daba a un patio trasero al que solo salíamos para ir a la cocina con un carro para recoger la comida, tanto al mediodía como por la noche. Todas las casas eran iguales, excepto por la terraza que daba a la piscina que solo la tenía la casa uno y la tercera planta que daba a una azotea.

Cintia y Marta eran dos hermanas que me sonaban mucho, pero no sabía de qué, así que, hablando con ellas, me dijeron que ellas también eran de Baza y casualmente, habíamos estado en el mismo colegio y después en algún campamento. Tenía un hermano un año mayor que nosotras, se llama David, este estaba en la casa dos, con los niños, con Lucas.

Cada casa tenía una monja y una educadora, menos en la casa uno y en la casa dos que era un educador, el mío se llamaba Francisco y el de Lucas, Josema.

Una vez en lo que sería mi habitación, mientras me instalaba, llamé a mi abuelo para avisarle de que habíamos llegado y contarle como era el sitio. Vino Marta para decir entre otras cosas, que el móvil estaba prohibido allí y que los

educadores le habían dicho que tuvieran cuidado con nosotros, que éramos problemáticos y si veían un comportamiento fuera de lugar se lo tenían que decir a ellos para castigarnos. Pero que no le iba a decir nada a los educadores si le dejaba el móvil para llamar a su familia.

—¿Los educadores dijeron eso sin conoceros? ¿Te hizo chantaje nada más llegar?

—Los educadores no le dijeron nada, solo que los escucharía hablar entre ellos de nuestro expediente sin que se dieran cuenta. Si algo aprendí allí, fue no creer nada de nadie. No fue un chantaje, le dije que no tenía saldo y me creyó. Escondí el móvil apagado para que no sonara entre la ropa y nunca me descubrieron. Hice creer a Marta a las semanas que lo había entregado por lo que pudiera pasar.

—¿Hacíais lo que queríais durante el día?

—Ojalá, eso fue lo que más me costó para adaptarme. Los horarios, eran muy estrictos. A las nueve teníamos que estar levantados, con las camas hechas, aseados, vestidos y abajo para desayunar. Los desayunos y las meriendas si los hacía cada educador o monja en la casa.

Después de desayunar teníamos que limpiar cada uno lo que ponía en el cuadrante. Una se encargaba de los baños, otra del salón, estudio, cocina... cada día algo diferente. Marta y Chloé como eran las pequeñas de la casa, su trabajo era vaciar las papeleras del estudio.

—¿Teníais que estudiar en verano?

—Sí, pasábamos dos o tres horas diarias por las mañanas. Después de comer podíamos descansar un rato, hasta las cuatro mas o menos que teníamos que ir a la piscina, en bañador, nadie podía ponerse biquini. Sobre las siete y media nos llevaban a las casas para las duchas y una vez hubiéramos acabado todas, para las ocho y media de la tarde cenábamos y después hacían varios grupos para salir a la calle a dar un paseo hasta las once mas o menos, que volvíamos al centro y nos teníamos que ir a dormir.

—¿Todos los días hacíais lo mismo?

—Algunos días íbamos al mirador de San Nicolás, otros bajábamos al centro de Granada, pero sí, todos los días hacíamos lo mismo.

Tardé poco tiempo en hacer amigos, al tercer día David, me pidió que fuese su novia y claro, como era el único niño que estaba por allí más tiempo, todas las niñas lo querían. La verdad es que el chico me parecía muy guapo pero le dije que no, porque a parte de que no lo conocía, no me gustaba su forma de ser y no quería ponerme a todas en mi contra.

A los pocos días las niñas me decían que David me quería y que le diera la oportunidad de ser su novia. No podía salir ni conocer a más gente estando allí

dentro. Pensé que, saliendo con él, el resto me respetaría, ya que cuando llegué yo también creía que era una cárcel, todo lleno de cámaras y rejas.

—¿Saliste con el guaperas malote del centro?

—No es que fuese el guaperas, simplemente uno de los pocos niños que había por allí hasta que llegó Lucas, pero sí, salí con el malote. Al día siguiente de empezar a salir con él, me regaló un collar con su nombre y él se compró otro con el mío.

En poco tiempo conocí a Esmeralda, una niña que tiene un año menos que yo, una niña rubia, bajita, con los ojos azules, una chica muy simpática. Siempre iba con Lidia, también rubia de ojos azules, pero esta, en cambio era alta, estaba rellenita y no me caía bien. Siempre iba de sabelotodo y quería estar por encima de cualquiera, mirando por encima del hombro a pesar de ser todos iguales.

En el tiempo que pasábamos en el patio mientras todos terminaban de cenar y salían para irnos al paseo, Lidia y Esmeralda lo pasaban cantando y bailando con una radio que tenía Lidia. La verdad es que me daban envidia, una envidia sana. Ellas sabían bailar y se lo pasaban bien y yo en cambio echaba de menos a mis abuelos y no sabía bailar, me sentía sola. Lucas siempre estaba conmigo, pero yo quería volver a casa.

Mis otras dos compañeras de casa, Penélope e Irene, mientras no hubiera gente de otras casas, estaban conmigo, pero al salir al patio solían ir con Lidia y Esmeralda. Irene tampoco sabía bailar, ella solo miraba.

Tanto Lidia como Penélope, cantaban muy bien y los domingos como teníamos que ir a misa, eran ellas las que llevaban las canciones. Las dos cantaban en un coro.

Pasaban las semanas y mi relación con David no funcionaba, así que para qué seguir con algo que no iba a llegar muy lejos. Realmente teníamos una relación de palabra, es decir, nunca nos dimos un beso ni nos cogimos de la mano por si las monjas nos veían. Así que, decidí acabar con eso que se llamaba noviazgo, entre otras cosas porque estaba celoso hasta de sus hermanas. Yo era la mayor de la casa, Marta era la mas pequeña, una niña muy adorable. Estaba en la casa uno para no separarla de su hermana Cintia y yo, no por ser la mayor, me sentía responsable de aquellas niñas que llevaban en el centro muchos años sin tener la oportunidad de saber como es la vida real, las tenían como en una burbuja. Sinceramente y por muy mal que suene, me sentía como una oveja en su rebaño. Ahora comes, ahora estudias, ahora duermes, ahora sales, siempre controladas. Lo pasaba peor cuando salíamos a la calle que nos llevaban a todos juntos como un pastor lleva a su rebaño. Por lo tanto, en la casa intentaba ayudar a las niñas en todo lo que estaba en mi mano como por ejemplo en las duchas, las ayudaba a lavarse el pelo, las peinaba, jugaba con ellas... y David no

comprendía que pasara tiempo con ellas.

Por fin hemos llegado. Justo al bajar del coche llamo a mi abuelo para ver donde estaba ya que muchas veces está en el campo. Está en la casa de mi abuela y nos invita a subir. Tras los besos y abrazos de bienvenida, les presento a Daniela que ya es una más de la familia y mi abuela nos tiene preparado el desayuno, un buen vaso de café con tostadas de aceite y unos dulces hechos por ella encima de la mesa.

Después de desayunar mi abuela nos pide que le ayudemos a doblar unas sabanas y hacer unos recados porque ella sola no puede. Mi abuelo nos quiere presentar a alguien. Vamos hacia los corrales, detrás de la casa, y nos presenta un cachorro de perro, ya que para él sus animales, son como hijos. Comen antes los animales que él.

El perro no tiene nombre, es pequeño de color marrón excepto las patas y las orejas que son blancas. Muy juguetón. Tengo la sensación de que no escucha. Nos acercamos al pequeño y si no nos ve, no se acercaba a pesar de llamarlo. Nos ha pedido que le pongamos nosotras el nombre y se me ocurre llamarlo Tapia, pues hay un dicho que dice “estas mas sordo que una tapia”.

Pasan las horas y no nos cansamos de escuchar al abuelo contarnos anécdotas que les pasan a diario con los animales.

Me fijo en Daniela de vez en cuando por si se cansa, pero la veo contenta en todo momento, está tranquila, se le ve cómoda escuchando al abuelo.

De repente, Daniela le pregunta al abuelo que sintió el día que vinieron a por mí y me llevaron al centro, antes de que respondiera él, contestó mi abuela. Fue una respuesta que le salió de lo mas profundo.

—Me quitaron a mi niña, no sabíamos que hacer sin ella, la casa se nos quedó grande, tardamos mucho en acostumbrarnos a no verla, pero lo peor fue no saber de ella. No nos dejaban hablar con ella hasta que según las monjas se adaptasen al centro. Al día siguiente de irse, fuimos a todos lados para arreglar los papeles y que nos la devolvieran, pero de nada sirvió.

Intervengo en ese momento porque sé que se va a poner a llorar y hemos venido a verlos bien, no para hacerles recordar lo mal que lo pasamos esa época.

—Lucía me ha contado que tenía su móvil escondido, por lo menos podrías hablar con ella a escondidas de las monjas.

—A escondidas sí, con prisas y miedo por si la pillaban y la castigaban. Nos hablaba muy bajito para que no la escucharan y tan bajito hablaba que apenas la escuchábamos nosotros.

—¡Abuela!, tampoco hablaba tan bajo porque me escuchabas a la perfección, además que te llamaba cuando el educador no estaba y la monja y las niñas estaban dormidas.

Decidimos ir a acompañar al abuelo con las ovejas para conectar con la naturaleza, me sorprende verla tan integrada, como si llevara toda la vida haciendo lo mismo. Pasamos una tarde estupenda, había varios borregos recién nacidos. Estuvieron detrás de nosotras toda la tarde, hubo un momento en el que nos sentamos en el suelo mientras las ovejas comían y un borrego estaba todo el rato con Daniela, tuvo que confundirla con su madre ya que le mordió la camiseta buscando leche. Hizo el amago de estar mamando, pero el pobre al no encontrar leche, se agobió y mordía cada vez más fuerte hasta que le mordió la barriga. A la hora de encerrarlas, teníamos que darles de mamar a los borregos, Daniela nunca había visto algo así y disfrutaba como una niña pequeña entre todos los animales y el abuelo disfrutaba también de verla así.

Al terminar volvemos a casa y la abuela nos tenía preparado para cenar de primero una ensalada con todas las hortalizas recogidas del huerto esa misma tarde y de segundo una tortilla de patatas con los huevos de sus gallinas y las patatas también del huerto, junto a un plato lleno de jamón y queso entre otros embutidos, de postre nos ha preparado su plato estrella, arroz con leche. Seguro que ha estado toda la tarde en la cocina.

—Lucía, en septiembre cuando empezó el curso, ¿iba alguien a daros clase allí o los mismos educadores lo hacían?

—En verano estudiábamos por las mañanas para los exámenes de recuperación de septiembre y para los que no suspendieron ninguna no perdieran el hábito.

Las recuperaciones son, normalmente el 1 y el 2 de septiembre. Yo tenía que ir a Zújar para hacerlos así que, pensé, que no iba a ir porque estaba lejos y no iba a aprobar ninguna. Solo estudié desde que entré en el centro hasta el día del examen y era prácticamente imposible, pero no dije nada por si acaso me llevaban a Zújar y tenía la oportunidad de ver a Claudia para contarle todo lo que me había pasado. El día de antes de los exámenes me enteré por Jimena que Josema me llevaría a mi pueblo para hacer los exámenes.

—¿Fuisteis los dos solos?

—Sí, Josema era el educador que más respeto transmitía, era muy serio.

—¿Te dio vergüenza ir con él?

—La verdad es que sí. Sobre todo, cuando cogimos el desvío en la autovía y tuve que guiarle yo hasta llegar al instituto. Se me da muy mal guiar de por sí, imagínate nerviosa y con vergüenza.

—Cuando llegasteis al instituto, ¿Él que hizo? ¿Entró contigo al examen?.

—Daniela, no estaba en la cárcel y él no era policía. No sé que hizo, me dejó en la puerta del instituto y cuando salí, ahí estaba, en la puerta.

—¿No intentaste escaparte por otra puerta?

—Huir no es la solución. Vi a mis amigos, me despedí de ellos y tenía la esperanza de volver a verlos. Tarde o temprano los vería.

—¿Tarde o temprano? —Dijo Daniela entre risas.

—Tenía catorce años, y como te dije esta mañana, en el centro se está hasta los dieciocho años. Como máximo eran cuatro años, pero si mi prima Macarena o mi abuelo arreglaban los papeles podríamos salir antes.

Los cuatro disfrutamos de la cena que la abuela había preparado. La abuela se levantó para recoger la mesa pensando que si hablábamos no nos dábamos cuenta de que estaba recogiendo, así que nos levantamos y a pesar de que ella no quería ayuda, lo hicimos. Terminamos de fregar los platos y limpiar la mesa mientras la abuela barría la cocina. Al terminar, nos fuimos al salón con el brasero de ascuas que había hecho mi abuelo el día de antes.

—Tengo curiosidad, ¿Aprobaste los exámenes de recuperación?

—La mayoría no, tuve que repetir.

De pronto empezó a sonar el teléfono de Daniela.

—¡Que pesado el que sea! —Dijo Daniela cabreada.

—Pero, ¿Quién es?, ¿no contestas?

—Perdonad mi comportamiento, es alguien que, de vez en cuando me llama desde un número oculto. Las primeras veces cuando contestaba creía que se estaban riendo de mi, se escuchaba algo de fondo y no hablaba nadie. Me cansaba de preguntar quien era y qué quería y colgaba. Al llamarme en número oculto no puedo denunciar ni saber quién es.

—¿Cuánto tiempo llevan llamándote? ¿Cómo sabes que siempre es la misma persona?

—Sé que es la misma persona porque siempre se escucha lo mismo de fondo. Se escucha a alguien respirando fuerte como si estuviera nervioso intentando decirme algo, pero nunca lo hace. Lleva llamándome, no sé si dos o tres años. Pensé que se había cansado, llevaba casi cuatro meses sin llamarme.

Mis abuelos se quedaron mirando entre ellos con cara de susto y madre e hijo dijeron a la vez:

—Eso es lo que pasa con tanta modernura.

Y mi abuela siguió sola.

—En mis tiempos no había teléfonos como ahora y no pasaba nada por el estilo de lo que le acaba de pasar a ella.

Pero su hijo, mi abuelo, no se lo pensó dos veces antes de hablar.

—En mis tiempos tampoco. Los tiempos cambian, pero mi mal humor no y si tengo que coger el teléfono y decirle que es un cobarde por no hablar, ¡se lo digo! ¡Y qué no se esconda! ¿Tus padres lo saben?, se lo hacen a uno de mis hijos o nietos y lo busco hasta debajo de las piedras si hace falta.

Se estaba tensando un poco la situación y tuve que intervenir antes de que siguiera con la hilera de amenazas y se pasara de la raya.

—Bueno, tranquilos. ¿Te ha pasado algo extraño desde que te llaman?

—No os preocupéis, de verdad, se lo dije a mi madre y fuimos a la policía, investigaron, supongo. Ya no nos volvieron a decir nada. Sólo que no contestase a esas llamadas.

—Tranquila, ¿te apetece que vayamos al Pub un rato? —Le pregunté al ver que estaba nerviosa y un poco avergonzada por la situación.

—Lucía, si os lleváis el coche, no bebáis. -Dijo la abuela.

—Os llevo yo y luego me llamáis para que suba a por vosotras.— Siguió el abuelo.

—Está cerca podemos ir andando, al bajar nos vendrá bien un poco de aire fresco.

—De acuerdo, tened cuidado y pasarlo bien. -dijeron los dos a la vez.

Nos pusimos las chaquetas y salimos. Antes de ir al Pub, dimos un paseo por todo el pueblo. Estuvimos en el campo de fútbol, donde solía quedar con mis amigas antes de meterme en los berenjenales en los que me metí.

—Justo aquí, había un quiosco de chucherías. Mi abuela me daba dinero para que me comprase un helado o lo que me apeteciese.

Cuando estábamos aquí Marta y Bea, mis dos amigas, y yo tomándonos el helado, nos sentábamos justo en estos bancos para ver a los chicos jugar al fútbol.

El chico del quiosco, Joaquín, tenía la edad de Marta, tres años mas que yo y dos años mas que Bea. Bea es de Alicante y siempre pasaba todas las vacaciones en Freila. Joaquín y Marta se conocían de ser del pueblo y haber coincidido en el colegio. Cuando Joaquín no tenía clientes, se sentaba con nosotras para hablar. Pronto fue uno mas de la pandilla y venía siempre con nosotras. En más de una ocasión, sobre todo los fines de semana organizamos barbacoas o ir al pantano a pasar el día. Aunque a mi abuelo no le gustaba que fuésemos al pantano, al final siempre cedía. La abuela ayudó bastante.

Cada vez la pandilla se hacía más grande. Lucas venía poco, pero cuando venía, nos juntábamos mi pandilla y la suya, así hasta que dejamos de ser dos pandillas y ser solo una.

Joaquín desde antes de juntarse con nosotras tres, ya fumaba porros, cuando la pandilla creció tanto, nos reuníamos en el parque.

De camino al parque le iba señalando las casas de todos mis amigos y recitando sus nombres a la vez que le explicaba a lo que se dedicaba cada uno.

—El parque ya no es lo que era. Lo han reformado, antes estaba todo vallado, los columpios estaban rotos y los bancos no tenían patas. De la mayoría

de los desperfectos nos encargamos nosotros. Apenas había luz.

—¡Que horror de sitio! ¿Por qué veníais en esas condiciones?

—Porque éramos muchos y en el parque nadie nos controlaría, en cambio en el campo de fútbol estaba todo abierto con mucha luz y no estábamos solos. Así que, en el parque los más mayores llevaban cerveza, tabaco y música, sabiendo que nadie nos iba a preguntar qué hacíamos.

—Imagino que así fue como tú empezaste con los porros.

—Así es, como ya te dije, las primeras semanas me ofrecían y decía que no. Al ver como una chica de la pandilla fumaba y el chico que me gustaba estaba siempre con ella, fue cuando yo empecé a fumar.

—A eso lo llamo yo tener poca personalidad.

—Y yo lo llamo no tener ninguna. Empecé a pintarme como lo hacía Marta aún sabiendo que no me quedaba bien. No conocía otra manera de pintarme, mi abuela no lo hacía y mi abuelo no quería que lo hiciera. ¡Tenía trece años! Solo me pintaba los sábados en Freila cuando aún vivía con mi tía Ana y me lo quitaba antes de llegar a casa.

Se estaba haciendo tarde y empezaba a hacer frío. De camino al Pub continué contándole a Daniela lo que hicimos en aquel parque. Que por unas razones u otras no me arrepiento de nada.

—Hola chicas, ¿Qué vais a tomar? ¿Lu-cí-a? ¡Cuánto tiempo! ¿Qué haces por aquí? El otro día vi a tu abuela, o sea, bisabuela, perdona, siempre me equivoco, es muy joven para tener bisnietos tan mayores. Me dijo que estabas trabajando y venías poco. ¡Qué alegría me da verte de nuevo!

—¿Qué tal? No sabía que estabas aquí, hemos venido a visitar a los abuelos, ella es Daniela una amiga.

—Hola, encantada de conocerte, ¿Me pones un vino tinto? A ver si así entro en calor, ¡qué vaya frío hace en este pueblo!

—Marchando uno de mis mejores vinitos, ¿Tú qué vas a tomar Lucía?

—Ponme otro vino que la ocasión lo merece.

—¿Un semidulce de los que a ti te gustan?

—¡Exacto!

Nos sentamos en unos sillones de piel que tenían haciendo esquina con una mesa de cristal redonda. Nos puso un plato de queso con aceitunas y retomamos la conversación:

—Este chico, Fernando, ahora está de camarero en este bar porque es de sus tíos y supongo que no siguió estudiando. Estaba también en la pandilla, con Marta tenía algo más que con el resto, solíamos decir que al final acabarían juntos.

—¿Os conocéis todos aquí? La gente se nos queda mirando, nos señalan y

hablan descaradamente de nosotras.

—Lamentablemente sí, es un pueblo muy pequeño y a pesar de ello no faltan las malas lenguas.

Cuando me llevaron al centro, empezaron a inventar de todo. He llegado a escuchar que mi abuelo me metió en el centro al enterarse que estaba embarazada, para que no dijese que había vuelto a fracasar como con mi madre. Y cosas aún peores, las cuales prefiero dejar en el olvido.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila sabiendo que ahora mismo están hablando mal de ti?

—Porque de nada sirve que me encare con ellos, de hecho, si lo hago, creen ganar la batalla. Tengo la conciencia muy tranquila. No puedo evitar que hablen mal o bien de mí. Prefiero dejarlo estar, las personas a las que quiero saben la verdad, con eso me sobra y me basta.

—Me encantaría ser como tú. Te da igual que se metan contigo, yo en tu lugar estaría plantándoles cara a todos y cada uno de ellos.

—No me da igual que se metan conmigo, pero prefiero mantenerme al margen.

Se estaba haciendo tarde y la abuela no se acostaría hasta que llegásemos, le pedí la cuenta a Fernando mientras me levantaba.

—A la primera ronda invita la casa, si queréis pagar, tenéis que pedir otra. —dijo Fernando desde la barra.

—¡Gracias!, ¿Me pones lo mismo? Dijo Daniela agradecida.

Salí a la puerta y llamé a la abuela, le avisé que llegaríamos un poco más tarde y que se fuese a dormir cuando tuviera sueño, que no nos esperase despierta a pesar de saber que no se dormiría hasta que llegásemos.

Le pedí a Fernando que me pusiera lo mismo de antes a mí también y fui a la barra a coger las dos copas, cuando llegué a la mesa vi a Daniela muy pensativa.

—¿Quieres dejar de pensar en la gente y pasártelo bien? —Le dije con tono de cabreada.

—No estoy pensando en la gente precisamente. —dijo entre risas.

Me quedé un poco avergonzada y no quise contestar. Hubo un momento de silencio cuando me preguntó:

—¿Qué pasó cuando las monjas o los educadores se enteraron de que repetirías de curso? ¿Te castigaron?

—Era de esperar, pasaba las horas de estudio dando vueltas, perdiendo el tiempo en hacer dibujos, escribir cartas... Francisco y Jimena sabían que no estaba preparada para los exámenes, pero tenía que ir a la recuperación de todos modos.

—Después de las recuperaciones quedaban como dos semanas para empezar el curso. ¿También teníais que estudiar, sabiendo que o repetíais o pasabais de curso?

—Esas dos semanas las aprovecharon para hacer excursiones, juegos... Era como un campamento en el que sabías que no iba a acabar.

Ese tiempo en el que no había una rutina como tal, los niños estaban muy alterados, no sabían que iban a hacer a donde iban a ir... Lucas y yo estábamos muy agobiados porque no entendíamos el comportamiento de los demás, nosotros estábamos desorientados, pero algo normal, estábamos adaptándonos cuando de repente cambia el funcionamiento del centro.

Nunca antes deseé tanto que empezase el curso, hasta esa misma mañana que Jimena me dejó encima de mi escritorio lo que me tenía que poner. ¿Uniforme? Tuvimos una bronca terrible. Todas las niñas llevaban ropa normal menos yo. ¿Por qué era la única que tenía uniforme? Me sentía patética, no quería salir de mi habitación y mucho menos de la casa.

—No entiendo, ¿Por qué eras la única que llevabas uniforme?

—Cuando salí al patio, todos iban vestidos con ropa normal. Lucas cuando me vio empezó a reírse de mi y aún más avergonzada me sentía, hasta que vi que no era la única. Esa chica que me caía bien pero que no teníamos mucha relación también llevaba uniforme, ¡el mismo que yo! Esmeralda y yo íbamos a un colegio y el resto a otro.

De camino hacia el colegio, le pregunté a Esmeralda por qué nosotras teníamos que llevar uniforme y el resto de niños no. Entonces me contó que nuestro colegio era concertado y lo llevaban monjas de la misma congregación que las del centro, mercedarias, así se llamaba el colegio también.

—¡Dicen que ese colegio es muy bueno!

—Así es.

Ya era demasiado tarde y yo me quería ir a casa, estaba un poco cansada. En cambio, Daniela cuanto más tarde era, menos cansada se le veía.

—Me voy a casa, quédate si quieres. -Le dije riéndome.

—¿Qué hora es? ¡vamos, vamos!

Fuimos igual que vinimos, dando un paseo y enseñándole lo bonito que era mi pueblo, a la vez que charlábamos de mi primer día en aquel colegio nuevo.

—No sé si conoces el colegio por dentro.

—Me hubiera gustado, pero no.

—¡Un día vamos a hacer una visita! Mi primera reacción fue decir ¿en qué siglo estamos? Y después al contemplar lo bien cuidado que estaba todo. Era como un castillo, las baldosas de los suelos blancas y negras haciendo triángulos y en el centro del pasillo el logo de las mercedarias. Las puertas eran de madera

oscura, muy bien cuidadas al igual que la barandilla de la escalera. Tenían unos grabados espectaculares. Me encantó como lo tenían todo.

Esmeralda también iba a repetir curso ese año. Ella repetía 2º de la ESO y yo 3º de la ESO. Fuimos a ver las listas para ver a que clase pertenecíamos. Mirando las listas vi que yo estaba en el grupo B, en ese momento Esmeralda me dijo que yo iría a la clase con los niños con los que ella estuvo el año anterior. Me lo dijo muy seria y no sabía si eso era bueno o malo, no quise preguntar, me daba miedo.

—¿Miedo de qué?

—Miedo de no caer bien y que se riesen de mi, entre todos mis complejos, ese año se añadió el estar en un centro. No quería que nadie lo supiera y le pedí a Esmeralda que me guardase ese secreto.

—¿Qué culpa tenías tú de estar en un centro?

—Te recuerdo que entre otras, tú te reías de mi por esa misma razón unos años mas tarde.

—Ya... lo sé y lo siento, no te conocía y estaba en una edad complicada. ¡Ahora me haces sentir mal!

—No te preocupes, el pasado es el pasado.

—A parte de estar en el centro, ¿qué otros complejos tenías? Llevabas uniforme, por lo tanto, no sabían si tenías ropa mejor o peor, no te conocía nadie, podías inventarte cualquier cosa.

—Podía inventarme cualquier cosa, pero ¿te parece poco no tener padres? Era un colegio que consideraba pijo. ¿No crees que notarían que yo no lo era?

—No tenían por qué saberlo.

—No era por el simple echo de que lo supieran o no. Me costó mucho hacer mi grupo de amigos en Freila y no me veía capaz de hacer el papel de ser una persona social, me daba miedo el rechazo. Siempre me he sentido inferior a los demás en todos los sentidos.

—Estoy segura que luego no fue para tanto.

—Esmeralda me advirtió que la mayoría de los que estaban en mi clase se sentían superiores a los demás y venían de familias adineradas, justo lo que necesitaba escuchar.

Esmeralda me acompañó hasta donde sería mi nueva clase, cruzamos el patio, entramos en un portal grande y subimos unas escaleras de mármol en color negro, hasta llegar a un descansillo. Estaba el mismo logo en el suelo, de color rojo y amarillo con una cruz blanca en la parte de arriba a la izquierda. A la derecha del descansillo estaban las clases, a la izquierda, un balcón de madera con postigos.

Esmeralda me señaló mi clase y empecé a temblar, era la que había al fondo

del todo. Me presentó a unas cuantas niñas y se fue a su clase.

—Al menos conocías a alguien. ¿Te costó mucho hacer amigos?

—Recuerdo que las niñas que me presentó Esmeralda parecían muy simpáticas, empezaron a hacerme preguntas ¿De dónde era?¿De qué conocía a Esmeralda?

—¿Ellos sabían que Esmeralda estaba en el centro?

—Y no solo eso, según me contaron, Esmeralda se portaba muy mal en la clase, se metía con los profesores, no hacía nada... Y claro, tenían muy mala imagen de ella y temían que yo fuese así.

—Claro, por ser del centro, ya daban por hecho que ibas a ser como ella. Pero... —se quedó pensativa— ¿Cómo sabían que estabas en el centro?

—Fue un poco obvio, ese año empezaron a hacer el cambio de uniforme. Los nuevos tenían el uniforme nuevo, en cambio yo tenía el antiguo, aunque lo que realmente ayudó a llegar a esa conclusión fue mi tutor al pasar lista. Llegó a mi nombre, hizo una pausa, me buscó con la mirada y me preguntó si me estaba adaptando bien en el Pilar.

—No debería de haberlo dicho, ¿Verdad?

—No había nada de malo en estar en un centro de menores, solo que me tendría que esforzar mucho para limpiar la imagen que había dejado Esmeralda el año anterior.

—No entiendo a que te refieres con esforzar. ¿A estudiar mucho?

—No solo en estudiar, quería transmitirles a todos que en el centro había niños de todo tipo. Pero lo que más hay, son niños desamparados, y la mayoría adoptan un comportamiento fuera de lo normal por tal de sentirse igual o superior al resto. Solo por miedo al desprecio.

Los primeros días me trataban como un bicho raro y siempre estaba sola, entendía que no quisieran juntarse con una persona problemática, así que durante un tiempo nadie se acercó a mí.

A los pocos meses un grupo de niñas empezaron a hablarme.

—¿Qué te decían?

—Me invitaron a irme con ellas y conocer al resto de la clase. Eran todos amigos de la infancia y se llevaban muy bien entre ellos. Yo me sentía fuera de lugar, pero sentía la necesidad de hacerles saber la verdad sobre mí, no me gustaba que tuvieran una imagen falsa.

—Lucía, me siento la peor persona del mundo, jamás me lo podré perdonar.

—Cuando nosotras coincidimos en la misma clase todo era distinto.

—Pero aún así, te juzgué sin conocerte, solo por sentir que eras inferior a mí.

—Ya está, eso pasó.

—Sí, pasó, pero no lo olvidaré nunca.

Daniela siguió andando sin mediar palabra, mirando fijamente el suelo con los ojos muy abiertos como si estuviera recordando todo lo que me había hecho en el instituto.

No le quise decir nada más. Me había pasado de sincera.

—Una vez que entraste en el grupo, ¿dejaron de tratarte como si fueras diferente?

Estoy en una situación difícil, me da miedo que se ofenda por lo que pueda contar, pero si quiere saber, lo va a saber ya que he llegado hasta aquí, no puedo echarme hacia atrás.

—Es muy difícil caerle bien a todos, pero pasé de sentirme invisible a ser la amiga de Esmeralda. Algunas de las niñas y niños si se acercaban a mí y hablábamos, pero me costó mucho que me vieran como a una más.

—¿Por qué?

—Solo querían saber de dónde era y qué hice para estar en el centro.

—¿Qué, qué hiciste? ¿Esmeralda no les explicó que era un centro de protección de menores?, ¿No sabían que no era una cárcel?

—No sabían nada. Esmeralda fue adoptada de pequeña por una familia. Vivía en un pueblo con sus padres y hermano adoptivo, siempre le gustó el baile, así que su madre la apuntó a una academia, donde conoció a Keila. Esta, estaba en mi clase y tenía una versión falsa de lo que era el centro.

—Creo que no te entiendo, si Esmeralda fue adoptada por una familia, ¿qué hacía en el centro?

—Un día apareció su familia biológica, la chantajearon, le prometieron una vida llena de felicidad y Esmeralda renunció a su familia adoptiva. Esa familia que la querían como si fuese su propia hija, con la que no le faltaba de nada y era feliz.

Al renunciar a su familia adoptiva, los servicios sociales la devolvieron al centro de menores porque con su familia biológica no podía estar.

—Ahora creo que entiendo el comportamiento de Esmeralda y que inventase cosas sobre el centro.

—Por eso lo tenía mas difícil, Keila conocía a una Esmeralda noble, simpática, agradable... Todo lo contrario, a lo que se convirtió al volver al centro.

—Creo que en partes es entendible.

—Yo creo que solo lo pueden saber las personas que lo viven, aunque si nos

ponemos en su situación, tal vez nos hagamos una ligera idea.

Llegamos a la casa y la abuela se había quedado dormida en el sillón. Con mucho cuidado la desperté y la ayudé a irse a la cama. Fui a mi dormitorio y no vi a Daniela, estaba en el salón sentada en el brasero, cuando llegué se me quedó mirando fijamente.

—Mañana nos levantamos temprano, quiero ayudar al abuelo a ordeñar a las cabras, siempre que vengo lo hago, así que yo por lo menos me voy a la cama. -Le dije a Daniela entre risas.

—He llamado a mi madre.

—¡Anda! ¿Cómo está? ¿Qué tal con la visita?

—La he notado decaída, dice que la visita bien, pero no estoy segura, no me dice quién ha ido, ni para qué.

—Seguro que estaba adormilada, ¡vaya horas de llamar! Seguro que ha ido un amiguillo suyo o algo.

—No tenemos secretos con los amiguillos como tú dices.

—Daniela no te preocupes, seguro que si quiere que lo sepas, te lo dirá.

Me senté a su lado, la cogí de la mano, me quedé mirándola y nos abrazamos. Ese abrazo acabó en lagrimas.

—No quiero que le pase nada nunca.

—No tiene por qué pasarle nada, tranquila.

—Los médicos le dieron pocos meses de vida, el tiempo se acaba y yo no estoy a su lado.

—Ella es fuerte. Y te dijo que esperaba visita este fin de semana y quería estar sola con ellos. Vamos a la cama, necesitas descansar. Mañana será otro día.

Nos quedamos dormidas enseguida. Empecé a escuchar ruido, me di la vuelta y Daniela no estaba en la cama, encendí la luz y tampoco estaba en el cuarto. Cogí mi móvil para mirar la hora, ¡no podía ser! Eran las 10 de la mañana, me había dormido, corriendo me levanté y fui a la cocina, allí estaba la abuela preparando el desayuno con la ayuda de Daniela.

—Buenos días, ¿tú no querías madrugar para ayudar a tu abuelo?

—¡No te rías!, ¿cuánto lleváis levantadas? ¿Por qué no me habéis llamado?

—Tu abuela no me ha dejado.

—¡Eso no es verdad!, solo le he dicho que te deje dormir un rato más.

—Os perdono, pero solo porque estáis preparando un desayuno que huele a las mil maravillas, ¿a qué os ayudo?

—Tranquila ya está todo casi listo, sentaros y desayunad, el abuelo ha ido a preparar las cosas para arreglar a los animales y ahora viene.

—Abuela, no me gusta no ayudarte, déjame y cuando terminemos desayunamos los cuatro juntos.

—¿Sabes lo que puedes hacer?

—Dime.

—Podrías ir a avisar al abuelo para que venga a desayunar, que si no se le va a hacer tarde.

—Voy. Daniela, ¿te quieres venir?

Llevábamos un rato llamando al abuelo, pero no nos escuchaba. Los animales estaban muy alborotados, suponíamos que era porque querían comer. Cuando de repente, salió el abuelo del corral del fondo con los brazos llenos de sangre y entre las manos un choto recién nacido.

—Perdonadme que no os haya contestado, es que se le ha complicado un poco el parto a la cabra, era primeriza.

—Creo que yo ya no voy a desayunar. —Dijo Daniela con la cara descompuesta.

Nos quedamos mirándonos el abuelo y yo y nos echamos a reír. Siempre nos ha gustado ver o ayudar a los animales a traer a sus pequeños al mundo, a mi sobre todo por los calostros.

—Abuelo, ¿es pronto para hacer calostros?

—¿Qué son los calostros? —Preguntó Daniela

—El calostro es un líquido secretado por las glándulas mamarias durante el embarazo y los primeros días después del parto, tanto en humanos como en animales. Cuando paren las cabras cogemos la leche y se la llevamos a mi madre para que los cocine, a Lucía le encantan.

—Es verdad, no sé cómo lo hace la abuela, pero están muy buenos. Es leche espesa, dulce. Luego la pruebas si quieres.

—No gracias, no creo que me guste.

—Bueno, mientras te vuelve el color a la cara, el abuelo puede dejar al pequeñín con su mamá y lavarse para desayunar, la abuela ya habrá terminado.

—Que impresión me ha dado ver al bebé de cabra aún con la sangre.

—Es normal, ¿es el primero que ves?

—Sí, pero ya estoy bien, vuelvo a tener hambre. ¿Vamos ya a tu casa?

—Vamos, mi abuelo ya estará a punto de terminar.

Al llegar a la casa y contarle a la abuela lo que había pasado con Daniela, se reía a la vez que le pedía perdón por estar riéndose de ella. Le contó que cuando ella era pequeña también tenían animales y se acordaba de la primera vez que vio un choto nacer, que no podía parar de vomitar y no comió nada en todo el día, pero que a los días no podía separarse del animal.

Después de desayunar, nos fuimos a ayudar al abuelo a echarles de comer a los animales y Daniela parecía estar cómoda, le gustan los animales. Sacamos el ganado al campo. Estábamos sentadas mirando a los animales cuando

empezamos a hablar:

—Lucía, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro, dime.

—Ayer me contaste que Keila conocía a una Esmeralda noble, simpática, agradable, educada, pero según me has contado en otros momentos, he entendido que Esmeralda no era así. ¿Tenía varias personalidades, dentro del centro era buena y fuera mala?

—No exactamente. En el centro éramos todos iguales. En el colegio creía que querían ser superiores a ella y se sentía atacada, así que de alguna manera ella decidió defenderse así, aunque tal vez no fuese la mejor opción.

—Sus razones tendría, ¿no crees?

—En realidad no, según me contaron el primer día que llegó, dijo que estaba en un centro y se describió de una forma que no era, problemática, peligrosa..., por tal de sentirse segura.

—Si lo piensas bien, ella fue la única del Pilar que fue a Mercedarias hasta que llegaste tú, es posible que se sintiera sola.

—Al repetir hizo muchos amigos y mejoró su actitud.

Los primeros días de colegio, íbamos por la calle saludando a todas las personas que veíamos. Había un quiosco haciendo esquina en plaza larga, le saludábamos y el dueño del kiosco no nos decía nada, pasaron varios días desde que empezamos a saludarle y como nunca nos contestaba, nos lo tomamos como un reto saludarle hasta que nos saludase, viendo que no lo hacía, un día le compramos un chicle. Al día siguiente le volvimos a saludar y tampoco nos dijo nada. Y hasta la semana siguiente que no nos dieron la paga, no pudimos volver a comprarle nada más.

—¿Le comprabais chicles a pesar de ser un antipático?

—No era antipático, se creía que nos estábamos riendo de él. Cuando fuimos a comprarle otro chicle le pregunté por qué no nos saludaba y nos puso una excusa, después de ese día siempre nos saludaba.

Cuando íbamos de vuelta al Pilar nos parábamos a hablar un rato con él hasta que en menos de un mes le habíamos contado nuestras vidas.

A partir de eso nos saludaba todos los días, nos regalaba chicles y nos dijo que si algún día necesitábamos algo que lo llamásemos. Era un hombre mayor muy noble.

Esmeralda y yo nos hicimos inseparables. Todas las mañanas desayunaba rápido, cogía la mochila e iba a por ella a su casa. La mayoría de las mañanas aún no había ni desayunado, así que mientras su educadora le hacía el desayuno y desayunaba nos contábamos lo que habíamos hecho la noche anterior o me contaba si ese día tenía clase con el chico que le gustaba.

—¿No os podíais ver cuando queríais?

—No, cuando empezó el curso, los horarios del centro eran mucho más exigentes. Solo nos podíamos ver la media hora de patio que teníamos mientras merendábamos.

—Media hora de patio suena a cárcel.

—Eso mismo pensaba yo cuando estaba ahí dentro.

Cuando empezó el curso, vinieron todos los niños que estaban de vacaciones, con sus familias biológicas o adoptivas. Eran muchos los que estaban fuera, al volver y al empezar el curso los horarios eran muy diferentes.

Por las mañanas, te voy a contar como era en mi casa. La monja nos despertaba y mientras nos aseábamos, hacíamos las camas y nos vestíamos, ella hacía el desayuno. Las que estaban en el instituto se iban rápido, el resto nos esperábamos. Yo entraba más tarde que las del instituto, pero antes que las de primaria, así que la mayoría de los días yo salía a la vez que las del instituto para ir a por Esmeralda. Cuando volvíamos del colegio tenía la comida preparada. Esmeralda y yo éramos las únicas que comíamos en El Pilar, el resto iban al comedor de su instituto. Hasta las 16:00 horas, aproximadamente, podíamos descansar, ver la tele o no hacer nada hasta que empezaba la hora de estudio.

—¿Normalmente tú que hacías?

—Cuando podía, ir a ver a Lucas. Siempre hacíamos todo lo posible para vernos.

—¿No te dejaban ver a tu hermano?

—Dejarme si, en horario de patio.

—Me estoy poniendo nerviosa solo de oírlo, ¿a qué hora era eso?

—Al final te adaptarías, a las 17:30 o un poco mas tarde merendábamos y hasta las 18:30 más o menos teníamos para salir al patio y desconectar un poco.

Al principio estaba muy incómoda porque era como el patio del colegio, niños de todas las edades jugando, educadores en corrillo , los niños jugando al fútbol y las niñas más mayores como Penélope, Irene, Esmeralda y yo en grupo sentadas mirando a los niños jugar.

—Eso era como estar en el colegio todo el día, que agobio.

—Después del patio, volvíamos a estudiar otro rato, pero la mayoría de las veces venía Rosa, la psicóloga a buscar a alguien de la casa y se libraba de la segunda hora de estudio. Por eso cada vez que venía queríamos irnos con ella.

—¿Por qué no os ibais todas a la vez con Rosa?

—Cada una contaba de su vida personal lo que quería que el resto supiera, la mayoría mentíamos y teníamos muchos problemas serios y era con ella con la que nos desahogábamos y la que sabía la verdad.

De hecho, Lucas ha sido siempre una persona muy reservada y desde que

iba con Rosa parecía menos preocupado, sé que a él le afectó mucho la muerte de nuestro padre y ella lo enseñó a vivir con ello. No a superarlo porque bajo mi punto de vista una cosa así no se supera.

Siempre le agradeceré lo que hizo con mi hermano.

—Una buena profesional, me alegra que haya personas así. ¿Tú te ibas mucho con ella?

—No, fui muy pocas veces ya que había gente que lo necesitaba mucho más que yo.

—Seguro que ella hizo muy buen trabajo con todos los que estuvisteis allí, y con los que están. Ojalá haya muchas personas como ella, en fin. ¿Qué hacíais después del estudio? Que si no cambio de tema me pongo sentimental.

—¿Después del estudio? Empezaba la hora de las duchas, empezaban las pequeñas de la casa, Marta y Chloe, después iba, Cintia, la hermana de Marta y después íbamos las mayores, Penélope, Irene y yo. Todos los días hacíamos lo mismo, después de la ducha, hacíamos las tareas que nos tocaban, unas recogían el estudio, otras el salón... dependía del día.

—Y... ¿no cenabais?

—Que mala imagen tienes del centro, mientras hacíamos las tareas de la casa, Francisco iba a por la cena a la cocina con la niña que le tocaba fregar esa noche.

—No es mala imagen Lucía, es que me pongo en tu situación y creo me agobiaría mucho de no poder hacer lo que quisiera, cuando quisiera, ten en cuenta que mi horario de estudio era más flexible y si una tarde me apetecía salir a dar un paseo, lo daba sin dar explicaciones a nadie. Si luego tenía que estudiar por la noche, era mi problema.

—Ya te dije que al principio si me costó y bastante, pero de ver que todos hacíamos lo mismo, me acostumbré. De hecho, si un día no venía Francisco por algo, había algún taller o el horario de estudio era diferente, estaba incómoda, me ponía nerviosa.

—Normal, te acostumbraste a hacer siempre lo mismo. ¿Los fines de semana también hacíais lo mismo?

—Para nada, mientras mi prima Macarena arregló los papeles para poder irnos con ellos, los sábados por la mañana hacíamos la limpieza en las casas y después estudio hasta la hora de comer. Después de comer nos íbamos de paseo todos juntos con los educadores que hubiera y los domingos misa por la mañana y paseo por la tarde.

—¿Tus abuelos no arreglaron los papeles para que volvierais con ellos?

—Ellos no supieron hacer eso, aparte que según los servicios sociales no tenían recursos suficientes para poder hacerse cargo de dos menores.

—¿Cuánto tardó tu prima en hacerlo?

—Teniendo en cuenta que dio a luz a Andrés una semana antes de entrar nosotros al centro y Fernando era muy pequeño también, le costó un poco arreglar todos los papeles. Creo que un par de meses hasta que pudieron hacernos visitas en el centro y tres meses más o menos en poder irnos los fines de semana a su casa.

—Creía que tardarían más.

—Tardaron muy poco, ya que no pararon ni un solo día hasta que lo consiguieron.

—¿Y os fuisteis otra vez con ellos para siempre?

—No, la adopción permanente era un proceso muy lento y muy difícil. Lucas tenía 16 años cuando entramos en el centro. Era capaz de cumplir la mayoría de edad y estar aún en proceso de adopción, así que solo nos íbamos los fines de semana ya que en el colegio nos iba bien.

—Para Lucas tal vez no merecía la pena hacer esa gestión, pero para ti si, te quedaban 4 años ahí.

—La verdad es que no se que hubiera pasado si me hubiera ido con mi prima, pero sí se qué pasó estando allí y la verdad es que volvería a repetir. Conocí al que fue mi mejor amigo durante mucho tiempo.

Luis. Como ya te he dicho alguna vez, toda buena amistad, empezó regular. Estábamos juntos en las asignaturas optativas como en refuerzo de Matemáticas, Tecnología y no recuerdo muy bien en cuales más. La mayoría de los niños, eran de la otra clase, Luis también.

Una de las asignaturas, refuerzo de matemáticas, se daba en mi clase, así que me quedé en mi sitio, y el sitio de al lado se quedó libre. Creo que era el único que quedaba libre. Y vi a Luis como un chico noble, tímido y el típico del que se solían reír. Estaba buscando un sitio libre con la mirada, le señalé mi lado y se sentó, pero después no le presté atención. En mitad de la clase, Minerva, la profesora, hizo un comentario gracioso acerca de la asignatura, y yo por hacerme la interesante o por llamarle la atención a Luis hice otro comentario por lo bajo para que solo lo oyera él.

—¿Qué comentario?

—No lo sé, pero Luis me contestó “¡Qué arte tienes!” y nos empezamos a reír. Minerva nos llamó la atención y yo le contesté mal. Al ver a Luis que no paraba de reír, peor era mi comportamiento hacia la profesora.

—¿Por qué hacías eso?

—Porque Luis fue la primera persona que me mostró simpatía y acercamiento desde el primer momento y me puse nerviosa, quería caerle bien y que fuese mi amigo.

—Para eso no hace falta faltarle el respeto a nadie.

—Lo sé, cuando acabó la clase me di cuenta que el resto de compañeros me estaban criticando, decían cosas como “se nota que no tiene padres” “es una maleducada” “me han dicho mis padres que no me acerque ni a ella ni a Esmeralda porque son niñas problemáticas y a la vista está”. El mundo se me echó encima y me sentía la peor persona del mundo. Luis me vio mal y me decía que no les hiciera caso, que todos los que hacían esos comentarios eran niños de papá. Aún así, yo sabía que lo que acababa de hacer estaba mal y le pedí disculpas a la profesora, después de ese día no volví a contestar mal a ningún profesor.

—No eras, ni eres la peor persona del mundo, simplemente querías llamar la atención y te equivocaste de método.

Llegó la hora de comer y teníamos que llevar a los animales a sus corrales. Al llegar a casa la abuela nos había preparado una paella, ya que los domingos tenemos como tradición hacer paella. Daniela le comentaba a la abuela su experiencia con el campo y le prometió venir mas a menudo. Una vez que terminamos de comer la abuela se levantó y sacó el postre.

—¡Sorpresa! ¿Daniela quieres probarlos?

—La verdad es que no tiene muy buena pinta, pero si, un poquito para probarlo.

—¡Calostros! La verdad es que no es un plato que entre por los ojos, pero están muy buenos, ya lo verás cuando los pruebes. ¡Abuela eres la mejor, muchas gracias!

Al final resultó que Daniela repitió dos veces.

—Chicas, tengo que salir, vuelvo antes de que os vayáis.

—Abuelo, ¿a dónde vas? ¿Te acompañamos?

—No os preocupéis, voy a ir a abrir el agua para regar, quedaros con la abuela un rato si queréis.

Después de recoger la cocina y de fregar los platos, nos sentamos en el salón con el café recién hecho y unas pastas.

—¿Al final sólo hiciste un amigo en el colegio?

—No, en clase tenía muy buenas compañeras, Keila. Después de ver que Esmeralda seguía siendo la niña que ella conoció, me preguntaba como era el centro y por qué hasta que no llegué yo, Esmeralda no volvió a ser ella misma, y claro de venir a preguntarme por ella surgieron nuevos temas de conversación y dejaron de verme como “la niña del centro”. Al final hice muy buenas amistades.

A los pocos meses de curso, ya hablaba con todos los de clase, con unos más que con otros, pero por suerte fue el primer colegio donde estaba a gusto de verdad. Todos llevábamos uniforme, así que nadie se metía con la forma de

vestir de nadie.

Y como bien sabes, no todo podía ir bien en mi vida.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso?

—Nunca me fue todo bien, demasiado bonito para ser real.

—No te entiendo y me estas poniendo nerviosa.

—Una tarde ya casi en invierno, estábamos en la hora de descanso. Lucas estaba jugando al fútbol con entre otros Martín, un chico que fue mi novio, ellos se llevaban muy bien. Martín sin querer coló la pelota en un patio de una casa abandonada, había una valla que dividía el campo de futbol con el patio de unos tres metros aproximadamente. Martín sufría de vértigos así que, Lucas decidió saltar sin pedir permiso, cuando de pronto escuchamos un golpe seguido de un chillido. Por un momento pensé que Lucas nos estaba gastando una broma, pero para nada fue una broma.

—¿Se cayó desde tres metros?

—Efectivamente, con la mala suerte de caer encima de una piedra, dislocándose la cadera.

Lucas no podía parar de gritar, le dolía mucho y cada vez que lo escuchaba llorar, deseaba cambiarme por él. Me pedía que le tirase un cojín ya que los dolores eran insoportables, la ambulancia tardó cerca de 2 horas o por lo menos a mi se me hizo eterna la espera. Una vez que llegaron, les costó mucho acceder al patio de la casa abandonada y sacarlo de allí. Tuvieron que pedir permiso a un juez, ya que la casa a pesar de estar abandonada, era de alguien y si un juez no autorizaba el acceso, no podían sacarlo. Cuando lo permitieron, tuvieron que comprobar que las paredes no se caerían porque la casa era muy antigua y las apariencias de esa casa era que en cualquier momento se iba a caer y como estaba todo lleno de grandes piedras y mucha basura, les fue muy difícil poder sacarlo.

—¿Cuándo lo sacaron fuiste con él al hospital?

—No me dejaban, pero tenía claro que yo no iba a dejar solo a mi hermano. Hablé con la directora del centro, con mis educadores, les pedí de todas las maneras posibles que me dejasen ir. Me salí con la mía y fui con él. No solo esa noche mientras le colocaban la cadera y llegaba mi prima Macarena, de Zújar, si no que todas las tardes cuando llegaba del colegio. Mientras comía, hacía los deberes y estudiaba hasta que llegaba Francisco, le enseñaba los deberes y le decía qué había estudiado y me iba con Lucas hasta la hora de la cena.

—Me resulta raro que con los exigentes que eran los educadores, pudieras hacer eso. ¿Qué pediste a cambio?

—No pedí nada a cambio, aunque estaba dispuesta a todo, no fue necesario. La directora entendió que quisiera estar con Lucas, lo único que tenía que hacer

era demostrar que podía ser responsable.

El hospital estaba relativamente cerca del centro, tardaba cuarenta minutos andando. Los primeros días me costaba un poco más llegar, iba sin móvil y preguntando a la gente por donde tenía que ir, cuando aprendí el camino tardaba media hora escasa.

—¿Quién había con él cuando tú no estabas?

—Siempre había un educador. La mayoría de las veces era Rosa, y mi prima también iba cuando podía.

No se como lo hacía, ni quién le visitaba, pero siempre tenía en la mesita un montón de bollería y chucherías. Cuando llegaba yo, lo metía todo en una bolsa y me lo daba para que me lo llevase de merienda al colegio o lo compartiese con quien quisiera.

Y así estuvimos seis semanas, le dieron el alta y volvió al Pilar. Siempre en su cama sin poder hacer nada, yo como una persona egoísta lo prefería.

—¿Qué preferías, que estuviera en el centro? Es normal, te ahorrabas la caminata y él estaría mas a gusto en su cama.

—Egoísta porque mi prima arregló los papeles para llevárselo a su casa mientras no pudiera andar, porque era cierto que con ella estaba mejor en todos los sentidos.

—¿Por qué no querías que fuese con ella?

—Lo que yo no quería era tenerlo lejos y estar meses sin verlo, podía ir algunos fines de semana, pero no todos.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Estuvo seis meses, pero lo máximo que estuvimos sin vernos fue un mes como mucho.

—¿Qué hiciste esos 6 meses en el centro?

—En el centro lo mismo de siempre.

Luis me ayudó mucho anímicamente cuando Lucas se fue con mi prima, me dejaba su teléfono para llamarlo.

—¿Tú no tenías teléfono?

—Solo me lo dejaban los fines de semana.

—¿Solo los fines de semana? Yo no podría.

—Lo tuve que entregar un domingo que venía de mi pueblo y lo vieron, me preguntaron cuánto tiempo llevaba con él y les dije que lo acababa de llevar. Al final te acostumbrarías, yo no lo echaba en falta. Siempre estábamos ocupadas con algo, si no era estudiando era en algún taller, con voluntarios o en cualquier otra cosa.

—¿Los voluntarios que hacían?

—Depende del voluntario, había muchos. Unos venían a ayudar a los niños

con los deberes, otros solo venían en las excursiones... pero había uno en concreto, Manuel. Un joven que me llamó la atención el día que lo conocí por su altura, muy alto, de hecho, lo llamamos Manuel Alto. De niño estuvo en el colegio de las Mercedarias, o sea, en el que estábamos Esmeralda y yo, que permanece al Pilar, son las mismas monjas. El caso es que Manuel desde bien joven es voluntario en el Pilar y ayuda a las monjas en todo. Con el papeleo, con las organizaciones de eventos, se quedó con Lucas en el hospital alguna vez, ha acompañado a algún niño al médico... Manuel ha sido siempre muy querido por todos.

Un día me propusieron escribir mi experiencia en una entrevista de la congregación, donde contase la historia de mi vida y cómo había cambiado con mi paso por el centro. Tenía que hacerme una foto para ponerla en el artículo y como siempre fui tan vergonzosa, le pedí a Manuel que se la hiciese conmigo.

La abuela se había quedado dormida en el sillón, Daniela y yo recogimos la mesa y fregamos los vasos del café. Después nos fuimos a la habitación para recoger las cosas y cargarlas en el coche para que cuando llegase el abuelo no se nos hiciera muy tarde. Abrí un cajón de la mesita creyendo que aún tenía mis cosas ahí guardadas y me encontré una foto de cuando era pequeña. La cual me traía muchos recuerdos. Me quedé mirándola con una sonrisa de medio lado y las lágrimas en los ojos. Daniela me preguntaba que me pasaba, pero no era capaz de contestar, mi mente estaba en ese día, en el que apenas tenía dos años. ¡Qué gran día! Por la mañana temprano nos sacaron de la cama con mucho cuidado para no despertarnos, papá cogió a Lucas y mamá me cogió a mi, nos sentaron en los asientos del coche y cuando desperté ya llevábamos más de la mitad del viaje. Estaba nevando y se escuchaban villancicos en todos los anuncios de la radio. Mamá decía que ya mismo llegarían los Reyes así que, teníamos que portarnos muy bien. Lucas miraba la nieve caer y yo no hacía otra cosa que preguntar a donde íbamos. Papá miraba a mamá con esa tierna sonrisa con la que lo solía hacer siempre y me dijo que era una sorpresa, que quedaba poco y pronto lo descubriríamos. Me estaba empezando a impacientar cuando descubrí donde estábamos, íbamos a Zújar a ver a toda la familia por parte de papá. Me encantaba la casa de mis abuelos, el porche, lleno de plantas. Tenía dos puertas, una al fondo que daba a la cueva, la parte antigua de la casa y la otra puerta, justo al entrar por la verja, a la derecha que daba a la parte nueva, la casa.

Cuando nos quedábamos ahí, dormíamos en la cueva, aunque me gustaba mucho estar arriba en la casa con mis abuelos. Las escaleras eran muy estrechas e inclinadas, y yo las subía gateando. Justo al subir había dos puertas, una de frente que daba a los dormitorios y la otra estaba a la izquierda, donde estaba la cocina. La cocina que usaban también de salita. Mi abuela siempre estaba en su

sillón que me parecía gigante y mi abuelo sentado al lado de ella en su butaca con una mascarera conectada al oxígeno. Mi abuela acababa de venir de la peluquería, tenía el pelo muy pomposo y me encantaba tocárselo, a ella no le gustaba que la despeinara, así que siempre me regañaba. Yo me escondía detrás de su sillón y cuando empezaba a hablar con mis padres me levantaba y con mucho cuidado volvía a tocarle el pelo, mi madre se dio cuenta e hizo la foto.

En la foto sale mi padre sentado al lado de mi abuelo, mirando a mi abuela, mi abuelo riéndose mirando a mi madre, que es la que hizo la foto y mi abuela a la vez mirando hacia atrás buscándome para regañarme, con mis manos en su pelo.

# DANIELA

No se qué hacer para ayudar a Lucía, estoy segura que me está contando todas estas cosas porque necesita ayuda, son cosas muy íntimas como para contarlas así, tan a la ligera. En cuanto volvamos a Granada, voy a ir a ver a mi madre y se lo contaré, ella sabrá como ayudarnos.

Ya lo tenemos todo listo para irnos, la abuela nos está preparando la merienda para el camino y el abuelo ha ido a cambiarse de ropa.

Nos sentamos en las escaleras que hay en la puerta y empezamos a comernos el bocadillo que nos ha hecho la abuela de Lucía. Al poco rato el abuelo se unió y estuvimos casi una hora hablando, son una familia muy humilde y muy cercana, pero yo ya me quería ir, quería ver a mi madre y saber quién fue a verla.

A más de la mitad del camino las dos íbamos calladas. Estaba pensando como preguntarle si necesitaba ayuda, porque a mi me gusta escuchar sus historias, de hecho, me ayuda bastante y se lo pedí en realidad. Pero la mayoría de las personas con problemas, no lo cuentan o mienten, ella en cambio, me lo cuenta con mucha naturalidad, aunque hay muchas veces en las que hemos llorado juntas.

—Lucía, ¿qué te pasa?, estas muy callada.

—¡No!, perdona, que voy pensando en como se presenta la semana y me estoy organizando.

—Quiero ir a ver a mi madre ahora, tengo curiosidad por saber quién fue a verla y por qué no lo podía saber.

—¿Crees que te lo va a decir ahora?, si en su momento no quiso decírtelo, ¿por qué crees que te lo va a decir ahora?

—Porque soy su hija y entre nosotras no hay secretos.

No me ha gustado nada esa pregunta, que ella no tuviera confianza con su familia, no significa que nadie la tenga. Siempre nos lo hemos contado todo y no ha cambiado nada. En realidad, sí, que está enferma, pero por eso mismo ahora mas que nunca, no me va a ocultar nada.

—Estamos llegando, ¿donde te dejo, en el hospital o en tu casa?

—¿No vienes conmigo?

—Hoy no puedo, mañana a primera hora tengo una reunión en el trabajo. Mañana cuando salga nos vemos.

Le pedí que me dejase en casa para dejar la maleta y no tener que ir con ella

cargando. Dejo la maleta en mi habitación sin deshacerla, picoteo algo de la cocina, me pongo música en mis auriculares y salgo hacia el hospital. Antes, me desvíó un poco para comprarle a mamá una cajita de bombones y unos lirios morados que sé que son sus favoritos.

Llego a su habitación y allí está ella, en su cama tumbada viendo a la tele, toco a la puerta.

—¿Se puede?

—¡Daniela! ¿Cómo me preguntas eso? ¿Cómo estás?

Le enseño la caja de bombones y por pocas se levanta de la cama para venir a quitármelos, pero cuando le saqué las flores le cambió la cara, como si no le gustasen.

—¿Qué pasa mami, no te gustan?

—¡Claro que me gustan! ¿A qué se debe tanto regalo? ¿Qué has hecho? ¿Dónde está Lucía?

—¡Tranquila! Solo he pasado por la puerta de la floristería y he recordado aquella vez que alguien las dejó en la puerta de casa lo contenta que te pusiste.

—¿No fuiste tú?

Estuvimos riéndonos un rato con las flores y la anécdota de su admirador secreto.

—Mami tengo que hablar contigo.

—¡Ves! Si ya lo sabía yo, ¿qué has hecho?

—¿Qué sabías qué?

—Que las flores y los bombones eran por algo.

—¡Qué no he hecho nada!

—Bueno a ver cuéntame y ya te digo si has hecho o no.

—¿Sigues teniendo contacto con Natalia?

—¿Qué Natalia?

—Mi psicóloga de cuando era pequeña.

—Si, de vez en cuando hablamos, ¿estas bien?

—Yo sí, pero creo que Lucía no y quiero ayudarle.

—¿Por qué dices eso?

—Pues no sé, ha tenido una vida muy difícil. ¿Sabes que estuvo en un centro?

—Daniela, si quieres hablamos con Natalia, pero ese no debe ser problema nuestro.

—¿Cómo que no debe ser problema nuestro? ¿Tú sabes todo lo que ha hecho por nosotras?

—No lo digo en ese sentido, lo que quiero decir es que nosotras no entendemos de eso. Ella no te ha pedido ayuda, al revés nos ayuda ella a

nosotras, por eso creo que es buena idea que la llame Natalia. ¿Podrá permitírsele?

—Nosotras sí.

Mi madre no es mala persona, pero prefiere no meterse en la vida de nadie. Eso si, si alguien le pide ayuda, lo hace sin dudar.

—Apunta su número y se lo das a Lucía, si lo necesita que la llame.

—No, prefiero que la llamemos nosotras y le comentemos la situación a ver si puede fingir un encuentro fortuito.

—¿No crees que si se entera que has sido tú se puede cabrear?

—No tiene porqué enterarse.

Ya era tarde para llamar a Natalia, pero estuvimos planeando el encuentro y más tarde de cómo me había ido en el pueblo de Lucía.

Han venido los enfermeros con los medicamentos de mamá y me han dicho que tiene que descansar porque mañana la van a someter a una serie de pruebas para saber por qué no le remite el cáncer. Mamá me dice que me vaya a casa para descansar que ella está bien. Tal vez tenga razón, mañana tengo que estar preparada para lo que pueda pasar.

—Mamá me voy a casa a descansar, mañana a primera hora vengo. Que descanses, te quiero.

—Hasta mañana cielo, ten cuidado.

No me gusta dejar a mi madre sola, pero mañana no puedo estar cansada, ahora más que nunca tengo que estar fuerte, está muy diferente. Se ha quedado muy delgada, tiene la piel de otro color entre amarilla y marrón, me cuesta ver a mi madre como lo ha sido siempre.

Salgo del hospital y me vienen ideas muy negativas acerca de las pruebas de mi madre, no voy a poder dormir, tengo miedo. Voy a llamar a Lucía, tengo que hablar con alguien, necesito que alguien me acompañe.

—Hola Lucía, ¿Estas en casa?

—Si... ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—No, solo que quiero verte y hablar contigo.

—Ah vale, ¡me has asustado! —Dijo con risa nerviosa.

Hemos quedado en su casa, así que me pongo mis auriculares, mi música y empiezo a andar. En una media hora andando a paso rápido, llegaré. Apenas hay coches en la calle, pero veo uno a lo lejos que me hace una señal con las luces, me asusto y salgo a correr, el coche acelera, me meto en un callejón y empieza a sonar mi móvil, ¿Quién me llama en estos momentos?, miro y era Lucía. ¿Lucía?

—¡Lucía! Me están siguiendo con un coche, me he escondido en el callejón que hay al lado del bar al que solemos ir a desayunar.

—Tranquila Daniela que...

No puede ser están entrando en el callejón, veo la figura de su cuerpo, ¿Qué pasa? ¿Quién es?

—¡Daniela! ¿Qué te pasa?, ¿Por qué sales corriendo?, ¿De quién te escondes?

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

—¡Qué voy a querer Daniela, recogerte para que no andes tanto tú sola tan tarde!

—¿Lucía? ¿Qué haces aquí? ¡Hemos quedado en tu casa! Me has asustado, pensé que de aquí no salía.

—Pero si te he dicho que venía a por ti, ¿Para qué empiezas a venir tú sola andando?

—No me has dicho que venías a por mi.

—¿Estás bien?

—¡No, estoy a punto de que me dé un infarto!

—Si me escuchases cuando te hablo no te pasaría eso.

Una vez que me tranquilicé, nos montamos en el coche y le confesé que no la estaba escuchando, solo quería verla y contarle lo que me habían dicho los médicos.

—Bueno ya está, ya ha pasado el susto. Tanquilízate, respira hondo por la nariz y suelta el aire despacio por la boca.

Estuve todo el camino respirando como ella me dijo, con lágrimas en los ojos.

—¿Estás mejor?

—Si, perdona por el numerito que he montado.

—Tranquila, no pasa nada.

No se si decirle lo de Natalia o hacer lo planeado.

—Lucía, ¿tú has vuelto a ir al psicólogo después de salir del centro?

—¿A qué viene esa pregunta? ¿De eso querías hablar?

—No, a ver, no se como decírtelo...

—Te escucho, tómate tu tiempo. -Dijo Lucía muy seria.

—Es que, con esta situación, no sé, tú me ayudas mucho, pero me estoy planteando ir a un psicólogo. Hoy vi a mi madre muy diferente.

—¿Quieres que hable con la que fue mi psicóloga? Ir a un psicólogo es bueno, hablar con alguien que sabes que nunca te va a fallar, que puedes hablar de lo que sea y te va a ayudar, a mi me encanta hablar con psicólogos.

—¿Por qué no sigues hablando con ellos?

—Hay épocas del año en las que estoy muy estresada y llamo.

Eso significa que no necesita un psicólogo, menos mal que no he hablado con Natalia.

—¿Dé qué soléis hablar?

—Depende de lo que me pase, no siempre de lo mismo.

—Yo de pequeña iba a uno.

—Llámalo si te fue bien, seguro que te ayuda.

Tras un rato hablando de psicólogos, de cómo nos fue con ellos, empecé a quedarme dormida en su sillón.

—Mañana le hacen a mi madre unas pruebas y tengo miedo de los resultados.

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí, pero tú mañana tienes cosas que hacer.

—¿A qué hora es?

—Empiezan a las ocho de la mañana.

—Bueno pues venga, vamos a dormir.

Eso es otra de las cosas que me gustan de Lucía, que siempre está para lo que necesito.

No puedo dormir, son casi las tres de la mañana y no sé que más hacer. Lucía lleva dormida dos horas, ¿la despierto? No. ¿Toso? ¡No! Voy al baño a ver si así me entra sueño.

—Daniela, son las siete, ve levantándote mientras preparo el desayuno.

—¿Ya son las siete?, no puedo levantarme.

—¡Vamos!, esta noche te acuestas antes.

Hemos llegado diez minutos tarde y mi madre ya no estaba en la habitación. Pregunto por ella a unas enfermeras que estaban en el pasillo y no me saben decir donde está. La busco por todos lados y un médico que ya me conoce de verme por allí me dice que está en la cuarta planta. Subimos corriendo y la buscamos por todos lados, ¡quiero verla antes de que entre!

—Daniela, al fondo del pasillo hay gente.

—¿Mamá? ¡Mamá!, ¡es ella! Aún no ha entrado.

Fuimos lo más rápido que pudimos y allí estaba, tumbada en su camilla en el pasillo, esperando que la metieran en aquella sala. Los médicos se habían vestido diferente. Venían a por mi madre, le di un beso en la frente y se la llevaron.

Me senté en el mismo suelo del pasillo y empecé a llorar de impotencia.

—Verás como todo sale bien.

—La esperanza es lo último que se pierde, pero mi madre ya se ha rendido. ¿Has visto su cara?

—No digas eso, ella no se ha rendido y nosotras tampoco.

—A ella siempre le han puesto muy nerviosa todas las pruebas, los médicos, todo. Y ahora estaba muy pasota, le daba igual la prueba, estar sola en

el pasillo.

—Lleva mucho tiempo ingresada, está mas tranquila porque sabe que la van a curar, o por lo menos van a hacer todo lo posible para que salga bien.

—Tengo miedo, no quiero que se muera, la voy a echar mucho de menos.

—No tiene que morir, es cierto que tiene una enfermedad aún muy difícil de curar, pero hay muchos adelantos, muchas investigaciones.

—Sé que hay muchas campañas en contra del cáncer, pero hasta que no salga de ahí, hasta que no me digan que está limpia, sin riesgo, no voy a descansar.

Lleva ya cuatro horas ahí metida, ¡necesito saber algo!

—¿Sabes que al final publicaron mi historia en la revista?

En ese momento no sabía de qué me estaba hablando, llevábamos más de una hora sentadas sin hablar.

—¡Anda!, ¿qué sentiste?

—Me hizo mucha ilusión, repartí revistas entre todos mis amigos y aún conservo la mía.

—¡Yo quiero leerla!

—Esta tarde te la enseño.

—¿Qué te dijeron en el centro?

—Les hizo mucha ilusión.

—¿Fuiste casa por casa enseñándola?

—¡No!, esperé que celebrasen los cumpleaños y aproveché para decirlo.

—¿Cómo que celebrasen los cumpleaños?, ¿Celebrabais todos los cumpleaños juntos?

—Todos no, por ejemplo, todos los niños que cumplían los años en enero, lo celebraban el último día del mes. Y si un mes solo cumplía un niño, se esperaban unos meses hasta que hubiera unos cuantos.

Como en mayo cumplíamos los años muchos niños, incluyendo a Lucas y a Esmeralda, esperé a que nos cantasen la canción del cumpleaños feliz, para decírselo a todos.

—¿Dónde lo celebrabais?

—En un comedor muy grande, donde hacíamos las celebraciones todos juntos.

—¿Os regalaban cosas?

—Sí, nos daban algún detalle.

—Ese año Lucas cumplía los 18 años y se tenía que ir. No fui consciente de eso hasta que escuché a sus educadores decirle que tenía que buscar piso para irse.

—¿Por qué no se fue con tu prima Macarena?

—Estaba haciendo unas practicas en una empresa y tenía que terminar, podría tener la posibilidad de ser contratado.

—¿Se fue el mismo día de su cumpleaños?

—No, hicieron una excepción con él.

—¿Cuánto tiempo de más estuvo allí?

—Unas semanas, hasta que encontró piso.

—¡Mira ya sale mi madre!

Iba dormida, los médicos nos dijeron que la llevaban a la habitación e iba a estar dormida un rato. Nos fuimos a la habitación y seguimos hablando.

—¿Vivía solo?

—Era un piso compartido con dos chicas italianas que estaban de erasmus.

—¿Se llevaban bien?

—Muy bien, de hecho, él estaba más que bien. Las chicas le hacían la comida, limpiaban y lo hacían todo en la casa.

—¡Qué cara dura Lucas! Yo quiero encontrar unos compañeros de piso así.

—Él ayudaba, ellas no querían porque estaba todo el día trabajando y llegaba muy cansado a parte de que él apenas ensuciaba.

—Eso es verdad, si nunca estaba, ensuciaba menos.

Mamá se está despertando, me mira y me sonrío.

—Mamá, ¿cómo estas?

—Hola chicas, ¿cómo estáis? ¿Lleváis mucho rato aquí?

—Desde que te metieron en esa sala, ¿qué te han hecho?

—No lo sé, me durmieron. ¿Han tardado mucho?, tengo mucho sueño.

—Un poco, pero no te preocupes, duérmete un rato, nosotras nos vamos y te dejamos dormir.

—No me molestáis aquí, quedaros si queréis.

—No mama, nos vamos a comer y volvemos después, descansa.

Salimos del hospital hacia el bar de la esquina, pero estaba muy lleno y Lucía me propuso ir a uno que conocía cerca del hospital, pero no tanto como el de la esquina.

—¿Te costó mucho adaptarte a no estar con Lucas?

—Mucho, cambió mi forma de ser. Actuaba como una auténtica niña pequeña. Me enrabetaba por tonterías, hablaba a las chicas muy mal, no quería estudiar y dejé de hacerles caso a los educadores. Empecé a meterme en problemas.

—¿Qué culpa tenían los demás?

—Ninguna, pero se me hacía muy difícil estar sin mi hermano, era la única persona que me quedaba.

—Eso no es cierto, ¿y tus abuelos? ¿Y tu prima?

—Si ya, pero fue Lucas quien estuvo siempre conmigo.

—¿Qué hicieron en el centro?

—Estuve un tiempo yendo a ver a mi psicóloga y Lucas venía los fines de semana a verme y me dejaban dar un paseo con él. Íbamos a su casa y me compraba muchas cosas.

—¿Él no te decía que lo que estabas haciendo estaba mal?

—Claro que me lo decía, pero yo tenía 16 años recién cumplidos, me quedaban 2 años para poder salir, estaba muy agobiada.

Me están llamando por teléfono, un número muy largo, será alguien para intentar venderme algo.

—¿Te están llamando?

—Sí, pero son las tres de la tarde y es un número muy largo, será alguien para venderme algo, que vuelvan a llamar.

—¡Daniela cógelo! ¿Y si tienen los resultados de las pruebas? ¿Y si tu madre necesita que vayamos? Vaya, que puede ser el hospital.

—Cógelo tú, que como sea algún comercial me voy a poner muy nerviosa.

Mientras le di el teléfono a Lucía y lo cogió, la llamada había terminado.

—Devuelve la llamada.

—No da señal.

Me devolvió el teléfono, cuando empieza a sonar de nuevo, se lo voy a dar y me dice que dos veces no va a llamar un comercial, que contestase yo, y eso hice. Efectivamente eran del hospital.

—¡Qué! Voy para allá, deme un minuto.

Me levanté de la mesa sin decir nada y salí corriendo sin mirar a nadie ni decir nada.

—¡Daniela! ¿Qué pasa? ¡Espérame!

No me fijé en Lucía, tenía una sensación muy extraña, escuchaba mi nombre de lejos muy bajito, estaba como en una burbuja. El tiempo se había paralizado, los coches, las personas, todo iba muy lento. Tenía que llegar al hospital, pero me pesaba mucho mi cuerpo no podía andar, estaba mareada.

—¿Qué haces? ¿Qué pasa? ¡Vamos!

Lucía se puso delante de mi, me cogió los brazos y me traqueteó mientras me decía algo, me desbloqueé y salimos corriendo las dos a pesar de que Lucía no sabía nada.

—Lucía, mi madre...

—¿Qué pasa?

—¡Mi madre!

—¡Daniela dime que pasa!

Las dos por la calle gritando a la vez que llorábamos, sentía el corazón en la

boca, me temblaba todo el cuerpo. Subí corriendo a su habitación y no estaba. ¿Dónde estaba? Salí al pasillo y gritando llamaba a mi madre. Los médicos me cogieron corriendo para no molestar al resto de pacientes, aunque en ese momento lo último que me importaba era el resto de gente.

—¿Es usted la hija de Pilar?

—¡Sí! ¿Dónde está?

—He sido yo el que la he llamado, está en reanimación, la prueba de esta mañana ha sido muy fuerte para las defensas que tiene y le ha dado una parada cardiovascular.

—¿Qué le ha dado qué? ¿No han podido ver las defensas antes? ¿Porqué le habéis hecho eso si no podía?

—Ella ya está estable, la prueba se la hemos hecho porque necesitamos saber como curarla. Con respecto a las defensas no tendría porqué pasarle nada.

—¿Dónde está? Quiero verla.

—Ahora no puede ser, hasta que no pase un rato, lo siento mucho, pero está en observación intensiva.

—Si no puedo ver a mi madre, ¿Para que me llamas?

—Daniela, es obligación del médico avisar a la familia, te ha dicho que está bien, intenta relajarte.

He reaccionado muy mal con el medico que no tenía la culpa, estaba muy alterada, ahora me siento mal.

—¿Me he pasado mucho con el medico?

—Supongo que estará acostumbrado, pero sí, le has hablado muy mal.

—Gracias por haberte metido y haberme sacado de esa situación. Siento mucho mi comportamiento.

—Es comprensible, pero intenta no volver hacerlo, ellos no tienen la culpa.

—¿Y los educadores y chicos del centro sí?

A lo mejor no era el mejor momento ni la mejor situación para decirle eso, pero quería quitarle hierro al asunto y ella no se lo tomó muy mal.

—Los educadores y los chicos del centro tampoco tenían la culpa, pero lo mío fue una época mala que tienen la mayoría de los adolescentes y que yo sepa pasamos la adolescencia hace ya unos años.

—Era broma.

—Vamos a la habitación a esperar a tu madre.

Llegué a la habitación y no le podía quitar ojo a la cama de mi madre, me sentía culpable por no haber estado allí cuando le dio la parada.

—No te tortures, le ha dado, hubiéramos estado nosotras o no.

—Ya, pero imagínate que no se hubiera dado cuenta nadie, ¿Qué hubiera pasado?

—Para eso mismo está enchufada a una maquina.

Sé que tiene razón, pero estaba sola. ¿Se sentirá sola? ¿Creerá que no la quiero y por eso estoy poco por aquí? No me pienso separar de ella ni un solo momento.

—Lucía, vete cuando te tengas que ir, yo no lo pienso hacer. El tiempo que le quede a mi madre aquí, es el tiempo que me queda a mí.

—Explícame qué vas a hacer aquí sola mientras tu madre está en observación, mientras estén haciéndole pruebas. ¿No te vas a cambiar de ropa? ¿No te vas a duchar?, y de comer para que hablar. Como sigas así os van a ingresar a las dos, no vais a terminar nunca, ella se va a poner bien pero no se va a poder ir a casa porque va a tener que quedarse aquí cuidando de ti.

—La mayoría de los pacientes están siempre acompañados, mi madre no va a ser menos.

—Daniela no actúes como una niña pequeña, los acompañantes de los pacientes se van turnando.

—Pues como no me turne con mi sombra, no sé con quien lo voy a hacer.

—Es que mientras tu madre no esté en la habitación, no tiene por qué haber aquí alguien. Ya has visto que te llaman, vives muy cerca de aquí, no te desgastes de esta manera tan absurda.

—¿Me estas diciendo que querer cuidar de mi madre es una tontería?

—Haz lo que quieras, cuando necesites a alguien con fuerzas, me llamas, yo me voy a descansar para cuando sea necesario. Adiós.

Lucía se ha ido cabreada, pero me da igual yo me voy a quedar aquí todo el tiempo necesario. Si ella se quiere ir, que se vaya no tiene ninguna obligación de quedarse.

# LUCÍA

Han pasado un par de días desde que me fui del hospital. Ahora tengo unos días de descanso en el trabajo y no sé si debería llamar a Daniela para ver como va. Aunque me imagino que estará muy cansada si no se ha ido de allí. Voy a llevarle una muda y algo de comer.

Hace un día esplendido dan ganas de estar en la terracita de un bar tomando un refresco, cuando llegue se lo propongo.

Es entrar en el hospital y bajarme el ánimo. Me da un escalofrío, está todo muy oscuro, las caras muy serias, los enfermeros corriendo de un lado a otro... Estoy llegando a la habitación y me da como un pellizco en el estómago, serán los nervios de cómo me recibirán.

Toco a la puerta y entro muy poco a poco, están las dos dormidas cogidas de las manos. Pilar sigue adelgazando y tiene un color en la piel diferente, está amarilla, que raro. Están bien dentro de lo que cabe, me vuelvo a casa.

Se escucha un susurro “no te vayas”, me giro y veo a Pilar con los ojos entreabiertos.

—Tranquila, vuelvo en otro momento.

—Nunca me lo perdonaría, desde que te fuiste está diciéndome que quiere llamarte.

—¿Por qué no lo ha hecho?

—Me dijo que te fuiste muy cabreada y le da miedo llamarte, no sabe cómo reaccionarías.

—Ya veo lo bien que me conoce, en fin, ¿necesitáis algo?

—Sí, que te la lleves a que le de el aire un poco.

—Venía con la intención de proponerle tomar algo en una terraza que hace muy buen día, de hecho, le he traído una muda para que se cambie.

—Siéntate, voy a despertarla.

—Las flores necesitan que le cambies el agua, se están marchitando, voy a cambiársela mientras.

Fui al baño a cambiar el agua de las flores y sin mala intención escuché a Pilar decirle a Daniela que tenía que despertarse porque había venido visita y se tenía que poner guapa. Daniela le preguntó quién había ido y en ese momento asomé la cabeza por el marco de la puerta:

—¡Cu-cu! espero no decepcionarte —Le dije sonriendo.

De un salto se levantó del sillón y se lanzó hacia mí, me dio un abrazo de esos que duelen, como si llevásemos meses sin vernos.

—¿Por qué no has venido antes?

—Te dije que me iba a casa a coger fuerzas para cuando se me necesitasen, como no me has llamado, he dado por hecho que no me necesitabas.

—¿Qué dices? No inventes.

—No invento, te dije eso. Bueno, ¿te quieres venir a tomar algo? Te he traído ropa limpia.

—Me encantaría, pero no puedo.

Me quedé muy parada mirando a Pilar y ella a mí, yo no quería decir nada, ya se encargó su madre.

—¿Qué o quién te lo impide?

—Mi consciencia.

—¡No digas tonterías! Cámbiate y ve con Lucía a tomar algo a mi salud.

Yo seguía de pie junto al marco de la puerta del baño sin decir nada, viendo como discutían, hasta que me empecé a poner nerviosa.

—Daniela, no pasa nada, no quieres salir, no salgas. Voy a por unos cafés y nos los tomamos aquí.

—Si os estoy diciendo que os vayáis a tomar algo es porque Daniela necesita que le de el aire y yo también necesito mi espacio. El poder estar sola un rato, en estos momentos me encuentro bien como para quedarme sola un rato leyendo o viendo la tele.

—Ya lo sé Pilar, pero no voy a obligarla a hacer nada que no quiera.

—No es que no quiera, es que me da miedo dejarla sola.

—Te acaba de decir que está bien y quiere quedarse sola un rato.

—¿Y si es mentira y lo hace para que salga?

—No seas caprichosa, cámbiate y vámonos.

Mientras Daniela se estaba duchando me quedé hablando con Pilar sobre su estado de salud. Me dio bastante pena escuchar que si estuviera sola, ya se hubiera rendido y que solo luchaba por su hija, para que no le faltase nunca nada. Intenté convencerla que saldríamos de esto, que era una época mala y podría salir de esa enfermedad, ambas estábamos intentando convencernos de algo prácticamente imposible. Lo único que me pidió Pilar fue que ayudase a Daniela a salir adelante como yo lo hice, una vez que ella ya no estuviese. Con el corazón encogido le cogí de las manos y le miré fijamente a los ojos y sin dudarle dos veces le dije:

—Aún nos queda mucho tiempo, tenemos que conocernos mejor, salir, entrar, disfrutar de la vida, pero recuerda que yo siempre haré todo lo que esté en mis manos y más por vosotras y por quien me necesite.

—No nos queda mucho tiempo.

Me lo dijo llorando, en ese momento no quise preguntar por los resultados de las últimas pruebas, di por hecho que salieron mal.

—Me van a dar el alta mañana, ya no pueden hacer nada más por mí. Ahora me van a poner una cosa para los dolores, no recuerdo su nombre. Las primeras horas me va a dejar bastante mal, pero a partir de la tercera hora empezaré a mejorar poco a poco, por eso mismo necesito que no volváis hasta bien tarde o hasta mañana, Daniela no sabe nada.

Le sequé las lágrimas y la intenté apoyar anímicamente, no nos podíamos derrumbar todas. Saqué fuerzas de donde no las tenía, intenté sonreír, pero era muy difícil, dije que iba a por agua, me vinieron a la mente muchos recuerdos.

—¡Lucia! ¿Qué haces sentada en las escaleras?

—Me llamaron por teléfono y me senté aquí. ¿Nos vamos?

—Estas muy seria, ¿estás bien?

—¡Sí! Lucas que ha tenido un problemilla con el coche y me ha asustado.

—¿Le ha pasado algo?

—No, que se ha dado un susto.

Le dije la primera cosa que me vino a la mente, a ver como cambiaba de tema.

—¿Qué has hecho estos días?

—Nada ver médicos, enfermeros y más enfermeros, ¿y tú?

—¿Te acuerdas de lo que estaba haciendo para el trabajo?

—Sí, era como una especie de proposición o algo así, ¿no?

—Sí, lo presenté y ayer me dieron la respuesta, ¡me lo han aceptado!

—Enhorabuena, me alegro mucho.

—Gracias. Mira ese es el bar que te decía.

No puso muy buena cara al ver el bar.

—¿Te importa si vamos a otro?

—¿Qué le pasa a este?

—Trabaja una amiga mía.

¿Con esa respuesta quería decirme que se seguía avergonzando de ir conmigo por la calle? No sabía que responder, ni siquiera si responder o dejarla ahí e irme. Me quedé muy parada mirándola con la intención de escuchar la excusa.

—Perdona, ex amiga, nos peleamos por un chico los últimos días de instituto.

—Entonces te toca elegir sitio para ir.

—¿Tu casa?, ¿La mía?

—Algún sitio de la calle para que nos de un poco el aire, estamos siempre

en la casa o el hospital. ¿Vamos al parque? Hace muy buen tiempo.

—¿Qué vamos a hacer en el parque?

—Jugar con los columpios.

—¿Lucía, lo dices en serio?

—Lógicamente no. He dicho el parque por si te apetecía que nos sentásemos en un banco o nos tumbásemos en el césped.

—¡Oh, qué buena idea! Podríamos pasar por la tienda y comprar unos refrescos y algo para picar.

De camino a la tienda nos encontramos con unos antiguos compañeros de clase, amigos de Daniela. La pararon para saludarle mientras a mi apenas me miraron de reojo. La cogieron de la mano y la apartaron de mí. Empezaron a hablar bajito cuando de pronto, Daniela levantó las manos, las apartó y vino hacia mí.

—¿Qué tal?

—Que rabia me da cuando pasan los años y la gente no cambia, sigue igual de superficial.

—No te enfades.

—¿Cómo no me voy a enfadar?

—Se han metido conmigo, ¿me ves afectada?

—¿Cómo lo haces?

—Llega un momento en el que sabes quien y como eres y lo que opinen los demás no debería importarte, con los demás me refiero a gente lejana.

—Yo sé quien soy y me afecta cuando se meten conmigo, además ellos son mis amigos, por lo tanto, es gente cercana para mí.

—No te conocerás lo suficiente. Tú misma lo has dicho, gente cercana para ti, me da igual lo que opinen de mí.

Llegamos a la tienda y había una dependienta nueva, una chica muy simpática, tendría nuestra edad más o menos. Le pregunté por la antigua dependienta y me dijo que estaba de vacaciones.

De camino al parque Daniela parecía mas animada.

—Lucía, ¿qué hicieron para que cambiases de esta manera?

—Ayudarme. Ten en cuenta que estaba en plena adolescencia, vivía con muchas personas como yo, personas que no pensaban en un futuro, en qué pasaría cuando salieran de allí.

—En mi caso, si el día de mañana necesito algo, mi madre me ayudará, pero ¿Qué pasa con los niños que no tienen familia?

—Es muy difícil Daniela. Los educadores hacen todo lo que está en sus manos, nos ayudan con los estudios, nos intentan educar, hacer que pensemos en un futuro..., pero muchos de los niños creen que cuando salgan, van a tener la

vida resuelta. Una cuenta de banco sin fin, una casa gratis, un armario lleno de ropa, siempre nueva, el frigorífico siempre lleno de comida, y las cosas no son así. Una vez que sales de ahí, ya eres adulto, tienes que gestionar tu vida, tú eres el responsable de ti, de lo que haces, las decisiones que debes tomar... Aunque hay de todo, hay familias que por circunstancias han tenido que llevar a sus hijos al centro y con el tiempo su situación mejora y vuelven a hacerse cargo de ellos, y todo va bien. La verdad es que hay pocos casos así. Otro tipo de casos, la mayoría, son familias que no han cambiado, siguen en problemas como estar en el mundo de las drogas, delincuencia, y lo que hacen con sus hijos una vez que han salido del centro es meterlos en ese mundo, y vuelta a empezar. Y con los que salen y no tienen familia, desde el centro intentan ayudarlos, les buscan casa, trabajo... pero no pueden hacer mucho más.

—¿Se te hizo muy largo el paso por el centro desde que se fue Lucas?

—La verdad es que no, Lucas se fue en junio o julio, no lo recuerdo bien y a mi me cambiaron de centro en noviembre.

—¿Por qué, qué hiciste? ¿Te llevaron a una cárcel de niños?

—Un centro también de monjas, pero de otra congregación, Trinitarias. Era igual que El Pilar en el sentido de niños y niñas de todas las edades, pero cambió de forma de trabajar, en vez de ser un simple centro de protección de menores, pasó a ser un COILS.

—¿Qué diferencia había?

—Solo aceptaban mujeres de 16 años o más, la intención del COILS es insertar a las niñas al mundo laboral.

Teníamos cuatro educadores, Alba, que era monja. Su función era de educadora al igual que Vanesa. Luego estaba Olga, que era la psicóloga y Javier, el que se encargaba de buscarnos prácticas remuneradas o no y con suerte, trabajo.

—¿Pero el cambio fue de la noche a la mañana sin importar tu opinión?

—No, a todas las niñas de 16 años o más nos llevaron a la conserjería de igualdad y políticas sociales, es decir, el lugar donde tienen los expedientes de todos los niños tutelados por el estado y donde se piden los permisos para las salidas, donde va la gente que quiere adoptar etc. Fuimos todas las niñas de todos los centros de la zona, nos explicaron qué querían hacer y como cambiaría nuestra forma de vida. La verdad que, a mí, siempre me han dado mucho miedo los cambios, pero lo que nos plantearon estaba muy bien.

A los días de la charla nos preguntaron quien queríamos ir al nuevo centro. Yo dije que quería ir, pero que me daba miedo. Entonces me llevaron de visita a conocer el centro y a los educadores. Era totalmente diferente a lo que tenía en mente. Yo solo había estado viviendo en El Pilar y había estado de visita en otros

dos centros, que eran muy similares, pero Trinitarias era un piso, un edificio entero para esa congregación. En el portal había una mesa con una recepcionista y al lado un sillón con una mesa, un poco más adentro había una habitación con unos sillones y otra mesa, la habitación de las visitas. En la primera planta, vivían las monjas, en todas las plantas hicieron lo mismo. Unieron los dos pisos para que la casa fuese mas grande. En el segundo piso vivíamos las menores de edad. Me encantó el piso, las paredes eran de colores, cada habitación tenía un color, el salón tenía sillones individuales, era un piso bastante moderno con respecto a lo que había visto hasta entonces. Los educadores tenían su despacho y eran muy cercanos, daban ganas de no irse de allí, la única que me daba mas respeto era Olga.

—¿Te quedaste allí el mismo día de la visita?

—No, no quería ir, me daba miedo que solo fuese la apariencia. En cuanto llegué al centro fui corriendo a decírselo a Esmeralda.

—¿Por qué te cambiaron si no querías?

—No quería, pero me iba a venir muy bien.

—Y ahora que has salido, ¿qué opinión tienes con respecto a Trinitarias?

—Sin dudarlo lo mejor que me ha podido pasar nunca.

—¿Cuántas personas fuisteis?

—Solo fuimos dos y una que había ya allí.

—¿Te costó adaptarte?

—Para nada, la relación que tenía con los educadores era como si llevase con ellos toda la vida. Desde el primer momento Alba y yo conectamos como si fuésemos hermanas, en menos de una semana se convirtió en mi mejor amiga.

Desde siempre he tenido problemas de sueño y recuerdo como todas se iban a la cama y yo me quedaba en el despacho con Alba mirando como estudiaba.

—¿Cuántos años tenía Alba para seguir estudiando?

—Estaba terminando su segunda carrera.

—¿Te dejaba estar con ella mientras estudiaba?

—Sí, porque yo también me llevaba los libros y hacía como que estudiaba, pero siempre acababa hablándole, le decía que tenía algún problema y ella me ayudaba a superarlo y después le contaba todo lo que había hecho a lo largo del día.

Cómo bien sabes la muerte de mi padre fue un golpe muy duro para mí y por las noches sobre todo me acordaba de él y no podía parar de llorar. Me sentía culpable por no ir a verlo al cementerio y entre otras cosas porque me hace mucha falta, y el padre de Alba también se murió cuando ella era pequeña. Una noche estaba recogiendo la ropa y fui a la sala de la tele para tenderla mientras hablaba con Alba sobre mi estado de animo. Ella para hacerme sentir bien, se le

ocurrió coger una vela que tenía en su dormitorio con el logo de Trinitarias, la encendió y la puso encima de la mesa. Nosotras nos sentamos en el sillón y me dijo que íbamos a hablar un rato sobre lo que más nos gustaba de nuestros padres y qué echábamos de menos de ellos. Empezamos a contar anécdotas que nos habían pasado a lo largo de nuestras vidas, ella hablaba de su padre y se le quebraba la voz, cuando me tocó hablar a mí, la llama de la vela creció, casualidad pensé. Volvió a hablar Alba y la llama de la vela volvió a bajar. En el momento que empecé a hablar yo de nuevo, la llama otra vez creció. Las dos nos quedamos mirándonos sin creer lo que estaba pasando, hicimos varias rondas y siempre nos pasaba lo mismo. Mi padre estaba ahí, no podía apagar esa vela y mucho menos deshacerme de ella, le pedí a Alba que por favor me la regalase y sin dudarlo lo hizo. Me la llevé a mi cuarto y desde entonces siempre le he dado los buenos días y las buenas noches. Cada vez que me estoy mal por algo la cojo y hablo con él.

—¿La has vuelto a encender?

—No. Desde entonces la tengo en la mesita de mi dormitorio y cuando sé que voy a tener un día difícil la llevo encima, en exámenes importantes o en resultados de pruebas médicas.

Está empezando a hacerse tarde y me está dando frío de estar aquí sentadas sin hacer nada, nos levantamos y vamos hacia mi casa.

—Pasaron varios meses y cada vez tenía más confianza con los educadores, sentía que ellos eran mi familia. Los fines de semana me iba con mi prima, todo iba bien, demasiado bien para ser yo. Empezaron a venir niñas nuevas, entre ellas Esmeralda y Marina, yo era la mayor de la casa.

—¿Esmeralda? ¡Qué bien por fin vivías con ella!

—Sí, en El Pilar éramos buenas amigas, allí ya te puedes hacer una idea. Nos íbamos al instituto juntas, volvíamos juntas, como en el otro centro. La diferencia estaba en que comíamos las dos solas, ya que las otras comían en sus colegios. El rato que teníamos de descanso antes de empezar a estudiar lo pasábamos juntas, en el estudio nos sentábamos al lado... todo juntas.

—¿En el recreo del colegio también?

—Rectifico, en todos lados, a todas horas, excepto en el colegio.

—¿Por qué no?

—Era el único momento que tenía para estar con Luis, Luna, Miriam y Almudena, mis amigos. Era el último año que me quedaba con ellos, todos sabían a que instituto iban a ir, lo que iban a estudiar, un futuro resuelto.

—¿No sabías lo que querías estudiar?

—Sabía lo que me gustaría estudiar, pero no sabía qué iba a poder estudiar. Al haber repetido en la ESO, Bachiller lo iba a acabar con 19 años. A los 18 salía

del centro, no sabía que iba a pasar conmigo. Trinitarias tenía la tercera planta para las mayores de edad que no tenían recursos y querían seguir estudiando. Según me había informado podría estar un año, para acabar Bachiller no había problema, mi preocupación empezaba ahí. ¿Qué hacía en la calle con 18-19 años sin estudios, sin dinero y sin trabajo? Sin trabajo, porque ¿de qué iba a trabajar sin estudios? No me quería ir a mi pueblo con mi prima Macarena porque allí no hay trabajo y no quería ser una mantenida de por vida. Sé que, si les hubiera pedido ayuda a ellos, lo hubieran hecho, pero me daba cargo de consciencia pensar en que tenían dos niños pequeños, mi primo Jaime y una casa que mantener. Lucas que también estaba allí, aunque él trabajaba en el campo.

—¿No te planteaste irte con tu prima y trabajar también en el campo?

—¡Claro que me lo planteé! En ese momento Alba me ayudó mucho, me abrió los ojos con una sola pregunta. ¿Te ves trabajando en el campo de por vida? ¿Qué vas a hacer cuando la época del campo acabe? Tenía toda la razón del mundo, pero, ¿qué podía hacer entonces?

—¿Qué hiciste al final?

—Se me acababa el tiempo, las plazas en los institutos iban a acabar, el curso estaba acabando, mi último curso acababa en pocos meses.

Me rendí, quería seguir estudiando y no me quería separar de Luis. Así que, pensé quedarme con él el tiempo que me quedase en el centro y luego como último recurso irme con mis abuelos.

—¿Alba y los demás educadores te apoyaron?

—Javier me propuso hacer un módulo que duraba lo mismo que el Bachiller y al acabar el curso tenía practicas no remuneradas de lo que hubiera estudiado y con un poco de suerte me podrían contratar al acabar las prácticas.

—Pero si tu y yo nos conocimos bachiller, no hiciste el módulo.

—Efectivamente, eché los papeles para hacer bachiller y me aceptaron.

Pilar llamó a Daniela, esperé para saber si había pasado algo malo. Como vi que le estaba contando lo que había hecho por la tarde aproveché para ir haciendo la cena. Pensé en hacer una ensalada, estaba cogiendo las cosas de la nevera cuando Daniela me preguntó si me podía ayudar en algo, así que hicimos la ensalada juntas y nos volvimos al salón.

—Normalmente da alegría cumplir años ¿verdad?

—A mi por lo menos sí.

—Días antes de cumplir 17 años, estaba muy preocupada, no quería que llegase ese día, pero en cambio estaba ilusionada. Llevaba unas semanas sin poder ir al pueblo por los exámenes finales y tenía ganas de ver a Lucas, me prometió que vendría a verme.

Javier y yo celebramos los cumpleaños juntos, ya que, es casi el mismo día.

Estábamos todas las chicas en la mesa y me sentía traicionada, Lucas no estaba.

—¿No fue a tu cumpleaños?

—Estaba escondido, él sacó mi tarta.

—¡Qué bonito! ¿Qué te regaló?

—Haber venido del pueblo a verme un rato fue el mayor regalo que pudo hacerme. Después de la celebración me llevó a comprarme el vestido para la graduación, me gustaron dos, no sabía cual quedarme así que me regaló los dos.

—¿Apenas quedaba un mes para la graduación y no tenías el vestido? Yo me lo compré tres meses antes.

—Volvemos a la misma historia.

—Perdón.

—Estoy segura que tú fuiste a la peluquería y te pintarían allí o en un centro de estética. A mí me iba a peinar mi prima Macarena y me iba a pintar ella porque se le da muy bien, pero se le hizo tarde y tuvo que ir directamente al colegio. Cuando apenas me quedaba media hora para salir hacia el colegio, tuve que peinarme y pintarme yo sola.

—¿Por qué no empezaste a arreglarte con más tiempo?

—Porque creía que mi prima iba a llegar.

Me sentía incomoda, iban todas que parecía un desfile de modelos, vestidos de gala, recogidos preciosos, estaban irreconocibles. Yo que siempre me he sentido inferior a los demás en todos los sentidos y sobre todo en ese colegio, ese día me sentía fuera de lugar como si no fuese mi clase, nadie de mi clase me miraba y los que lo hacían, era por encima del hombro. En cambio, Luis fue el único que me cogió de la mano, me echó una sonrisa y me dijo que iba preciosa. Era mentira, lo sabe él y lo se yo. Ese día él llevaba un traje súper bonito, me daba vergüenza ir a su lado, sentía que lo ridiculizaba, pero él no se separaba de mi lado.

Después de graduarnos fuimos a la cena, menos mal que pude sentarme con mis amigos. Ese día fue la primera vez que fui a una discoteca, en el momento que terminamos de cenar, empecé a sentirme integrada entre mis amigas, es cierto que ellas iban demasiado arregladas en comparación conmigo.

—Yo creo que todos se arreglaron tanto por el uniforme, era el único momento que tenían de enseñar su forma de vestir o su nivel económico. Porque en mi colegio no llevábamos uniforme y en la graduación, la mayoría íbamos arreglados, pero las personas que tenían una economía más baja, se arreglaron menos. No nos sorprendimos ya que conocíamos sus situaciones, no te puedo negar que no nos fijamos y comentamos su vestuario, pero sabíamos que iban a ir así.

—Lo importante es que me lo pasé muy bien después de todo. Luna y yo

nos quedamos a dormir en la casa de Miriam, me encantó su casa y su familia, eran muy cercanos, tenían mucha confianza entre ellos.

—¿Podías quedarte a dormir fuera del centro?

—No, pero los padres de Miriam pidieron un permiso especial, tuvieron que entregar muchos papeles, al ser de buena familia, no hubo ningún problema. No pude evitar empezar a reír hasta el punto de quedarme sin respiración.

—¿Qué te pasa?

—Me ha venido a la mente un recuerdo cuando he dicho lo de la confianza.

—¿Qué recuerdo? —Dijo Daniela riéndose

—En verano, los educadores trabajaban menos horas, pero como Alba vivía allí...

—¿De eso te has reído así? Pobrecilla ella también tendría familia a la que le gustaría visitar.

—Días antes de irme a mi pueblo con mi prima Macarena, estábamos Alba y yo solas en la casa, pobrecilla, lo que ha tenido que pasar esa mujer conmigo. Un día salí de la ducha en albornoz, iba desde el baño hacia mi cuarto y al pasar por el despacho, estaba la puerta abierta con Alba dentro. Vio como iba y me regañó, no podíamos pasearnos por la casa en toalla. Me quedé mirándola con mirada seductora y empezamos a reírnos. Ella lo intentaba evitar, pero no podía y mucho menos cuando me puse delante de ella fijando mi mirada en la suya. Esperé unos segundos y abrí el albornoz, quedando todo mi cuerpo al descubierto. En ese momento Alba no sabía que hacer, quería reír, pero no debía, ¿tenía que castigarme?, pero no lo hizo. Es cierto el dicho que dice que la confianza da asco, desde luego que sí, jamás imaginé que podría coger tanta confianza con alguien y mucho menos con una monja.

—¿No te dio vergüenza? Eso no lo hago yo ni con mi madre.

—La verdad es que yo siempre fui muy pudorosa, creo que era la forma que tenía de demostrar que era importante para mí. No lo sé, la verdad que ahora lo pienso fríamente y desde luego que no lo volvería a hacer.

Estuve mucho tiempo con ellos y vivimos muchas experiencias que te contaré en otro momento.

—La adolescencia es una edad muy bonita, pero muy loca a la vez.

—La verdad es que sí, pero yo conozco pocos adolescentes que trabajen como yo lo hice ese año.

—¿De castigo te pusieron a trabajar?

—¡No! Mi prima ese verano se encargó de llevar la piscina del pueblo, el polideportivo al completo con su marido y otro matrimonio, el mejor amigo de mi primo, Rafa y Lorena.

El polideportivo tiene un bar y al lado una casa donde vivíamos todos. Del

bar se encargaba Lorena, de mantener todo en orden, de hacer las compras y todo lo demás. Macarena, Rafa y Fernando se encargaron de la barra que había hecho mi tío Lorenzo unos meses antes, en el césped de la piscina, al otro de lado del recinto de donde estaba yo.

—¿Qué hacías tú?

—Yo me encargué todo el verano de el quiosco de la piscina, mi trabajo era vender las entradas de la piscina, chucherías, helados y refrescos.

Mi prima me regaló una camiseta blanca con mi nombre en la espalda. Ese verano fue muy importante para mí, tenía muy buena relación con las socorristas, una era una prima y la otra una chica del pueblo que estaba estudiando para ser médico.

Al principio me daba vergüenza hablar con la gente, solo le daba la entrada y lo que me pidiese del quiosco, evitaba sacar tema de conversación.

Claudia venía todos los días, era con la única que hablaba al principio a parte de con las socorristas.

Pasaban los días y siempre venía mucha gente, casi siempre las mismas personas, cuando fallaba alguien algún día, y volvían al día siguiente les preguntaba si les había pasado algo y para hacer la gracia, les decía que les había puesto falta. Nos conocíamos todos en el pueblo y a las pocas semanas ya no me daba vergüenza hablar con casi nadie.

Las socorristas hicieron varios cursos de natación y una mañana se me ocurrió hacer un curso de aquagym, lo propuse y salió muy bien, se apuntaron personas de todas las edades.

Por las noches, cuando cerrábamos la piscina, me iba a la cocina del bar del césped con mi prima y con Lorena, ya que el otro bar lo tuvieron que cerrar.

—¿Por la noche seguías trabajando?

—Solo lo hacía por llamar la atención de un chico que me gustaba. Para mí era un chico imposible, tiene 10 años más que yo.

—¡10 años! Pero si ese chico ni te miraría, eras un bebé para él.

—Ramírez, efectivamente no me hacía nada de caso. Una noche estaban jugando en el filo de la piscina y casualmente yo estaba pasando por allí, me cogió en brazos como rehén, si se acercaban a él se tiraba al agua conmigo. En ese momento tenía el estómago lleno de mariposas, para mí se paró el tiempo, cuando me quise dar cuenta, estábamos los dos dentro de la piscina.

—¿Qué le dijiste?

—Hice como que me enfadé. Le dije que fuera la última vez que me cogiese y mucho menos que me tirase con ropa al agua. Todo lo que se me ocurrió en ese momento a voces.

Al día siguiente volvió a ir en horario de piscina. Como le tenía que vender

yo la entrada me preguntó si seguía cabreada. Me puse roja y mi voz no salía del cuerpo. Tenía la cabeza agachada, cogiendo la entrada y me cogió de la barbilla para que lo mirase a la cara, pero no le dije nada, le giré la cara. Ya que estaba entrando me dijo que si seguía enfadada con él no iba a volver, entonces le dije con voz temblorosa que la venganza sería peor. Nos miramos y nos reímos.

Me propuso una cita después de trabajar, me pasé el día mirando el reloj. Se lo conté a Claudia y me preguntó cómo lo iba a hacer, mi prima no podía saber que iba a quedar con un chico que me sacaba 10 años. Jamás lo entendería, así que le dije que había quedado con ella. Macarena me creyó ya que nunca le había mentado, aunque le extrañó que me arreglase para ir a la casa de mi amiga.

—¿Qué hicisteis?

—Fuimos al pantano, nos sentamos en la orilla y estuvimos hablando hasta casi las 4 de la madrugada. Me sentía muy cómoda con él, en ningún momento intentó hacer nada, parecía mi amigo de toda la vida.

—¿Sólo hablasteis?

—Efectivamente, me estuvo contando que acababa de salir de una relación de 6 años y yo le dije que estaba estudiando en Granada. Evité contarle que estaba en un centro. Cuando me dejó en la casa, me dijo que quería volver a verme, entonces le dije que ya sabía donde trabajaba.

—¿No querías quedar más con él?

—No quería que se me notase.

A la mañana siguiente, después de no haber dormido casi nada, Macarena se enfadó conmigo por haber llegado tan tarde y me dijo que tenía que limpiar el quiosco y después el césped como castigo.

A los días de haber estado castigada volví a quedar con Ramírez y volvimos a ir al pantano. Estuvimos hablando de la diferencia de edad. Le dije que nunca imaginé que podría llevarme tan bien con un hombre que me llevase tantos años. Se acercó a mí y mirándome a los ojos, con una voz muy bajita me preguntó si lo decía en el sentido de amistad o de algo más. Lo miré y no dije nada, sonreí. Nos quedamos mirándonos apenas unos segundos cuando me besó.

—¿Te besó? ¿Qué sentiste?

—Ramírez y yo estuvimos viéndonos sin que lo supiera nadie, excepto Claudia, varias semanas. Hasta que un día, mi prima cogió mi móvil y vio los mensajes con él.

—¿Tu prima te cogía el móvil? ¿Porqué no los borraste?

—Ella nunca me cogía el móvil, pero como hasta entonces no tenía nada que esconder, si lo necesitaba lo cogía. Esa vez tenía que llamar a Lucas y su móvil se lo había dejado en el coche.

—Si lo cogió para llamar a Lucas, ¿cómo acabó mirando los mensajes?

—Hablábamos a todas horas y siempre borraba los mensajes, pero empezó a llegar gente y solté el móvil, no me dio tiempo a avisarlo. Se quedó mandándome mensajes y no pude borrarlos cuando vino mi prima, tampoco imaginé que lo cogería.

—Si te castigó por haber llegado tarde, ¿qué te dijo cuando vio los mensajes?

—Por suerte, en los mensajes solo ponía que iba a venir por la noche a la piscina a tomar algo. Pero ella ya sacó sus conclusiones y no quería que estuviera allí cuando él llegase. Fernando y ella se cabrearon mucho conmigo.

—Estaban haciendo el papel de padres para ti, es normal que se cabreasen contigo. Creo que más bien se preocuparían, pensarían que él con tantos años de diferencia podría hacer contigo lo que quisiera, desde prometerte la luna hasta obligarte a hacer cosas que tal vez tu no quisieras.

—A día de hoy lo entiendo, por el entonces no. Mis primos estuvieron varios días cabreados conmigo, toda la familia en realidad.

—Que verano mas incómodo, ¿qué hiciste con Ramírez?

—Seguíamos viéndonos, pero mucho menos, entre otras cosas porque no tenía tiempo.

Una mañana estaba en el quiosco hablando con la socorrista y vinieron 3 personas que trabajaban en el ayuntamiento y me preguntaron si podía llamar a mi prima porque tenían que hablar con ella.

—¿Del ayuntamiento? ¿No te multarían por trabajar sin contrato?

—Yo si tenía contrato y los del ayuntamiento no multan.

Fueron a hablar con ella mientras la socorrista y yo nos quedamos pensando que venían a llamarle la atención por algo. Como la piscina es del ayuntamiento creía que le faltaba algún papel o algo.

En menos de 10 minutos venían los cuatro hacia el quiosco muy sonrientes y yo no sabía que hacer, si sonreír también o preocuparme. Los miré con atención y mi prima me pidió que saliera del quiosco porque tenían que hablar conmigo.

—Pero si querían hablar con tu prima, ¿qué tenías que ver tú ahí?

—En realidad mucho. Me habían elegido para ser la reina de la feria. ¡No me lo podía creer! Habían pensado en mí, de entre tantas, me hizo mucha ilusión. ¡Acepté sin dudarlo! Me estaban contando en qué consistía ser la reina de la feria y yo tenía el móvil en la mano para llamar a Claudia. Como sabía que mi prima Macarena se enteraría de todo, me fui corriendo a llamar a Claudia, Alba y Luis los primeros, después al resto de mis amigos.

Por la tarde, vinieron Claudia y su madre muy contentas, porque a ella ¡la habían elegido de segunda dama! Mar nos contó como Claudia se empezó a reír

cuando fueron a su casa, ya sabía a lo que iban.

—¿Eso de reina y damas es un desfile que se hace en las ferias y eligen a la más guapa, ¿verdad?

—En mi pueblo eligen a una reina y dos damas, se seleccionan a todas las niñas de la misma quinta y eligen a las que consideran más guapas. En otros pueblos hay muchas damas y muchas reinas, pero mi pueblo es muy pequeño.

—En mi pueblo quien quería salir, se tenía que presentar y un juzgado elegía.

—En cada pueblo se hace de una manera diferente, al igual que podíamos elegir si vestirnos de gala o comprarnos un vestido de gitana.

Bajo mi punto de vista veía mejor comprar un vestido de gitana ya que era para una feria y podríamos aprovechar el vestido para más ferias y de otros pueblos. La primera dama prefería el vestido de gala, pero como decíamos Claudia y yo, ese vestido se iba a poder aprovechar menos, así que por mayoría, vestido de gitana.

El ayuntamiento nos ayudaba económicamente para comprar los vestidos, no recuerdo si nos daban a cada una 100€ o 200€ y a partir de ahí lo que cada una estuviésemos dispuestas a pagar.

Una mañana quedamos todas para ir juntas a ver vestidos. Nos pasamos la mañana entera visitando tiendas y probándonos vestidos, pero no nos gustaba ninguno. Se nos hacía tarde y nos teníamos que ir así que volvimos a quedar al día siguiente para ver las dos únicas tiendas que quedaban en Baza con vestidos de ese estilo.

Fuimos a la primera tienda y los precios eran altísimos para los vestidos que tenían. Es cierto que, había alguno que otro bonito, pero la calidad no se merecía esos precios así que, ya subestimadas fuimos a la única tienda que quedaba. La tienda era pequeña y muy antigua, la dependienta era una mujer de mediana edad muy simpática y muy cercana. Estuvimos probándonos muchos vestidos, a mí no me gustaba ninguno, ya estaba cansada de tanto vestido. Me planteé no salir de reina, pero me sacó un vestido de color blanco roto, con la espalda casi al descubierto de media manga, con un adorno precioso en el pecho. La parte de abajo del vestido era inigualable, eso si, el precio se subió bastante con respecto al resto de vestidos, pero Macarena cuando me vio con él no lo dudó, ese era mi vestido. Me sentí como una mujer cuando va a casarse y encuentra su vestido.

Las damas vieron otro vestido muy parecido al mío, la primera dama se lo compró en azul claro y Claudia en rojo, los vestidos de las damas eran iguales.

La modista le planteó a mi prima hacerle unos retoques al vestido, aunque fuese un poco más caro. Yo le dije que no por modestia, pero los cambios que estaba planteando iban a hacer un vestido muy elegante. Ella sin dudarlo dijo

que si, estábamos muy ilusionadas con el evento.

Es cierto que las damas estaban un poco disgustadas conmigo desde el principio. No sé si por la tensión de no haber encontrado vestido a la primera o por la tensión acumulada días antes, aunque también pensé que a ellas les hubiera gustado tener mi posición, en realidad yo llevaba mucho tiempo fuera de Zújar.

—Si yo me pongo en su situación, la verdad es que si yo estoy siempre en el pueblo y llega otra persona que vive fuera, independientemente si es o no del pueblo, yo considero que tengo mayor preferencia que la otra persona.

—¿Quieres saber que fue lo primero que pensé cuando me eligieron?

Pensé que lo habían hecho por pena.

—¿Pena de qué?

—Pena por lo que pasó con mi padre, por estar en el centro, por la muerte de mi tía, por el abandono de mi madre, pena por la mierda de vida que había tenido hasta entonces.

—Yo no lo veo así.

—No sé la razón de la elección, pero si sé lo bien que me lo pasó. Fueron tres días muy intensos, de muchas emociones.

El primer día de feria, estaba todo el pueblo viendo la coronación. Me sentí única, vivir esa experiencia al lado de mi mejor amiga fue el mejor regalo que pudieron hacerme.

Mi vecina, la madre de mi primer novio es esteticista y se ofreció a pintarme. Nunca antes me habían pintando tan bien, me sentía especial. Estudió la forma de mi cara y me iba comentando que me quedaría mejor, desde luego una profesional. Estuve toda la tarde con muchos nervios, conforme se iba acercando la hora me ponía peor, Macarena estaba igual o peor que yo, me dieron ganas de llorar.

La coronación era a las 12 de la noche, pero nosotras teníamos que estar allí mínimo media hora antes, apenas faltaba un cuarto de hora y no habíamos salido de la casa. Claudia no paraba de llamarme y más nerviosa me ponía.

Llegué al parque, donde estaba la caseta del ayuntamiento. El escenario era muy grande, estaba todo el pueblo allí, toda mi familia, amigos, conocidos de la piscina, no podía subir ahí arriba. Claudia me vio aparecer por allí y me cogió de la mano para llevarme al escenario, estaba a punto de empezar.

—¿Ramírez no fue?

—En ese momento no estaba pensando en él, de hecho, no me acordé de él días antes del evento.

—No me extraña, pero supongo que iría.

—Cuando estábamos ya en las escaleras del escenario preparadas para

subir, Claudia me apretó de la mano y se quedó mirando al frente sin decir nada. Supuse que se había quedado plasmada de la emoción, no le hice caso así que me apretó más fuerte y miré hacia donde ella miraba. Efectivamente Ramírez estaba allí.

—¿Qué sentiste al verlo?

—Más nervios de los que tenía hasta entonces.

—Y, ¿cómo fue la coronación?

—Nos nombraron en orden, nos pusieron una corona y una banda a cada una, la mía era roja y la de las damas era verde. Mi corona era mucho más grande que la de ellas, y para terminar nos regalaron un ramo de flores a cada una. El alcalde dijo unas palabras, nos hicieron fotos y ya que nos íbamos a bajar todo el pueblo nos aplaudió.

Macarena, Lucas, Fernando y los niños estaban debajo del escenario esperándome. Macarena y Fernando como unos auténticos padres orgullosos de su hija.

La mayoría de la gente del pueblo y conocidos me dieron la enhorabuena y mucha familia y amigos me pidieron hacerme fotos con ellos. Esa noche me sentí muy especial, por fin dejaron de mirarme por encima del hombro.

Me acordé que tenía todas las fotos de esa feria guardadas y fui a por ellas para que Daniela viera el vestido y ponerles cara a las damas.

—Lucía, me encanta el vestido, pero tu cara sigue siendo igual.

—Solo han pasado 4 años desde entonces.

—Tuvo que ser una feria inolvidable.

—Totalmente. Esa noche después de ese momento de fotos y felicitaciones dejaron de hacerme caso. Las damas fueron a cambiarse, pero yo no, quería disfrutar del vestido y en la pandilla de amigas empezaron a criticar.

—¿Criticar qué? ¿qué te habías gastado mucho dinero en un vestido precioso y querías disfrutarlo en tu noche?

—Aparentemente si, pero me dio igual.

—Eso es por la envidia.

—Por lo que fuese, pero me tocaba pasármelo bien, disfrutar de la noche, de la gente.

El segundo día fue más tranquilo, Macarena me dijo que me pusiera la banda para que todo el mundo se enterase quien era la reina de esa feria, así que me paseé por todos lados con mi cinta.

Y ya el tercer y último día de feria nos tuvimos que volver a vestir para el desfile.

En mi pueblo, el último día de feria, se hace un desfile de carrozas que hacen los niños y adultos del pueblo durante el verano y al final de la noche.

Para cerrar la feria se eligen tres ganadores y se da un premio. Al primer puesto se le da 300€, al segundo 200€ y al tercero 100€.

Nosotras tres íbamos con las tres damas infantiles en una carroza de caballos. Una dama infantil y yo íbamos al lado del conductor y el resto iban en el remolque echando caramelos.

Por la noche me dijeron que tenía que ser yo la que diese los premios.

—¿Elegiste el ganador?

—No, ellos decían los ganadores, y yo daba el sobre que anteriormente habían preparado ellos.

Que corta se me hizo la feria. Al día siguiente de acabar, subí al cementerio a visitar a mi padre y regalarle mi ramo de flores para que él también pudiera sentir lo que yo sentí.

Cuando quise darme cuenta ya estaba otra vez dentro del kiosco vendiendo entradas, desde luego muchas menos, el verano ya estaba acabando.

Me quedaba muy poco tiempo en el pueblo antes de volver a Granada y quería aprovechar al máximo allí. Cuando volviese cambiarían mucho las cosas. Para empezar, iría a otro instituto, sin uniforme, con otros compañeros, no podría salir a la calle cuando quisiera, no estaría con mi familia y sobre todo, en ese momento lo que más me importaba, no podría quedar a escondidas con Ramírez.

Quedé con él una tarde para despedirme. Esa aventura de verano tenía que acabar, tan solo me quedaba una semana de vacaciones y no quería que eso acabase, yo lo quería.

—Creo que fue buena elección, no te iba a traer nada bueno, una persona así ya va pensando en otras cosas.

—Volví a Trinitarias y puse a Alba al día. Me dijo lo mismo que me acabas de decir tú, pero no dejé de hablar con él en ningún momento. Alba y el resto de educadores me dieron su opinión personal con respecto a Ramírez, a ninguno le gustaría que volviese a quedar con él.

Esmeralda estaba muy interesada en esa historia, lo quería conocer en persona, se lo comenté a él para saber que opinaba de Esmeralda y me dijo que me bajase a la puerta con ella.

—¿Cómo que te bajases a la puerta? ¿Te iba a llamar cuando estuvieseis en la puerta? Vaya tontería.

—Eso pensaba yo, nos bajamos a la puerta y ahí estaba él.

—¿Fue al centro a verte, sin decirte nada?

—Y no solo al centro, estuvo en la puerta un rato con Esmeralda hablando mientras yo convencía a Alba para que me dejase dar un paseo con él por Granada.

Alba me dejó salir a dar un paseo y despejarme del estrés postvacacional,

pero no quería saber con quien iba.

—¿No le dijiste que ibas con él?

—Sí, pero no lo quería saber.

Se despidió de Esmeralda y me preguntó donde quería ir, pero como no conocía casi nada de Granada le dejé elegir a él. Le dije que por la zona del centro porque tenía que volver pronto.

Nos montamos en el coche, me preguntó si confiaba en él, le dije que si y empezó a conducir sin decir nada. Salió de Granada, se metió en una autovía y estuvimos hablando de mi vuelta al centro. Pasó más de media hora y le dije que podríamos habernos sentado en un banco cerca de allí y haberse ahorrado la gasolina. Se rio y cogió una salida de la autovía, no me fijé en cual, aunque tampoco me hubiera ayudado mucho. Me pidió que cerrase los ojos porque ya estábamos llegando. Aparcó el coche me pidió que no saliera hasta que él me avisase, salió y abrió mi puerta. Me ayudó a salir porque seguía con los ojos cerrados. Anduvimos unos metros y cuando me dejó abrir los ojos, ¡estábamos en la playa! Una playa de arena sin gente, solos él y yo. Nos quitamos los zapatos y estuvimos un rato jugando por la orilla, se nos hacía tarde, me cogió de la mano y se me quedó mirando a los ojos y me dijo que me quería.

—Lucía, te llevaba muchos años, acababa de salir de una relación muy larga, bajo mi punto de vista creo que se quería aprovechar de ti.

—Era joven, no tonta.

Me salió un suspiro del alma, me levanté y empecé a recoger la mesa, se nos había hecho tarde, como siempre. Los platos estaban resacos y fui a la cocina a fregarlos.

—Eras joven, pero estabas enamorada de él, y se te declaró, no me creo que lo rechazases.

—No se me declaró, me dijo lo que creía que quería escuchar para llevarme a la cama, pero se equivocó.

Nos quedamos mirándonos sin decir nada y empezó a reírse.

—¿Qué le contestaste?

—Le sonreí, le cogí del brazo y le dije que se nos hacía tarde, que nos teníamos que ir. Con razón o no, se enfadó conmigo y no habló en todo el camino de vuelta. Me dejó en la puerta, fui a despedirme de él y no me dejó. Tampoco insistí.

Al llegar al centro se lo conté todo a Alba y me dijo que fue lo mejor que pude hacer y que no me preocupase por gente así, que lo llevan todo muy estudiado.

Cuando Ramírez llegó a su casa me mandó un mensaje diciéndome que se lo había pasado muy bien conmigo por la mañana.

—Por eso se fue sin decirte ni adiós.

—No le contesté más.

Volvimos al salón, pero ya estábamos demasiado cansadas y nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente me desperté la primera y fui a ducharme mientras Daniela seguía dormida. Teníamos que ir al hospital ya que le iban a dar el alta a Pilar.

Cuando salí de la ducha Daniela seguía dormida, me pareció extraño y fui a ver si estaba bien.

—Venía a ver cómo estabas, creía que seguías dormida.

—Tengo que hablar contigo, llevo toda la noche despierta.

# DANIELA

No sé cómo afrontaré esta situación, llevo muchos meses haciéndome a la idea, intentando afrontar la realidad.

—El médico me dijo que ya no podían hacer nada más por ella. Ponerle calmantes como mucho, entonces les pedí que le diesen el alta y esté en casa el tiempo que le quede con las personas que la queremos.

—¿Fuiste tú la que pidió el alta? Ella cree que no lo sabes.

—Suficiente tiene ella ya como para pensar en mí.

No sé como lo voy a hacer, no estoy preparada. Siempre ha sido mamá la que ha cuidado de mí, la que ha limpiado, cocinado, la que lo ha hecho todo. Ahora tener que hacerlo yo me viene cuesta arriba.

—Daniela, ¿en qué piensas?, estás ausente.

—Perdona, estoy pensando que nunca he puesto un calmante ni he preparado unas medicinas y me da miedo no saber hacerlo.

El médico me dio el papel del alta junto al papel donde ponía las medicinas que tenía que darle y los horarios. Me cogió de las manos y mirándome a los ojos me dijo que lo iba a hacer genial.

Llego a la habitación aún temblando de los nervios y veo a Lucía riendo con mi madre, como si lo que nos viniese encima fuese una fiesta.

—¿Nos vamos o nos quedamos aquí de juerga?

—Daniela estamos recogiendo, ¿a que viene ese tono de voz?

—Mamá vengo de hablar con el médico, me ha dado muchas pautas a seguir muy importantes. Estoy intentando que no se me olvide ninguna y llego aquí y os encuentro a las dos riéndoos.

—¿Qué tiene eso de malo? Lo que te ha dicho el médico te lo ha dado también por escrito, así que, si se te olvida miras el papel o lo llamas. Y nos reíamos porque Lucía estaba recogiendo las cosas del baño, la he llamado y por salir lo más rápido posible, se ha resbalado con la toalla del suelo y casi se cae, menos mal que se ha agarrado al marco de la puerta.

—¿Dónde está la gracia?

—¿Hace falta que te recuerde que no estas sola? Llevo todos estos meses a tu lado, no me voy a ir ahora.

—Estoy segura que cuando tú estabas en esta situación, estabas igual que

yo.

—Sinceramente te envidio, mi padre se fue de la noche a la mañana y cuando fui consciente del estado de mi tía ya era tarde. Tienes la oportunidad de despedirte de tu madre, la tienes aquí, su estado de ánimo debería importarte.

—¡Por supuesto que me importa su estado de ánimo!

—Daniela, hija, lo vas a hacer muy bien, confío en ti.

Estaba apoyada en el marco de la puerta mirándolas, sacando fuerza de donde no había. No había empezado lo difícil y ya estaba agotada. Rompí a llorar sin poder evitarlo. Lucía se abalanzó hacia mí, la empujé y salí corriendo. Necesitaba mi espacio y mi tiempo.

Apenas pasaron 10 minutos y vi aparecer a mi madre cogida del brazo de Lucía, las dos se acercaban a mí sonriendo. En ese momento algo pasó por mi mente que me levanté, me sequé las lágrimas y las abracé.

—Perdonadme, he sido una egoísta.

—¿Qué os parece si nos tomamos algo antes de ir a la casa?. Llevo mucho tiempo sin salir de aquí.

—¡Claro mamá! ¿Dónde quieres ir?

Fuimos al restaurante favorito de mi madre para comer y más tarde decidimos ir a dar un paseo por el parque. Mamá tenía mejor cara que días anteriores.

—Lucía, ¿qué pasó con Ramírez después?

—Dejamos de hablar, a veces, me daba los buenos días o me preguntaba como me había ido el día, pero para nada como lo era antes.

En esa época ya estábamos a punto de conocernos.

—¡Es verdad!

—¿Dónde os conocisteis?

—Coincidimos en la misma clase un año.

—Recuerdo días antes del primer día de clase, todo el día hablando con Luis, planeando el curso, elegimos todas las asignaturas juntos para que no nos separasen nunca. Mi mayor miedo era estar sola.

—No me acuerdo de Luis, ¿quién era?

—No sé si llegaste a conocerlo. Tal vez coincidiste con él en alguna clase.

—No recuerdo verte con él en ninguna clase.

—Normal. Nos separaron en todas las clases, teníamos las mismas optativas, pero en otros horarios.

El primer día de clase, estábamos mirando las listas para saber en qué clase nos habían puesto. Leí mi nombre en la lista del grupo A y no encontré ningún Luis, mientras él buscaba en otras listas. Yo leí esa misma lista como 5 veces como si por leerla más veces iba a poner su nombre. Se me quedó mirando y

señaló su nombre, estaba en el grupo C. Tocó la sirena y nos tuvimos que ir. Cuando llegué a la clase me daba igual la gente que hubiese, iba a pedir el cambio de clase.

—Con razón, cuando entraste en la clase nos llamó la atención tu actitud, no era como cuando una persona nueva llega a un sitio y quiere hacer amigos o es tímida y se sienta sola. Tú te sentaste en la última fila de la clase y tenías una actitud de pasota.

—Una de tus amigas se me acercó para preguntarme cómo me llamaba y si me quería ir con vosotras y le dije que me quedaba poco tiempo en esa clase, que no se preocupase.

—¡Es verdad! Fue por eso por lo que empezamos a reírnos de ti. ¿Por qué no te cambiaste de clase?

—En el recreo fuimos a secretaría y solicitamos el cambio de clase o él a la mía o yo a la suya. Nos daba igual dónde, solo queríamos estar en la misma clase, pero nos negaron la petición. Estuvimos intentándolo todos los días durante un mes, hasta que nos dijeron que dejásemos de intentarlo porque no nos iban a cambiar por mucho que lo pidiéramos.

—¿Tus educadores no pudieron hacer nada?

—No, empecé a juntarme con Rocío la chica alta, rubia, muy delgada que estaba repitiendo. Esa chica estaba en mi anterior colegio y era amiga de Luis.

—¿Rocío estaba repitiendo? Parecía una chica muy estudiosa.

Mamá empezó a encontrarse peor, la cogimos y la llevamos a la casa, le dimos un baño y la llevamos al sillón. Lucía y yo preparamos la cena para las tres.

# LUCÍA

Estaba ayudando a Daniela a duchar a una mujer que apenas 3 meses atrás no me quería ver y ahora me pedía que por favor las ayudase.

Yo hablaba de mi vida con Daniela delante de Pilar para que se diese cuenta que confiaba en ella, que en tan poco tiempo se habían convertido en personas fundamentales para mí.

En la cena, Daniela me preguntó cuánto tiempo creía que íbamos a estar en esa situación, no quería darle falsas esperanzas, pero algo había en mí que decía que Pilar no se iba a morir tan pronto. Ciertamente los médicos ya no podían hacer nada por ella y prefirieron dejar que se fuese a casa y disfrutase de su familia el tiempo que le quedase. Tal vez sean mis ganas de querer que todo salga bien.

—Ahora que me estoy acordando, tú te rompiste un brazo y a raíz de ahí empezaste a dejar de ir a clase.

—Que buena memoria tienes, pero no fue por eso.

Un día en clase de educación física, Ramón, el chico alto y gordo que se sentaba en primera fila y siempre estaba hablando con otro, que se creía muy interesante. Se cayó encima de mí y de su propio peso, me rompió el brazo.

—Ese niño se creía popular, el típico con muchos amigos y no nos caía bien a ninguno.

—Por la tarde me mandó un mensaje preguntándome cómo estaba y qué me había dicho el médico. Al día siguiente, me regaló un ramo de flores para disculparse, desde ese día me preguntaba a diario cómo estaba. Cuando fueron a quitarme la escayola del brazo le propuse que viniera conmigo ya que estuvo todo el tiempo preocupándose por cómo estaba.

A raíz de ahí empezamos a sentarnos juntos en clase y a quedar por las tardes para estudiar.

—¿Qué opinaba Luis de que quedases con él?

—A él no le caía bien, pero no se oponía a que me juntase con nadie al igual que yo no me oponía a que él se juntase con sus amigos.

—¿Perdisteis esa confianza que teníais en el otro colegio?

—No, con las que si perdimos contacto fue con las chicas, hicieron otro grupo de amigos y no coincidíamos nunca para vernos los cinco.

—Eso suele ser algo normal, al fin y al cabo, pero recuerdo que Ramón y tú os hicisteis bastante amigos, había un rumor que erais novios, pero eso nunca me lo llegué a creer.

—La verdad es que era una persona muy comprensible, le conté la situación en la que estaba y prometió no dejarme sola. En esos momentos era lo único que necesitaba escuchar. Sabía que los educadores me iban a ayudar siempre, pero la sensación que yo tenía era de que en el mismo día de mi cumpleaños me veía en la calle sin nada.

Ramón era una persona que nunca había tenido novia. Un día fui a su casa a prepararme un examen con él y Ramírez llevaba un rato mandándome mensajes. Estaba cabreado por no contestarle y para que se quedara tranquilo le mandé una foto de nosotros dos juntos con los libros y ese fue el día que dejamos de hablar para siempre.

—¿Qué te dijo?

—Que teníamos la boca de habernos besado. No lo habíamos hecho, pero de todas formas Ramírez y yo no éramos nada para que me controlase de esa manera y mucho menos para que se pusiera celoso.

—Lo mejor que pudiste hacer es dejar de hablar con Ramírez.

—Empezamos a saltarnos clases, nos quedábamos en la cafetería del instituto y a los pocos días nos besamos. Me dio vergüenza ajena, se me quitaron las ganas de verlo nunca más.

—¿Qué pasó?

—Nos dimos un pico, y bien, fuimos a más y me cogió de los brazos, me separó de él y me preguntó que era eso que estaba haciendo con la lengua.

—¡Qué vergüenza! ¿Qué hiciste?

—Explicarle cómo se daban los besos.

—No me lo puedo creer, yo en tu situación hubiera salido corriendo.

—No me faltaron ganas. Pero luego, en la cafetería, mientras nos saltábamos las clases empezó a contarme que vivía con la tía de su padre porque sus padres se divorciaron cuando él era pequeño. Que su madre no quería saber nada de él. Era la secretaria del alcalde y vive con su hija y su novio a las afueras de Granada. Su padre le hacía algo más de caso, pero prefería que estuviera con su tía porque los fines de semana aprovechaba para irse a Cádiz a ver a su novia. El padre era profesor de educación especial.

Me sentí identificada con él y creo que me confundí de sentimientos. Me pidió que fuésemos novios seis meses antes de cumplir la mayoría de edad. Y acepté.

Como nosotros no parábamos de saltarnos las clases, mi prima se enteró y me propuso sacarme el título de socorrista para el verano siguiente. Javier me

ayudó a buscar cursos y el centro me lo pagó por ser formación. Tardé un mes en sacármelo, los dos primeros fines de semana eran de parte teórica y los dos últimos la parte práctica. Hice muchos amigos, me lo pasé muy bien y aprendí mucho en ese curso. Como Javier quería que tuviera más salidas que trabajar solo tres meses en verano, me propuso hacer prácticas en una empresa.

El trabajo era de administrativa en una empresa de decoración. El hombre que sería mi jefe, Rafa, era amigo de Javier. La primera impresión que me llevó de él era muy positiva, una persona formal pero cercana. La reunión duró casi dos horas. Me dijo lo que estaba buscando y la verdad es que con los nervios que tenía, yo solo decía sí. Cuando salimos de ahí le pedí a Javier que me explicase lo que me había dicho Rafa y sobre todo cómo lo iba a hacer.

—¿Qué estaba buscando?

—Una persona que se dedicase a informar a la gente que entrase sobre lo que había y según la idea del cliente hacerle un presupuesto y estar encima de él hasta que el cliente aceptase el presupuesto.

Los primeros días me dijo que lo mirase y si tenía dudas que le preguntase. Mientras tanto, tenía que destruir muchos papeles por una máquina destructora de papel. Estuve así casi un mes. Viendo que él no tenía mucho tiempo para formarme, me llevé una libreta, me senté a su lado y le pregunté sobre todo lo que vi en la tienda, al terminar me metí en internet y seguí investigando.

Fui apuntando todo lo que él me decía, me enseñó todo lo que se vendía y me dio la explicación profesional de cada cosa. Por las noches, cuando llegaba al centro me las estudiaba. Alba, la pobre, se sabía todo lo que Rafa vendía de memoria.

Cuando creí estar preparada le propuse hacer una simulación, él siendo el cliente y yo siendo la empleada. La primera salió muy mal, pero poco a poco fui mejorando. Todos los días mientras él trabajaba, yo hacía la exposición una y otra vez con mi libreta en la mano. Cada vez que venía algún cliente me ponía detrás de Rafa y en mi mente le daba la explicación al cliente a la vez que lo escuchaba a él.

Ramón estaba muy contento de que estuviese haciendo las prácticas en ese trabajo. Todos los días me recogía del centro y me acompañaba en autobús y cuando salía, él estaba ahí para recogerme y acompañarme al centro. Rafa me pidió que no se esperase en la misma puerta mirando lo que hacíamos porque era muy incómodo para él, se lo dije y se esperaba en los bancos de la parada del autobús que había justo enfrente.

—¿Qué tenía de malo que te esperase 5 minutos en la puerta?

—Que no eran 5 minutos, podía esperar mínimo media hora, cuarenta y cinco minutos. Excepto los lunes y los miércoles que por las noches entrenaba

fútbol americano.

—¿Jugaba a fútbol americano?

—Sí, y como se estaba creando un equipo femenino me pidió que me apuntase con él.

Al mes había que pagar 45€ que yo no tenía. El entrenamiento empezaba a las 20:30 de la noche, a la hora que yo salía de las prácticas y tardaba 35 minutos en llegar siempre y cuando cogiese el autobús a tiempo. Cuando llegaba, cargada de cosas, tenía que cambiarme de ropa y calentar. Cuando empezaba a entrenar, ellos estaban terminando. Después del entrenamiento se iban todos a tomar algo, pero yo a las 23:00 tenía que estar en el centro.

—Por lo menos hacías algo diferente, ¿era Ramón el que te pagaba el entrenamiento?

—No, era yo, con la paga de la semana, que no me podía gastar nada, ni en desayunos en el instituto ni en nada. De hecho, siempre pagaba una semana tarde para coger lo que me faltaba para llegar a los 45€.

—¿Por qué no te lo pagaba Ramón?

—A él se lo pagaba su tía, como todo.

—No sé para qué te apuntaste al equipo y mucho menos qué hacías con una persona tan egoísta.

—¿Por qué egoísta?

—Sabía perfectamente que no te lo podías permitir y aún así te lo dijo. Sabía que salías tarde de las prácticas y no ibas a entrenar nada, ibas a tirar el dinero y no le importó nada. No le importó si un día estabas cansada y no querías ir al entrenamiento y tirabas el dinero, espero que no estuvieses mucho tiempo en el equipo.

—Muy poco tiempo, quería aprovechar el tiempo que me quedase en el centro para sacarme todas las titulaciones de pago posibles que me sirvieran en un futuro, como el carnet de conducir, por ejemplo. Era lo único que me iba a dar tiempo.

El centro no lo pagarían entero, pero una gran parte sí. Estuve buscando autoescuelas baratas mientras ahorraba. Los educadores me apoyaron en todo momento. Incluso Rafa, como ya tenía más confianza con él, se lo comenté y me dijo que era lo mejor que podía hacer.

Encontré una autoescuela muy cerca del centro con una oferta muy interesante. Los educadores y yo estuvimos estudiando todas las ofertas que tenía y acabamos eligiendo la que me gustó.

Dejé de ir al instituto y por las mañanas primero iba a la autoescuela y después a la piscina, cuando llegaba a la casa hacía test.

—¿Por qué ibas a la piscina si ya eras socorrista?

—Porque el médico me dijo antes de trabajar para mi prima que tenía que nadar por problemas de espalda. Al principio no me gustaba, pero conforme iba nadando cada vez me gustaba más hasta el punto de plantearme sacarme el título de socorrista antes de que me lo propusiera mi prima.

—¿Por qué no lo hiciste antes entonces? En vez de haberte pasado el verano vendiendo entradas y chucherías, te lo hubieras pasado sentada en una silla debajo en una sombra.

—No me sentía capaz, el socorrista de la piscina a la que iba me decía que nunca llegaría a nada en ese sector, de hecho, cuando me estaba preparando las pruebas del examen él me decía que perdía el tiempo, que nunca lo conseguiría. Todo lo que hacía, según él, estaba mal. El día del examen práctico solo me venía a la mente sus palabras, de que no servía para eso y que no lo conseguiría. Entré en el agua llorando y cuando iba por la mitad de la prueba no quería seguir, estuve a punto de retirarme y suspender.

—¿Por qué no te retiraste?

—Me acordé de mi padre, sentía que estaba a mi lado apoyándome y gracias a eso no me retiré. Hice una de las mejores marcas de toda la clase.

Cuando me dieron el título fui a ver al socorrista que no confiaba en mí y le enseñé el título.

—¿Qué te dijo?

—Que pagando era normal que me lo hubieran dado. Entonces le dije que no habíamos aprobado todos, y mirándome por encima del hombro, a la vez que se reía, me dijo que con pagar se refería a que si me acostaba con el examinador era normal que me diese el título.

—¿Qué hiciste después de que te dijese eso?

—Preguntarle por su jefe para contarte lo que me había dicho, pero me dijo que él era el jefe, así que me cambié de piscina.

En el centro dije que no me gustaba esa piscina porque tenía mucho cloro y me picaban los ojos.

—¿Por qué no contaste nada?

—Era su palabra contra la mía, creía que lo iban a creer a él y encima iba a quedar mal yo.

—¿Cómo lo iban a creer a él?

—De cara a un juicio, una niña de un centro de menores a punto de cumplir los 18 años es agredida verbalmente por un hombre que lleva mucho tiempo trabajando sin ningún tipo de problema y seguramente felizmente casado.

—¿Qué pasa porque estuviera casado?

—Nada, que lo iban a creer a él claramente. El juez creería que mi intención era sacar dinero de esa situación para cuando saliera del centro

gastármelo en droga, como la mayoría de niños que pasan por allí justo antes de cumplir la mayoría de edad.

—Yo se lo hubiera dicho a los educadores, ellos confiaban en ti, o por lo menos a Ramón.

—¿A Ramón? No me hagas reír, era la última persona en la que yo podía confiar para que me defendiera. Todo lo que tiene de grande, lo tiene de cobarde. Él me quería mucho, pero no podía pedirle ayuda en ese sentido.

Es una persona muy celosa, no le gustaba que pasara la tarde con Rafa, ni con el profesor de la autoescuela. Un día fui al médico con Javier y se enfadó conmigo.

—¿Por qué seguías con él?

—En Navidad, cuando llevaba un par de meses de prácticas en la empresa de Rafa, le presenté a Ramón a toda mi familia, y desde luego que preferían a cualquiera antes que, a Ramírez, por lo tanto, estaban encantados con él.

Él parecía estar encantado con mi familia, pero cuando acabó la Navidad me dijo que cuando cumpliera la mayoría de edad no quería que me fuese con ellos porque no les caía bien. Además de que vivían a una hora de Granada, por lo tanto, tenía que hacer todo lo posible para encontrar trabajo y quedarme, estaba muy presionada.

Apenas faltaba un mes para mi mayoría de edad y aún no tenía ni trabajo, ni a dónde ir, pero Ramón ya se encargaba de recordármelo a diario.

Las noches me las pasaba llorando, tenía mucha presión en el pecho, en menos de un mes me veía durmiendo en la calle sin nada que comer ni a dónde ir, y, sobre todo, sola.

Alba intentaba apoyarme, pero se ponía en mi situación y me entendía. Ella me consolaba diciéndome que lo más probable era que Rafa me contratase. Después de tantos meses en formación sin cobrar nada, tal vez tenía el detalle de contratarme mientras encontraba algo o tal vez darme algo para empezar a vivir, pero esa no era mi preocupación. Mi preocupación era verme sola y en la calle. Si yo cumplía los 18 años y no tenía nada, Ramón iba a dejar de quererme y no me podía ir con mi prima, allí no había trabajo y ellos ya tenían suficiente.

Tenía la opción de subirme al piso de arriba, donde estaban las mayores de edad, solo tenía que solicitarlo, pero Ramón me decía que estar allí era de pobres y perdedoras.

—¿Los educadores no te decían que dejaras a Ramón?

—Ellos no sabían nada, solo lo sabía yo.

Su tía me apoyaba sentimentalmente, me decía que ella me iba a ayudar siempre y que no tenía que preocuparme, pero una cosa es ayudar y otra muy diferente es dar una casa, dinero y comida, que era lo que yo necesitaba en ese

momento. Decir “no te preocupes, nosotros te vamos a ayudar” es muy fácil.

—Pasar de niña a adulta en cuestión de horas tiene que ser muy difícil.

—Cuando me faltaba una semana, los educadores me dijeron que me tenía que reunir con ellos para hablar sobre qué iba a hacer al salir de allí.

Alba, como tutora mía, me dijo que ellos habían solicitado una plaza en el tercero mientras Rafa se decidía a contratarme o no, para que me diera tiempo a buscar otro trabajo si no me contrataba. Y si me contrataba, que pudiera ahorrar el tiempo que pudiera estar allí, entre otras cosas para estar cerca de ellos por si necesitaba algo.

—¿Es que en el piso de mayores de edad no había educadores?

—Las educadoras del tercero se dedicaban solo a ayudar a las chicas a buscar trabajo.

En ese momento, me acordé de lo que pasó después de decirme que me habían aceptado en el tercero y se me saltaron las lágrimas.

—¡Lucía! ¿qué te pasa?

—Recuerdo que empezaron a sacar mis papeles del cajón, los papeles del médico, del colegio y sobre todo los del banco.

Alba me dio mi cartilla del banco y apenas le hice caso. Los cuatro se me quedaron mirando con una gran sonrisa. Alba con los ojos llenos de lágrimas me dijo que desde que murió mi padre tenía una paga de orfandad, una paga que no llegaba ni a 200€ al mes, pero después de tantos años, tenía una cuenta en el banco de casi 5.000€. En ese momento que sentí la persona más afortunada del mundo. Tenía algo a parte de miedo, podía empezar una vida.

—¡5.000€! Menuda fiesta tuviste que hacer.

—Fiesta ninguna, ese dinero era lo único que tenía seguro. Tenía que guardarlo como si no tuviera nada y ahorrar todo lo posible.

—¿Qué te dijo Ramón cuando se enteró?

—Que tenía una semana para buscar piso.

—Pero si te aceptaron en el tercero, que no tenías que pagar ni alquiler, ni luz, ni agua, ni comida... ¿no te irías?

—Le dije que ese dinero no lo quería gastar y que quería ahorrar hasta que tuviera un trabajo seguro, pero nunca lo entendió.

El día de mi cumpleaños, como un día normal yo fui a mis prácticas y Rafa me hizo un regalo muy especial. Tenía un contrato de formación encima de la mesa, un contrato que podía durar hasta tres años. Cuando lo vi, no podía parar de llorar. Lo firmé sin dudarle y se lo agradecí por encima de todas las cosas. Cuando terminamos de firmar los papeles lo abracé con todas mis fuerzas y al separarme de él, me dio un sobre y me dijo que me daba la tarde libre, que disfrutase de ese día tan especial.

Salí a la calle y llamé corriendo a Alba para contárselo, de la emoción no había abierto ni el sobre. Me dijo que lo abriese y vi 200€, me propuso que nos fuésemos las dos a merendar para celebrarlo. Justo después llamé a Ramón para contárselo y me dijo que él también venía y así aprovechábamos la tarde para buscar piso. Le pedí a Alba que intentase convencer a Ramón de no buscar piso, entre otras cosas porque él no trabajaba y no iba a permitir que su tía pagase sus caprichos.

—¿No eran suficientes tus palabras? No entiendo por qué tenía Alba que meterse en esos problemas. ¿No te paraste a pensar que eras mayor de edad y no tenías la obligación de volver a ver a Alba?

—Yo veía a Alba porque para mí, en ese momento era como mi madre.

—Lo digo porque a Ramón se le hubieran podido cruzar los cables y prohibirte verla.

—Nadie me iba a prohibir verla, porque la persona que lo intentase salía de mi vida para siempre, lo tenía muy claro.

—¿Lo convenció?

—Ella no tenía ningún problema en hablar con él, pero me dijo que se lo dijese yo. Que tenía que empezar a afrontar los problemas sola, y como ella estaba ahí conmigo, podía meterse en la conversación por si pasaba algo.

—¿Pasó algo?

—Se cabreó conmigo, me echó en cara todo lo que había hecho por mí en esos meses.

—¿Qué hizo por ti?

—Confió en mí, me contó una cosa de su familia que solo lo sabía él. Aparte, agobiarme, ponerme nerviosa, provocarme insomnio, hacerme chantaje emocional, alejarme de mi familia...

—¿Qué te contó?

—Que un día escuchó a su tía y a su padre hablar de su hermana. Creyó escuchar que su hermana mayor, no era de su padre. Cuando se fue su padre, le preguntó a su tía y según me contó él, cuando su madre era joven le gustaban mucho los hombres y se quedó embarazada de un novio. En esa época y para su familia, era una deshonra. Cuando se enteró que estaba embarazada le dijo a su novio que se tenían que casar, pero este al enterarse salió corriendo. Conoció al padre de Ramón y le contó la situación que tenía y él le dijo que si se casaba con él, se hacía responsable del bebé. A día de hoy la hermana no sabe nada.

—Me voy a reservar lo que opino de su madre, entonces, ¿te dejó Ramón?

—Eso creí, cuando acabamos de merendar, Alba y yo nos volvimos a la casa para seguir preparando mis cosas, tenía que irme lo antes posible de allí.

Estábamos Alba, Esmeralda, dos niñas más y yo en mi habitación hablando

y recogiendo cosas cuando de repente, me dijo esmeralda que Ramón me estaba llamado. Todas se callaron, cogí la llamada y la puse en altavoz para que todas escucharan lo que decía.

Alba y yo quedamos como dos auténticas mentirosas, Ramón me habló con total normalidad, como si no hubiera pasado nada.

—Vaya regalo de cumpleaños te hizo, yo no le hubiera contestado.

—La verdad es que lo peor estaba por llegar.

—¿Hay algo peor que una persona así?

—Cuando terminé de mudarme, me sentía fuera de lugar. El piso era igual que el segundo. La distribución, el color y las normas, pero la gente era muy diferente, las educadoras no daban opción a tener confianza con ellas, era todo muy serio.

Se lo contaba a los que fueron mis educadores y me pedían paciencia para adaptarme, en cambio Ramón solo me decía que me fuese de allí. Ciertamente, en ese momento era lo único que quería oír, pero para irme a un piso compartido y tener que pagar por lo mismo que hacía allí, prefería quedarme.

Pasaban las semanas y no me adaptaba ni a la casa ni a las niñas. De allí yo era la única que trabajaba, el resto de las chicas se pasaban el día con el móvil en el salón, sin hacer nada.

Un día estábamos en la casa de Ramón y le preguntó a su tía por un piso que alquilaba normalmente a estudiantes. Como estaba acabando el curso, los inquilinos estaban a punto de irse, le preguntó por cuánto lo alquilaba y le dijo que por 480€ al mes. Yo estaba sentada en el sillón con el móvil haciendo como que no escuchaba, cuando me llamó la atención para que estuviera atenta a la conversación. Los miré a los dos diciéndoles que no me iba a ir a un piso y mucho menos pagando más de la mitad de mi sueldo sólo en alquiler.

—¿Por qué era tan insistente para que te fueras a vivir sola?

—Para poder controlarme más, supongo. El caso es que su tía me dijo que en la familia éramos todos igual y como a su nuera se lo dejó en 350€ al mes, a mí también me lo dejaría en ese precio.

Cuando llegué al centro fui a hablar con Alba y se lo comenté. Ella me dijo que hiciese números y si me salían las cuentas, que hiciese lo que yo quería, no lo que quisiera Ramón.

Cogí mi nómina y empecé a restar el precio del alquiler, lo que más o menos creía que se gastaba de luz, de agua y en comida.

—¿Cómo pudiste hacer esas cuentas sin saber lo que se gastaba realmente en luz, agua y comida? ¡Aparte el transporte y salir y muchos gastos que tiene irse a vivir sola!

—Esos gastos entraban en mis cuentas y de ninguna de las maneras salían

los números, no podía irme.

—¿Qué te decía él?

—Volvía a hacer las cuentas sin meter luz sin meter agua, comida, transporte... Nada, él solo metía el precio del alquiler.

—Imagino que sería porque el resto lo iba a poner él.

—No, el resto no lo metía porque decía que tenía dinero en una cuenta de banco para esas cosas.

—¡Claro! Una cuenta sin fondo. Cómo se nota que a él se lo pagaban todo.

—Un día tuve un problema con una niña del centro y a raíz de ahí, la convivencia era insoportable, así que le dije que sí, que me iba a vivir al piso de su tía.

Hice la mudanza con ayuda de mis educadores y las niñas del centro. Cuando lo teníamos todo adaptado, y las chicas se iban a ir, vino Ramón con sus maletas.

No me lo podía creer, nos quedamos todas mirándolo y con total confianza se metió al cuarto a dejar sus maletas. Salió y me dijo que me las había dejado encima de la cama para que lo colocase.

—Sin pedir permiso se mete en tu casa con sus cosas y encima se cree que eres su criada. ¿No lo echaste?

—Le pregunté qué hacían sus cosas en mi casa con la intención de que le diera vergüenza y se fuese, pero con total normalidad me dijo que no me iba a dejar sola, que éramos novios y los novios viven juntos.

—¿Qué los novios viven juntos? Los novios que pueden permitirse irse a vivir juntos, donde ambos aportan. Imagino que aportaría algo.

—No aportaba nada, al revés. Los medios días cuando llegaba al piso me decía de comer fuera y no aceptaba un no como respuesta. ¿Qué pasaba? Que siempre pagaba yo, tanto a medio día como por la noche.

Si le decía que no me apetecía comer fuera porque tenía algo en la nevera que iba a caducar pronto, se ponía a darme voces, echándome en cara que yo trabajaba y tenía dinero.

—¿Por qué le dejaste ver tu cuenta de banco?

—Me controlaba todo. La cartilla la tenía en la casa guardada con todos los papeles, no la iba a llevar todos los días en el bolso, pues ya se encargaba él sin que nadie le dijese nada de ir al banco y ver los movimientos. Si me llamaba mi abuelo o mi prima, tenía que poner la llamada en altavoz para escuchar lo que me decían.

Cuando iba a hacer la compra de la semana, él tenía que venir conmigo y echar en el carro todo lo que él quería. Acababa siendo una compra mensual de una familia con dos o tres hijos. Más de 120€ en comida que acababa caducando.

—Yo soy tú y no le dejo echar nada en el carro.

—No era tan fácil.

Como me sobrase dinero, lo dejaba en la casa escondido. Un día me vio donde lo escondía y cuando fui a coger dinero me faltaban 50€. Le pregunté si lo había cogido él y me dijo que sí porque tenía que pagar el mes de fútbol americano.

Todos los meses gastaba de lo que tenía ahorrado entre 300 y 400€ en caprichos suyos.

Le gustaba una colonia que cuesta más de 90€ un bote muy pequeño. En vez de pedirlo para Navidad o para su cumpleaños, directamente era: “cómprame la colonia”. Si me negaba, me decía que era una desagradecida. Me pasó lo mismo con un casco y una coraza para el fútbol americano. Me decía que era su novia y tenía dinero, por lo tanto, tenía que comprárselo.

—¿Desagradecida por qué?

—Porque gracias a él, su tía me había bajado el precio del alquiler.

—Cuando fue a vivir la nuera de su tía y le bajó el alquiler, ¿también fue gracias a él?

—Sí, yo sabía que él no había hecho nada al respecto, pero me hacía chantaje emocional y acababa comprándole lo que me pedía.

En el trabajo, un compañero que tenía, Diego, era una persona muy cercana. En poco tiempo, acabamos siendo muy buenos amigos y sabía la situación que tenía al igual que Alba y Esmeralda. La única diferencia que tenía él con respecto a ellas era que, solo me conocía a mí, y me daba consejos de verdad. Ellas tenían aprecio por Ramón y como en la calle no aparentaba como era en la casa, les costaba creerlo y me decían que la convivencia al principio era difícil y me tenía que acostumbrar a vivir con un hombre.

Diego lo sabía todo de mí y sus consejos eran que lo dejase, pero como me daba miedo verme sola, no lo hacía. Él se ofreció en más de una ocasión ir a hablar con él, pero me daba más miedo su reacción.

Pasaron meses y la situación iba a peor. Estaba casi sin dinero, con ataques de ansiedad y lo único que se me pasaba por la mente era hacer lo mismo que hizo mi padre. No podía más.

—¿Ibas a suicidarte por él?

—Lo llegué a intentar, pero no merecía la pena, había llegado muy lejos como para dejar que un niño mal criado acabase con mi vida.

Cuando me decía de comer fuera, le decía que fuese él solo. Cuando iba a comprar si él echaba algo al carro, yo lo sacaba.

Me sentía su madre, no había manera de echarlo de la casa.

Sus amigos conocían la situación, pero miraban para otro lado. Un viernes

me dijo que habíamos quedado con sus amigos para comer a la salida del instituto. La verdad era que todos me caían bien y esa era la única manera de desconectar.

Salí de trabajar y fui hacia el instituto, Ramón estaba allí esperándome. Empezaron a salir sus amigos en grupo y había varios que no conocíamos, nos los presentaron y yo solo me quedé con el nombre de uno, Ángel.

—¿Ramón tampoco los conocía?

—No, Ramón siempre estuvo en esa clase, con esos compañeros, pero el año que él se fue al instituto donde nos conocimos, en su lugar llegaron dos o tres más, entre otros Ángel.

Nos fuimos a comer y yo me senté a su lado, me pareció muy guapo, simpático, no podía dejar de mirarlo. Estuvimos toda la comida hablando, se me olvidó por completo Ramón, me daban igual las consecuencias.

Cuando fui a la oficina por la tarde se lo conté a Diego y me recomendó volver a quedar con él, pero no tenía su número.

—¡Eso es lo primero que se pide!

—Ya, pero con los nervios no lo hice. A la semana, le propuse a Ramón quedar con los mismos para que viniera Ángel. Estuve toda la tarde con la sensación de tener mariposas en el estómago, Diego se reía de mi, estaba muy nerviosa.

Cuando lo vi llegar desde lo lejos riendo con un amigo, me pareció aún más guapo que cuando lo conocí. Me acerqué a él, le di dos besos y le pedí su número de teléfono.

—¿Fuiste tan directa?

—Estaba muy nerviosa y era el único momento de toda la noche en la que Ramón iba a estar distraído saludando a sus amigos.

Nos fuimos a cenar a una pizzería y Ramón no se separó de mí en toda la noche. Propuse irnos a mi casa a tomar algo y la mayoría dijo que no, Ángel vino en su coche con dos amigos más y como dijo que sí, sus amigos también vinieron.

Ángel se sentó al lado de Ramón y me acerqué al sillón donde estaban para estar cerca de Ángel. Recuerdo que me eché encima de Ramón y le cogí la mano a Ángel.

Cuando se fueron, esperé que Ramón se durmiera para mandarle un mensaje a Ángel. Le pregunté si había llegado bien a casa y le di la gracias por haber ido un rato a la casa.

Al día siguiente, se lo conté a Diego y Alba, los dos me dijeron que dejase a Ramón porque lo único que él me hacía era daño.

—La verdad.

—No podía dejarlo, lo intenté muchas veces. Pasaban las semanas y la relación cada vez estaba peor. Le propuse a su tía pintar el piso para que él no quisiera ayudar y estar sola unos días, pero me salió mal la jugada. Aparte de no hacer nada, estaba en medio. Alba vino a ayudar y le decía que ya que estaba en la casa de gorrilla lo mínimo que podía hacer era ayudar, pero le daba igual. Cuando Alba se tuvo que ir, le pidió a Ramón que le acompañara para poder estar sola por lo menos 5 minutos. No tenía nada de intimidación, podía estar duchándome y él en el baño esperando que terminase. Pasaba con la ducha como si estaba haciendo mis necesidades, él entraba como si no hubiese nadie. Al principio, echaba el pestillo y si intentaba entrar, estaba tocando la puerta sin parar hasta que le abría, aunque no quisiera hacer nada en el baño, tenía que estar dentro. Con tocar a la puerta me refiero a darle patadas y puñetazos como tardase más de un minuto en abrir.

Dejé de hablarle, lo ignoraba por completo, pero no se iba y tampoco me dejaba.

La casa tenía 3 habitaciones y si me iba a otro cuarto, venía detrás. Opté por dormir en el salón.

En Navidad le dije que me iba a mi pueblo con mi prima, que preparase sus cosas y se fuese con su tía, con su padre o con su madre, pero en mi casa no se iba a quedar. Fui a sacar el billete de autobús, le dije a la mujer que me diese un billete de ida y otro de vuelta. Ramón me apartó de la ventanilla de un empujón y le preguntó a la mujer cuantos billetes de cada había comprado, la mujer en duda, le dijo uno de cada. Me cogió del brazo y a voces me insultó delante de todas las personas que había en la estación de autobuses y me obligó a comprarle los billetes a él para venir a mi pueblo conmigo.

—¿La gente ante esa situación no hizo nada?

—Hoy en día hay gente que aún mira para otro lado en situaciones como estas.

—¿Tu prima sabía algo?

—No, y se encargó en tenerme lo suficientemente amenazada para que no le dijese nada.

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Le tenía miedo. Me pegaba, me insultaba, se aprovechaba de mí y la única que lo sabía era yo.

—¿Por qué no le pediste ayuda a Diego o a Alba?

—Era una situación muy difícil.

En ese momento me derrumbé y fui al baño para lavarme la cara.

—En esos momentos me sentía atrapada, contaba las horas para poder hablar con Ángel, era con la única persona que me sentía protegida.

—¿Seguías hablando con él?

—Todas las noches desde que le pedí su número. Mi prima Macarena sabía que me gustaba, cuando fui en Navidad y Ramón se distrajo con mi hermano, se lo conté.

Le conté que no quería a Ramón, que me hacía daño y que quería estar con Ángel. Me dijo que Ángel era un capricho mío y que no inventase cosas de Ramón porque él me quería y en las relaciones siempre hay altibajos.

—¡No te creyó!

—No la culpo, era normal. Delante de la gente siempre me daba abrazos, era simpático, me ayudaba con las tareas, era otra persona completamente diferente.

Cuando acabó la Navidad y volvimos a Granada, fui a ver a Alba y le conté que estaba enamorada de Ángel. Ella ya lo sabía.

El día que le pidió a Ramón que la acompañase a la parada del autobús le preguntó si él me quería, respondió que sí y ella le pidió que si me quería de verdad me dejase ir. Pero, por el contrario, él me prohibió terminantemente hablar con ella y mucho menos verla.

Tenía que verla a escondidas como si fuese un delito. Tenía muchos celos de toda la gente cercana a mí, como Diego. No entendía que fuésemos amigos, ni que me llevase bien con Javier, si por tener celos tenía hasta de mi hermano.

Ya no podía más y necesitaba salir de esa situación, retomé las clases prácticas de coche. Porque al cumplir los 18 años, lo tuve que dejar y seguía sin carnet de conducir. Ángel que lo tenía hacía mucho tiempo, me daba muy buenos consejos y me apoyaba.

—¿Por qué retomaste el carnet de conducir cuando no podías más?

—Para estar ocupada en algo que a él le interesaba, fuera del trabajo y no podía estar conmigo.

Acabé todas las clases y me tenía que presentar al examen. Me sentía preparada, aunque un poco nerviosa. Cuando iba a salir de la casa hacia el examen, Ramón me dijo que como suspendiera no iba a dar más clases porque no estaba dispuesto a seguir tirando el dinero en algo que no debería de tener.

—¡Tirando el dinero, como si fuese suyo! ¿Por qué no deberías tener el carnet?

—Supongo que tendría miedo de que me comprase un coche y tener algo de libertad. No poder tenerme controlada en todo momento, dónde estaba o qué hacía. ¡Si me dijo hasta a quién tenía que votar en las elecciones!

—¿Qué pasó en el examen?

—Que fui a salir y me acordé de Ángel, que me dijo que no me pusiera nerviosa, que él confiaba en mí y como estaba seguro que aprobaría,

quedaríamos para celebrarlo. Se subió el examinador, un hombre mayor y serio. Me puse nerviosa y me vino a la mente las palabras que me había dicho Ramón antes de salir de la casa. Empezaron a temblarme las piernas, se me nubló la vista, me puse a llorar y no sabía ni arrancar el coche. Cuando conseguí arrancarlo, salí del aparcamiento sin cinturón, sin intermitente, se me caló el coche, no miré por los retrovisores...

—Vamos, un desastre de examen.

—Tan desastre que el examinador me preguntó si me había confundido y creía que esa sería mi primera clase.

Cuando llegué a mi casa y le conté a Ramón lo que me había pasado, empezó a reírse de mí diciéndome que no servía para nada y que con ese dinero le podría haber pagado el carnet yo, no su tía.

—¿Qué te dijo Ángel?

—Eso preferí contárselo en persona. Esa noche Ramón tenía entrenamiento y llegaría tarde, así que le propuse ir a cenar al salir del trabajo.

Estuve toda la tarde mirando la hora y hablando con Diego de qué debería hacer al verlo. Si darle dos besos, un abrazo o simplemente decirle hola. Diego era la única persona que sabía que había quedado con él.

—¿Cómo lo saludaste?

—Mi intención era darle dos besos, pero como vino a recogerme al trabajo en coche, no había aparcamiento y se quedó dentro del coche esperándome por si molestaba, así que solo le dije hola. Era la primera vez que quedábamos solos, de hecho, era la primera vez que quedaba con alguien a solas después de mucho tiempo.

Me llevó a un bar muy tranquilo a cenar. Cuando nos bajamos del coche, se acercó a mi, me dio un beso en la mejilla y me preguntó como me había ido la tarde, una sola pregunta para hacerme sentir valorada.

Nos sentamos en la terraza en una mesa alta redonda muy pequeña. En el centro de la mesa había una vela blanca encendida.

Durante la cena estuvimos hablando de su trabajo, un trabajo muy poco común, locutor de radio. Desde luego, la voz tan bonita que tiene no se merece menos, pero no estuvimos hablando solo de él. Hablamos de mi trabajo, de nuestros hobbies y de muchas otras cosas. Pasó mucho rato y para mí solo pasaron 5 minutos. Me estaba contando una anécdota y miró el móvil extrañado, me miró y me dijo que le estaba llamado mi novio. ¡No podía ser! Cogí mi móvil mientras él contestaba y tenía más de 20 llamadas perdidas suyas. Me llamó mi jefe, mi hermano, mi abuelo, mi prima, Alba, Claudia, Luis... No te puedes hacer una idea de la de mensajes y llamadas perdidas que tenía. Escuché a Ramón preguntarle a Ángel que donde estaba, le dijo que estaba en su casa y

que, si le pasaba algo. Entonces Ramón le contestó que había llegado a mi casa y no estaba, que me estaba buscando y si él sabía donde podía estar. Empecé a temblar por la que me esperaba cuando llegase a la casa. Lo llamé y le pregunté que por qué tuvo que llamar a todos mis conocidos, fue la gota que colmó el vaso, le dije que cuando llegase a mi casa no lo quería ver allí.

—Ángel me acompañó a la casa y ya que me iba a ir, lo miré y me lancé a él.

—¿Lo besaste?

—¡No! Lo abracé, fue un abrazo muy intenso, no quería soltarlo. Sentí como todo el peso que tenía sobre mí se fue... Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, no quería que se fuera. Lo quería.

Cuando llegué a la casa, vi encima de la mesa una carta escrita por Ramón diciéndome que estaba durmiendo en la casa de su tía y que sentía mucho haberse puesto así, pero se agobió al llegar y no verme en la casa. Le mandé un mensaje diciéndole que no podíamos seguir en esa situación, que esa noche se pasó de la raya llamando a mi jefe entre otras muchas personas y que lo sentía mucho, pero lo teníamos que dejar.

—¿Fue difícil?

—Dar el paso sí, dejarlo no.

Hay momentos en la vida en los que te tienes que sentar sola y pensar en tu vida. Sin pensar en nadie, ni chicos, ni familia, ni nadie y preguntarte como estas. Si la respuesta es mal, pensar en qué puedes hacer para cambiar, si no lo sabes, pide ayuda. Nadie tiene que verse en la obligación de hacer algo que no quiera, hay salida para todo, pero hay que saber salir.

Hoy en día me siento muy afortunada por la vida que tengo, y por la vida que he tenido. No ha sido una vida fácil, pero he tenido salud y sobre todo he sido feliz. Tengo una familia que, aunque en su día no lo viese, siempre han estado a mi lado, me han protegido y me han querido.

Una familia no siempre son los padres, abuelos o tíos. Gente como en mi caso, Alba, Diego, Luis, Claudia, Javier... Han hecho por mi mucho más que mi propia madre.

Daniela se levantó con lágrimas en los ojos, le cogió la mano a su madre y le agradeció todo lo que no valoró antes. Al verlas abrazadas, las dos llorando diciéndose mutuamente lo que se querían, no pude evitar acordarme de mi padre y de lo mal que hizo al acabar de esa manera con su vida.

# DANIELA

Tal vez sea porque la he visto todos los días desde que enfermó. Hoy, haciendo limpieza, he encontrado unas fotos de las vacaciones de hace dos años. Mi madre es una persona completamente diferente a la de las fotos, y yo apenas he notado el cambio. Está pálida, muy delgada, la peluca que lleva es parecida a como llevaba ella normalmente el pelo, pero no es igual.

Cuando salió del hospital estaba más animada, pero en cuestión de días ha ido recayendo, está todo el día durmiendo y cuando está despierta apenas habla. Su voz cada vez es más débil.

Quiero pasar con ella el mayor tiempo posible. Le propongo ver películas, me dice que sí, pero se duerme. Le pregunto si le apetece jugar a juegos de mesa porque sé que le encantan, pero nunca quiere. Me siento a su lado, le cojo las manos, con la intención de que se sienta protegida, que sienta que la quiero. Hablo con ella y tiene la mirada perdida.

Cuando venía visita se esforzaba para estar despierta y parecer estar bien, pero ya ni abre los ojos.

No quiere comer, no quiere hacer nada, y yo estoy agotada.

La escucho hacer ruidos extraños, estoy llegando a la habitación y empieza a toser. Cuando me acerco a la cama, la veo llena de sangre. ¡Está tosiendo sangre! Mis piernas al igual que el resto de cuerpo empiezan a temblar, ¡Me he bloqueado! ¿Qué hago? Mamá ha dejado de toser, está muy quieta ¡Mamá! La llamo y no contesta, ¡No se mueve!

Salgo a la calle pidiendo ayuda a voces, pero, ¡me miran como si estuviera loca!

—¡Por favor, que alguien me ayude!

—¡Daniela! ¿Qué pasa? ¿Qué haces en el suelo llorando?

—¡Lucia! ¡Mi madre!

—¡Vamos a llamar a una ambulancia! ¿Qué ha pasado?

Me habla muy tranquila, como si no pasara nada, pero mi madre está en su cama, no sé si está viva o muerta, pero ella parece estar muy relajada.

—Tiene pulso, muy débil, pero tiene. Intenta tranquilizarte, la ambulancia está de camino.

Los minutos me resultan eternos, me salgo a la calle por si veo la

ambulancia indicarles donde es y que tarden menos. ¡Ya la escucho! Salgo corriendo hacia ella.

—¡Corred, por favor, por aquí!

También con que me tranquilice, como si fuese fácil. Estoy viviendo los momentos más angustiosos de mi vida. Se llevan corriendo a mi madre en la ambulancia. Me subo con ella y le hablo, pero no hace nada, los médicos me dicen que está inconsciente.

Llegamos al hospital y se la llevan corriendo por el pasillo. ¡Nadie me dice nada!

Veo a Lucía venir corriendo desde lo lejos, voy hacia ella.

—¿Qué se sabe?

—Que está inconsciente.

Me da un abrazo, la verdad es que lo necesitaba, me quedo un poco más tranquila y nos vamos a la sala de espera.

Pasa mucho rato y no paro de pensar en mi madre. ¿Cómo estará? ¿Por qué no viene nadie a decirme nada?

—¿Te importa si hablamos de algo que no sea de mi madre?, es que si no, me voy a poner más nerviosa

—¡Claro! ¿De qué quieres que hablemos?

—¿Cómo cambió tu vida después de dejar a Ramón?

—Radicalmente. Volví a tener vida. Claudia y yo volvimos a ser las mismas de siempre. Luis, Luna y yo volvimos a quedar como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Tenía tiempo para mí y retomé el carnet de conducir.

Ángel y yo empezamos a quedar al poco tiempo. Me encantaba pasar tiempo con él. Una noche me dijo si quería ir con él a un sitio, un sitio que tenía que elegir él. Me llevó al que desde entonces es uno de mis sitios favoritos de Granada. Al mirador de San Miguel Alto. Nos sentamos viendo lo bonita que es la ciudad de Granada, sobre todo por la noche. Me señalaba zonas y me contaba historias de cada una de las zonas que señalaba y el por qué tenían ese nombre. Después del mirador me llevó a cenar a un restaurante que hay muy cerca, también con unas vistas muy bonitas. Y para terminar la noche le invité a venir a casa para seguir hablando allí. Ángel es una persona que siempre tiene un tema de conversación, es una persona muy inteligente y sabe de todo.

—¿Fue la primera vez que os quedabais solos en tu casa?

—Sí, pero a pesar de eso, no se quedó a dormir.

—¿Por qué no? Si según me estas contando te gustaba.

—Por eso mismo, me daba miedo invitarle y que me rechazase.

Seguimos viéndonos casi todos los días, y cada vez estaba más segura que lo amaba. Cambié mucho en muy poco tiempo. Me tomaba la vida con calma,

estaba relajada, de buen humor. Feliz.

Me lo notaron en el trabajo, mi trato con el cliente era más cercano y más llevadero. Si Rafa me llamaba la atención por algo que no había hecho bien, no me ponía a la defensiva, al revés, le daba las gracias por enseñarme a hacerlo bien.

Alba y yo volvimos a tener la misma confianza que cuando vivía con ella, se alegró cuando decidí dar el paso a dejar a Ramón.

Un viernes estuvimos cenando Ángel y yo en mi casa, mientras veíamos una película y me quedé dormida en el sillón. Cuando acabó la película me dijo que se iba para dejarme descansar, pero me atreví a dar el paso y le invité a quedarse a dormir. Me dijo que sí y pasé toda la noche abrazada a él.

Cuando me desperté por la mañana, él seguía dormido y no pude evitar dejar de mirarlo. Me encanta su cara, él en general. Cogí mi móvil para ver que hora era y vi que tenía muchas llamadas perdidas de mi prima Macarena. Me asusté y me senté en la cama rápido para llamarla, vi que me había mandado varios mensajes y decidí leerlos antes de llamarla.

—¿Qué pasó?

—Se enfadó conmigo.

—¿Por qué?

—En el mensaje ponía que era una falsa y una mentirosa, que tenía muy poca vergüenza por haberla criticado después de todo lo que habían hecho por mí. Que le parecía muy mal lo que había hecho con Ramón, dejarlo por su mejor amigo. Que era lo más rastrero que podía hacer y que no querían volver a verme nunca más.

—¿Qué hiciste? ¿Ramón no conoció a Ángel el mismo día que tú?

—Ramón conoció a Ángel el mismo día que yo, pero mi prima no lo sabía. Prefirió creerlo a él antes que preguntarme a mí. Se inventó que la había criticado delante de la gente del pueblo en casa de mi abuelo, gente con la que ella no se llevaba bien. Desde luego era mentira, no sé como se lo diría para que se lo creyera. Cuando se despertó Ángel se lo dije y se quedó alucinando de lo rencoroso que pudo llegar a ser Ramón. Me recomendó que la llamase y le explicase qué había pasado en realidad, pero me ofendió mucho que creyese antes a alguien de la calle que a su propia familia. Lo que sinceramente me dolía en ese momento era pensar que iba a estar un tiempo sin ver a los niños.

—¿No llamaste a Ramón y le pediste explicaciones?

—¿Para qué? Sabía perfectamente que lo hizo por vengarse. Él no tenía apenas relación con su madre, así que decidió que yo con la que para mí, era mi madre tampoco tenía que tener relación.

—Nunca entenderé como hay gente que puede ser tan cruel.

—Pues a pesar de todo el daño que me ha hecho, no le deseo nada malo.

—La verdad es que no merece la pena. Cuando una relación se acaba, siempre hay uno que lo pasa peor, pero no creo que fuese necesario hacer lo que te hizo, realmente si tanto te quiso no debería haberse portado así contigo.

—En su momento me sentó muy mal lo que hizo, pero a día de hoy ya es una simple anécdota.

—¿Qué hizo Ángel cuando se enteró de lo que te había hecho Ramón?

—Cabrearse igual que yo, pero quitarle importancia.

A los pocos días de la incidencia con mi prima, cuando yo ya estaba algo mejor, me propuso conocer a su familia.

—Lo vuestro iba en serio.

—Y tanto, cuando llegamos a su casa me advirtió que sus perros me ladrarían, hasta que me conociesen. Me quedé en la puerta jugando con los dos perros que tenía, Nube y Simba. Ángel me invitó a pasar, estaba muy nerviosa, imaginé a su familia muy diferente a como realmente eran.

—¿Cómo eran?

—Una familia muy cercana, eran todos muy simpáticos. Recuerdo que entré en el salón y tenía la sensación de estar en casa, como si llevase con ellos toda la vida. Ángel me presentó primero a sus padres, Rosa y Juan, después a su hermana mayor y a su novio, Cintia y Sergio y por último a su hermana Sofía, la mediana de los tres hermanos, y a su novio Antonio.

Me estuvieron contando que Cintia y Sergio llevaban juntos ocho años. Sofía y Antonio tres años. Estuvimos hablando un poco de todo durante la comida. Al acabar, estuve ayudándoles a recoger la mesa aunque me dijeron que no hacía falta que los ayudase.

Sus padres son dos personas maravillosas, es algo que se ve a simple vista.

Pasamos la tarde juntos hablando, Rosa estaba muy atenta a mí por si quería algo, hasta que nos fuimos a mi piso, que en realidad el piso era de la tía de Ramón.

—¿Te quedaste en su piso después de dejar a Ramón?

—Le dije a su tía que no me sentía bien viviendo allí y que me iba a ir.

Estuve buscando piso durante mucho tiempo. La gente intentaba engañarme, me veía joven, agobiada y sin experiencia, así que acabé pidiéndole ayuda a Ángel.

Un hombre de una inmobiliaria estuvo a punto de engañarme con un piso, menos mal que Ángel se dio cuenta a tiempo. Dejé de ver pisos con esa inmobiliaria.

—¿Cómo te quiso engañar?

—Notó que quería encontrar un piso lo antes posible y quiso alquilarme un

estudio muy mal situado, en muy malas condiciones, sin amueblar y sin agua caliente.

—¿Cómo se dio cuenta Ángel y tú no?

—Porque él le preguntó las condiciones, y yo no. El hombre nos enseñó el piso amueblado y tenía mucho interés para que dejase el contrato firmado sobre la marcha. Yo apenas conocía Granada y me decía que la ubicación era espectacular, pues yo inocentemente lo creí, menos mal que Ángel pudo venir a verlo.

El de la inmobiliaria sabía que quería hacer el cambio lo antes posible y no buscaba nada lujoso. A simple vista no estaba mal, pero me lo enseñó amueblado, y en ningún momento me dijo que sería sin amueblar.

Estuvimos viendo otros muchos pisos, cada vez tenía las cosas más claras y al verme más segura la gente intentaba engañarme menos.

Al final, después de mucho esfuerzo, encontré el piso donde vivo ahora, mucho más pequeño y como has visto, al lado de mi trabajo.

—¿Te gusta la casa?

—Es muy cómoda en todos los sentidos. Salgo diez minutos antes de entrar a trabajar. Tardo muy poco en limpiarla, y tenía una vecina muy agradable. Una mujer mayor que vivía sola, muchas veces me pedía ayuda para hacer cosas en la casa. Me dejó las llaves de su casa y el número de teléfono por si algún día le pasaba algo.

—Que responsabilidad más innecesaria.

En el momento que terminé de decir la frase me arrepentí.

—A mi me gusta ayudar a la gente, y los fines de semana que estábamos las dos solas, me iba a su casa y le hacía compañía. Me fui unos días de vacaciones con Ángel y al volver toqué su timbre y me abrió la puerta una mujer joven, le pregunté quien era y me dijo que la hija de mi vecina. La mujer falleció en mis vacaciones.

Después de una larga charla acerca de su vecina, decidí cambiar de tema ya que Lucía parecía estar afectada por la muerte de esa mujer.

—¿Ángel y tú no os habéis planteado ir vivir juntos?

—A vivir no. Algún fin de semana que otro, cuando no tiene que trabajar, si se queda conmigo en mi casa.

—¿No te vas con él cuando trabaja?

—Cuando la fiesta es cerca sí. De hecho, ¡él me pidió salir en una de sus fiestas!

—¿Te presentó a sus padres como su novia, sin ser novios?

—Éramos novios, pero yo quería que me lo pidiese para hacerlo oficial.

No lo entendía, pero tampoco quería preguntar. Menuda tontería, si ya eran

novios, ¿por qué hizo que se lo volviera a pedir?

—Daniela, fue una broma, le dije que, si no me lo pedía con palabras textuales, no éramos novios.

—¡Ah, vale!

—¡Mira un médico!

El médico vino a nosotras y nos dijo que mi madre ya estaba en la habitación, que podíamos ir a verla, pero teníamos que saber que estaba muy débil, no podíamos darle disgustos ni hacerle hablar ni nada.

Llegué a la habitación y la vi dormida, aún peor de lo que la había visto días anteriores.

—Lucía, ¿sigues creyendo que se pondrá bien?

Lucía se me quedó mirando inexpresiva sin decir nada. Giró la cara para ver a mi madre y me cogió de la mano.

—Pase lo que pase, estaré a tu lado. Tienes que estar preparada para lo que venga.

Con eso me quería decir que se iba a morir, se va a morir mi madre, ¡No puede ser! Empiezo a encontrar dificultad para respirar y Lucía sale en busca de un médico, se me nubla la vista y empiezo a tener mucho sueño.

—¡Daniela!

Me despierto en una habitación de reanimación con Lucía dándome golpes suaves en la cara.

—¿Qué ha pasado?

—Te ha dado un ataque de ansiedad.

—Lo siento.

—Tranquila, es normal que estés así.

—¿Dónde está mi madre?

—Está en su habitación.

Nos fuimos a la habitación de mi madre, bajo las indicaciones del médico que estuviera tranquila para no poner nerviosa a mi madre y la dejásemos descansar.

—¿Qué consejo me das para cuando esto acabe? No me siento preparada para afrontar la vida yo sola.

—No es fácil el paso que vas a dar, pero estoy segura que vas a salir sin ningún problema. Tienes que esforzarte y sobre todo mirar por ti en el presente, pensando en un futuro.

—No entiendo que me quieres decir con eso.

—Cuando encuentres un trabajo, te recomiendo que parte del sueldo lo ahorres por si en algún momento pasa algo, que no te veas sin dinero. Con que mires por ti en el presente, quiero decirte que disfrutes de cada momento, pero

que no se te olvide que mañana viene otro día en el que tienes que comer, y seguir esforzándote.

La vida es como una montaña rusa, al principio va despacio, se puede controlar cada movimiento, pero conforme va subiendo, aumenta la velocidad y la dificultad de mantener el equilibrio. Con la vida pasa igual, llega el momento en el que tienes que moverte por ti misma y si no te agarras bien, puedes caer.

—Cuando tú me cuentas todo lo que has hecho y todo por lo que has tenido que pasar, parece fácil, pero no puedo evitar pensar que tarde o temprano, me voy a quedar sola y no sé como lo voy a hacer.

—Es inevitable pensar en ese momento, pero realmente no es imposible salir adelante, es difícil hasta cierto punto.

—Solo necesito saber que va a haber alguien siempre a mi lado.

—A la larga, verás como no necesitas a alguien siempre a tu lado.

Me quedé mirando a mi madre y me salió un suspiro de agotamiento. Volví a mirar a Lucía y vi como se echó para adelante como para mi madre, la volví a mirar y se había despertado.

—¡Mamá! ¿Cómo estas?

—Daniela, creo que ha llegado el momento de contarte algo. Lucía, ¿te importaría salir un momento y dejarnos a solas?

—¿Qué pasa mamá?

—No se como contarte esto, espero que no te enfades mucho conmigo. Lo hice por tu bien.

—Mamá no te preocupes, cuéntame lo que me tengas que contar, no va a pasar nada.

—Tu... tu pa... yo...

—¿Qué pasa? Tranquilízate, cuéntame lo que me tengas que contar sin preocuparte por nada.

—Que tu padre no...

La máquina a la que estaba enchufada mi madre empezó a sonar más fuerte. Ella se quedó callada, mirándome con los ojos muy abiertos a la vez que me cogía de la mano, empezaron a entrar médicos, no quería solar su mano pero los médicos me echaron de la habitación.

—¡Daniela! ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, mi madre estaba intentando contarme algo de mi padre, pero la máquina a la que está enchufada ha empezado a emitir un sonido fijo y muy agudo. Cuando he salido, he visto a uno de los médicos coger las palas para darle una descarga.

—¡Cuidado! Apártate de la puerta.

Sacan corriendo a mi madre de la habitación con un tubo en la boca sin

decirme nada. Salimos corriendo detrás de ellos y vemos que la llevan a quirófano. Pasan varias horas y nadie me dice nada. Solo vienen médicos y me hacen firmar papeles por si le pasa algo a mamá no hacerse responsables. Estamos las dos sentadas sin decir nada, solo miramos la puerta con la esperanza de que salga alguien y nos diga algo ya. Me levanto y empiezo a andar por el pasillo, Lucía no hace nada. ¡Qué pasa!

—Daniela voy a por agua, ¿quieres venir?

—No, prefiero quedarme.

—¿Quieres algo?

—¡Que salga alguien ya y me diga algo, no solo firma aquí!

Me sonrío y se va, no ha terminado de pasar la esquina cuando sale el médico.

—¿Es usted familiar de Pilar?

—¡Sí, soy Daniela, su hija! ¿Cómo está?

Hubo un momento de silencio, el médico me miró y cabizbajo me dijo:

—Daniela, Pilar luchó por su vida hasta el último instante, siento mucho decirte que no hemos podido hacer nada más por ella.

Nunca imaginé que me podían doler tanto unas simples palabras. Sentí un gran vacío en mi interior. Tuve muchos sentimientos en un mismo momento. Quería llorar, gritar, correr, pegarle al médico... Noté como todo mi alrededor se oscureció, me sentí sola y abandonada. No me lo podía creer, apenas unas horas antes estaba bien.

—Puede pasar y despedirse de ella.

Sin mirar atrás, seguí al médico. Lucía me estaba llamando a voces, pero la escuchaba muy lejos, no quería escuchar a nadie. Quería ver a mi madre y despedirme de ella. El médico me dejó en el pasillo sola mientras le explicaba la situación a Lucía.

Entré en aquella habitación y la vi. Parecía que estaba dormida, me dejaron a solas con ella y la cogí de la mano por última vez, intenté despedirme pero no podía, no había terminado de contarme lo que quería.

—Mamá, ya has dejado de sufrir, ahora vas a ser muy feliz, no te preocupes por nada. Quiero que sepas que te voy a querer siempre y nunca te voy a olvidar. Una vez más, gracias por todo lo que has hecho siempre conmigo y por haber hecho que yo hoy sea así. Todo lo que soy te lo debo a ti. No quiero soltarte nunca. Te quiero.

Le dejé la mano con mucho cuidado sobre la cama y le di un beso en la frente. Me quedé mirándola y me alejé de ella un paso. Me detuve para verla por última vez. Me eché sobre su cuerpo y empecé a llorar desconsoladamente. No quería aceptar esa dura realidad. Vino el médico y me dijo que se la tenía que

llevar y me preguntó qué quería que hiciese con ella. Era la primera decisión que tenía que tomar sola. No sabía qué había que hacer y le pregunté al médico que se solía hacer en esos casos.

Llamé a una funeraria para que hiciesen toda la gestión mientras yo, avisaba a la poca familia con la que teníamos contacto.

Esa misma noche prepararon su velatorio. Le compré una corona de flores con una cinta que ponía que no la iba a olvidar nunca y Lucía le compró otra. Por la noche, vinieron muy pocas personas, y las que vinieron no paraban de hablar. Estaba pasando las peores horas de mi vida y lo último que me apetecía era escuchar lo que mi vecina tenía que hacer al día siguiente o lo que le había dicho el médico que tenía que hacer. En ese momento y más que nunca sentí todo lo que me había contado Lucía. Les pedí un poco de respeto por mi madre y encima me echaron en cara que habían venido a verla, pero no tenía ánimo para ponerme a discutir con nadie y las dejé.

Pasamos la noche allí, sin hacer nada, solo llorar y arrepentirme de no haber pasado más tiempo con ella. Lucía no se separó de mí en toda la noche, en ese momento solo quería estar con mi madre. No podía evitar pensar en todas las cosas que hicimos juntas durante toda mi vida e imaginar que eso acabó para siempre.

El entierro era por la mañana, yo estaba agotada. El personal de la funeraria me hacía muchas preguntas, las cuales no sabía que responder. Lucía me ayudó en lo que pudo, solo estaba ella, ninguna de las que creía que era mi amiga pudo venir.

Llegó la hora de llevársela al cementerio. Cuando vi que cerraban la tapa del ataúd, sentía aún más aquel vacío. Creía que lo peor ya lo había pasado, pero para nada. Lo peor fue ver cómo la metían en aquel nicho y empezaban a poner ladrillos. Imaginar que podía despertar y no podría salir de allí, me angustiaba.

Acabaron de cerrar el nicho, me dieron el pésame y se fueron. Detrás de ellos se fueron más de la mitad y los otros se apartaron un poco y se pusieron en corrillo a hablar. En cambio, una mujer que no conocía de nada se quedó de pie junto a Lucía y a mí. Nos quedamos mirándola porque se le veía afectada. Entonces nos contó que habían trabajado juntas muchos años y siempre se llevaron muy bien y que a raíz de la separación de mis padres perdieron el contacto.

Se fueron todos y al poco rato nos fuimos nosotras. Estábamos ya muy cansadas. Llegamos a la casa y nos fuimos a dormir directamente. Cuando nos despertamos por la tarde, revisando el correo, vi que los de la funeraria me habían mandado la factura. Una factura de casi 3.500€ ¿Cómo iba a pagar yo esa factura?

—Tienes que ir al banco con el papel de defunción de tu madre y que te informen allí que tienes que hacer.

Hice caso a Lucía y al día siguiente fui al banco para informarme. Me dijeron que como mi madre ya sabía que no iba a llegar a tercera edad me creó una cuenta para cuando llegase este momento. Le dio tiempo a ahorrar 15.000€ con los que yo podía hacer lo que quisiera. Pensé en irme de viaje para desconectar o comprarme un coche, pero me acordé de lo que me dijo Lucía y decidí coger lo justo para pagar la factura.

Pasaron varios meses que dediqué a buscar trabajo, hasta que lo conseguí. Lucía tenía razón, es difícil vivir sola, pero no imposible.

Un día fui a visitar a mi madre y encontré flores frescas. Le pregunté a Lucía y no había sido ella. Llegué a casa y encontré una carta en la puerta que decía: “tenemos que hablar”, pero no le hice caso y la tiré a la basura. A los días, cuando volví de trabajar me volví a encontrar otra carta que volvía a decir lo mismo, pero no decía con quién ni de qué.

Lucía me decía que no le hiciese caso a esas cartas, porque si querían hablar conmigo, me buscarían, no me dejarían una carta en anónimo.

Pasaron varios meses y ya no volví a ver ninguna carta, una noche quedé con Lucía. Estaba haciendo la cena mientras ella llegaba, escuché el timbre mucho antes de lo que esperaba, abrí la puerta y no era Lucía.

—Daniela, por fin he tenido el valor de presentarme en tu casa y no mandarte más cartas.

—¿Quién eres?

—Soy tu padre, siento mucho molestarte y sobre todo a estas horas.